

MARIO ESCOBAR

ENEMIGOS

JUEGOS DE GUERRA -2-

se

Lectulandia

La vida de los jóvenes atenienses es dura: viven una existencia de semiesclavitud que se reparte entre trabajar para los adultos y prepararse para los Juegos de la Guerra. Esta competición a muerte fue ideada tiempo atrás por los Consejos de Ancianos de Atenas y Esparta como sustituto de la guerra entre adultos. Quien gana los juegos tiene derecho a imponer sus costumbres a su rival. El problema es que los espartanos llevan diez años seguidos ganando los juegos, y un legado ateniense, enviado a Esparta para investigar la cuestión, desaparece sin dejar rastro. Su hija Elena, acompañada de sus amigos, emprenderá un viaje a lo prohibido en pos de la verdad, la justicia y la abolición de los juegos que los sentencian a muerte cada año. Lo que ellos desconocen es que no están en el lejano periodo heleno y que son los supervivientes de un mundo destruido en terribles guerras.

Lectulandia

Mario Escobar

Enemigos

Juegos de Guerra-2

ePub r1.0

fenikz 21.10.16

Mario Escobar, 2015

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

La realidad es aquello que, incluso aunque dejes de creer en ello, sigue existiendo y no desaparece.

Quisiera llegar pronto, Philip K. Dick

La crisis de hoy es el chiste de mañana.

H. G. Wells

Los misterios abundan donde la mayoría busca respuestas.

Ray Bradbury

Días como aquel resquebrajaban su dura capa de escepticismo. Días como aquel le hacían pensar que valía la pena seguir viviendo, a pesar del hambre y la guerra, a pesar de las epidemias y del odio... a pesar de la época que le había tocado vivir.

Finis Mundi, Laura Gallego

PRÓLOGO

Esparta, 22 de hecatombeón de 2200

Después de diez días sin ver la luz del sol y sin escuchar más palabras que las que salían de su cabeza desquiciada, Dracón experimentó una sensación de alivio y temor cuando se abrió la puerta de la celda. Lo primero que vislumbró fue la silueta del visitante rodeada del halo de luz de una antorcha, después distinguió en aquel gigantesco cuerpo la figura de su temido padre, Thanos.

La figura se quedó inmóvil, delante de la celda, difuminada por la claridad reflejada en su espalda. En algún momento, Dracón pensó que se trataba de una aparición, de un delirio fruto del prolongado aislamiento, pero cuando la voz ronca y áspera de su padre resonó en la habitación, ya no tuvo duda alguna de que la pesadilla era absolutamente real.

Thanos dio un paso al frente y observó el aspecto de su hijo. Su piel había perdido parte de su pigmentación morena y sus grandes ojos verdes parecían apagados. Por un segundo sintió lástima de él, pero el primer deber de un espartano era pensar primero en su ciudad y después en su familia. Los intereses particulares de los ciudadanos podían llegar a destruir la República. Su pueblo había conseguido someter a los atenienses casi sin esfuerzo, pero por alguna razón su hijo había apoyado a sus enemigos y él tenía que descubrir el porqué.

Dracón levantó la cabeza. No sabía si pedir perdón a su padre o simplemente reprocharle que hubiera traicionado los principios del abuelo al velar por sus propios intereses, y no los de su pueblo. Optó por dejar hablar a su padre para averiguar para qué había ido a verlo.

—Hijo, nunca pensé que me encontraría en esta situación. Eres una deshonra para Esparta y para mí. Siempre me he esforzado por dejarte una herencia mejor que la que obtuve de mi padre. Cuando regresamos a esta ciudad era poco más que un ilota,

pero gracias a mi tesón me gané el respeto de los ciudadanos, me convertí en un miembro del Consejo y después en su jefe. Pero ¿de qué sirve todo esto si mi propio hijo me deshonor?

Después de pronunciar estas palabras, Thanos guardó silencio. Sentía un fuerte dolor en el pecho, como si la actitud de su hijo lo hubiera herido en lo más profundo de su alma.

—Padre...

—No digas nada. Simplemente responde a mis preguntas. ¿Por qué te aliaste con nuestros enemigos? ¿Qué pensabais hacer en los Juegos de la Guerra? ¿Qué fuisteis a buscar al norte?

Dracón intentó aclarar su mente. La suerte de sus amigos Alexandre y Nereida también estaba en juego, por eso tenía que responder con mucha prudencia.

—Contestaré a sus preguntas con dos condiciones —dijo con voz temblorosa.

Thanos frunció el ceño, no podía creer que su hijo intentara negociar en esas circunstancias. Simplemente el que mostrara cierta misericordia hacia él era mucho más de lo que podía esperar un traidor a Esparta.

—Eres muy osado, por no decir imprudente. ¿Por qué iba yo a negociar contigo? Tienes que responder por obediencia a tu padre y a tu superior. De lo contrario te espera la muerte.

—Puede torturarme o matarme, pero no diré nada si no recibo antes su palabra de honor —contestó Dracón, recuperando algo de seguridad.

Se hizo un silencio largo y tenso, pero al final Thanos afirmó con la cabeza.

—De acuerdo. ¿Cuáles son tus condiciones? —preguntó.

Sabía que si cedía en parte podría recuperar a su hijo y enterarse de los planes de los atenienses.

—No me importa que toda la ira de los dioses y de los hombres caiga sobre mí, pero Alexandre y Nereida son inocentes. Si accedieron a unirse a esa aventura fue por mí, por eso os pido que los libere y que no los mande al exilio —suplicó Dracón.

—¿Cuál es la segunda condición? —preguntó Thanos. Arqueó una de sus pobladas cejas a la espera de una respuesta clara. No estaba dispuesto a ceder mucho más ante su hijo, aunque esto supusiera su muerte.

—Amo a una ateniense. Sé que está prohibido por nuestras leyes casarse con una enemiga, pero si me permite hacerla mi esposa, serviré a Esparta hasta la muerte y haré que todos los jóvenes de esta ciudad den hasta la última gota de su sangre si es necesario —dijo Dracón sin tomar aliento, como si intentara sacar toda esa frustración y rabia de su alma.

El hombre observó el semblante de su hijo. Sin duda tenía carácter y fuerza, podría ser un gran miembro del Consejo si era capaz de meterlo en vereda.

—No suelo negociar con traidores, pero si me cuentas con detalle todo lo sucedido, te prometo que tus amigos se librarán de su justo castigo y que tú podrás casarte con quien desees.

—Gracias, padre —dijo Dracón sin poder contener las lágrimas. Había salvado su vida y la de sus amigos. Ahora podría casarse con su amada, aunque eso supusiera aceptar las normas del Consejo.

Mientras Dracón vaciaba su alma frente a su severo padre, Atenas y Esparta se preparaban para la guerra. Únicamente la intervención de los dioses podía salvar a la ciudad de Atenea de sucumbir a la terrible maquinaria de guerra de sus eternos enemigos.

Primera Parte

Traición

1: Atenas, 22 de hecatombeón de 2200

Los días posteriores al anuncio de la guerra fueron turbulentos. A la vista saltaba que era una guerra que nadie quería. El Consejo de Ancianos temía demasiado a Esparta como para enfrentarse a ella. El resto de mis amigos había sucumbido en la dura prueba de supervivencia de los Juegos de la Guerra. Lo peor de los últimos juegos es que además de no haber servido para evitar la guerra entre Esparta y Atenas, muchos inocentes habían muerto para nada.

Todavía recuerdo la desgarradora expresión de la madre de Damara cuando cuatro soldados atenienses le entregaron su cuerpo bañado en sangre. Su semblante roto, sus ojos hundidos y el grito contenido de su alma. Damara había sido mi amiga, confidente y aliada durante los duros años de la escuela, en los que había vivido lejos de mis padres, y ahora simplemente ya no existía.

Leónidas era el compañero del alma de Pericles, pero también era mi amigo. Siempre dispuesto a sacrificarse por los demás, noble y entregado a las causas perdidas. Él también había ido a habitar con los dioses.

Pericles no había vuelto a ser el mismo. Apenas nos veíamos y, desde luego, no nos habíamos vuelto a escapar al norte. Ahora el estadio le recordaba a la muerte y el dolor de los últimos días y prefería pasarse el día en el gimnasio o tumbado en su camastro. El aislamiento de mi amigo había contribuido a que me centrara más en mí misma; las visitas de mi madre y mi hermano eran lo único que me sacaba de mis monótonos pensamientos, que siempre me llevaban en una misma dirección y a una única idea: ¿para qué servía la vida?

Ya me había hecho esta pregunta en muchas ocasiones. Vivir toda tu infancia separada de tus padres, sin un abrazo, un beso o un «te quiero», podría parecer a cualquiera poca cosa, pero para mí era la más cruel de las amputaciones. La pérdida de mis amigos me llevaba a despreciar la vida y sentir más que nunca que no encajaba en el mundo.

Dracón estaba lejos; no sabía nada de él, y de hecho prefería ignorar por completo su suerte. No quería añadir otro ser querido a la larga lista de personas que había perdido para siempre. Conociendo el talante de los espartanos, pensaba que la suerte de Dracón, Alexandre y Nereida había sido la muerte o el exilio más terrible.

A todas mis penas debía añadir una más. Desde hacía semanas no teníamos noticias de mi padre desaparecido. El viaje al norte había sido inútil y la guerra ponía sobre su cabeza una segura sentencia de muerte.

Con estos pensamientos funestos me acercaba al templo de Afrodita cuando escuché una voz querida y familiar. Levanté la vista y allí estaba mi madre, con el mismo aspecto triste que la última vez que la vi, pero con los ojos brillantes por la emoción.

—Hija, acércate —me pidió. Yo miré a un lado y al otro. Me extrañaba que me llamara en plena calle, sabiendo las prohibiciones que había al respecto.

Al principio pensé que mi amada madre había perdido la cabeza. No era la primera mujer que, harta de esperar a un marido ausente, se convertía en una ermitaña desquiciada, que comenzaba a tener visiones o a anunciar augurios misteriosos, pero lo que me dijo aquella mañana no pudo ser más cuerdo y oportuno.

—Acompáñame hasta el templo, allí hablaremos con mayor tranquilidad —dijo mi madre, y nos encaminamos hacia uno de los edificios más hermosos de toda Atenas.

Subimos la escalinata de piedra blanca y atravesamos las bellas columnas dóricas del pórtico, después nos introdujimos en la sala principal, en la que refulgía el fuego que no se consumía. Aquella zona era la más íntima y reservada del templo y a ella únicamente podían acceder las sacerdotisas, pero mi madre y yo nos habíamos refugiado allí en alguna ocasión para vernos a escondidas.

—Amada hija... —dijo ella, después de abrazarme. Eran tan pocas las veces que recibía un abrazo que sentí que mi cuerpo se estremecía ante sus caricias.

—¿Qué le sucede, madre? ¿Se encuentra bien? ¿Tiene noticias de mi padre?

Respondió con una sonrisa, como si intentara calmar mis dudas con un gesto.

—Ojalá tuviera noticias de tu padre, espero que Zeus lo proteja, pero al menos pienso que podemos hacer algo por tu situación aquí y por la de otros como tú —contestó intrigante.

—No entiendo a lo que se refiere —dije aturdida.

—Desde que se declaró la guerra, los miembros del Consejo de Ancianos han dado pasos titubeantes, como si no se atrevieran a prepararse en serio para la batalla. Se rumorea que en el último momento firmarán un acuerdo de capitulación. De esa manera, Atenas pasará a ser un dominio de los espartanos y nosotros nos convertiremos en sus esclavos. Mucha gente anda preocupada, pero no saben a quién acudir. Al no estar tu padre, muchos han venido a mí —me comentó mi madre.

—¿Qué tiene pensado hacer? El Consejo de Ancianos es demasiado poderoso para vencerlo —repliqué sin mucho interés. En los últimos días los asuntos de la

ciudad habían dejado de preocuparme.

—Sí, pero si probamos que los miembros del Consejo se han aliado con los espartanos y que sabían que los juegos estaban amañados, no durarán mucho en sus cargos. El pueblo está indignado. Ellos creían en los Juegos de la Guerra. Muchos entregaron a sus hijos para morir por Atenas y ahora saben que los mandaron a una muerte segura —dijo mi madre.

—Entiendo su preocupación, pero no sé en qué puedo ayudarla —me excusé.

—Pericles y tú fuisteis testigos de los engaños de los espartanos, del vil secuestro de tu padre y de la manipulación de los juegos —me comentó.

—Pero es nuestra palabra contra la suya, y nosotros somos para muchos los traidores que se aliaron con los espartanos en los juegos, los que han provocado una guerra que nadie deseaba —le contesté angustiada. Mi madre no parecía consciente de la delicada situación en la que nos encontrábamos Pericles y yo.

—Eso es cierto, pero si sigues a Cosme y encontráis las pruebas de su traición, podréis desbaratar sus planes y conseguir un trato más justo para los jóvenes, como la abolición de las leyes que separan a los niños de sus padres a los cuatro años —dijo mi madre.

He de reconocer que su plan me pareció disparatado, no tanto porque fuera imposible sorprender al anciano Cosme llegando a un acuerdo secreto con los espartanos o facilitándoles información táctica de nuestro ejército, sino porque Pericles y yo éramos las dos personas más odiadas de Atenas y nadie nos creería. Pero cuando la única salida que queda es la más desesperada, los planes disparatados tienen al menos una posibilidad de salir bien.

—Acepto el reto, aunque no creo que consigamos mucho. Cuando obtengamos las pruebas, se las entregaremos para que las presente ante los ciudadanos. Tampoco estoy muy convencida de que Pericles quiera ayudarnos —le comenté, encogiéndome de hombros.

—Confío en ti. Eres como tu padre, una luchadora, y sé que no dejarás de intentar salvarlo a él y a Atenas.

—Gracias, madre —le dije dándole un abrazo.

Nos despedimos y yo me quedé unos segundos mirando el fuego del templo. La llama anaranjada crecía y decrecía, pero sin llegar nunca a extinguirse. Pensé en la esperanza que, como la llama, parece a ratos que va a dejar de arder, pero de nuevo se aviva, indicándonos que siempre hay un motivo para confiar en que las cosas serán mejores en el futuro. Me aferré a esa promesa, como un náufrago a un mástil que se hunde, y fui a buscar a Pericles.

2: Atenas, 23 de hecatombeón de 2200

No era fácil encontrar a Pericles. Nunca estaba en los pabellones de la escuela, tampoco se lo veía entre los chicos que se entretenían compitiendo en la plaza central ni pescando en las proximidades del río. La única manera de dar con él era acudir bien temprano al entrenamiento del batallón de jóvenes del ejército o al gimnasio. Al principio los generales no habían querido que él entrase en la tropa, pero por mediación de Platón, nuestro antiguo entrenador en los Juegos de la Guerra, hacía cuatro días que se había incorporado en filas.

Mientras me dirigía al campo de entrenamiento, una gigantesca explanada de césped a la orilla del río, no pude evitar pensar en Damara; ese era el tipo de cosas que siempre hacíamos juntas. Su recuerdo me quemaba como el fuego.

A lo lejos observé al batallón haciendo sus ejercicios. Llevaban ropas ligeras; corrían, sorteando varios obstáculos hasta llegar a una especie de meta. Me quedé unos minutos mirando cómo entrenaban, con la mente en otra parte. Tal vez en los últimos Juegos de la Guerra. Yo llevaba días sin hacer nada de ejercicio y, en cierto modo, me daban un poco de envidia.

Caminé hacia los soldados y Platón me reconoció enseguida, me llamó con la mano y me acerqué tímidamente. Me sorprendió su actitud amistosa, ya que nos había tratado con dureza durante los juegos, y además en la mayoría de los lugares no era bien recibida, pero la sonrisa de mi antiguo entrenador me tranquilizó.

—Esta es la gran jugadora Helena —me presentó el entrenador, ahora comandante del batallón juvenil.

Se me subieron los colores. Mi piel morena apenas pudo disimular el rubor. Todos comenzaron a saludarme con una sonrisa, a excepción de Pericles, que mantuvo la cabeza gacha todo el tiempo.

—Para ellos sois unos héroes. Vuestro buen papel en los juegos y el injusto reparto de los puntos en las carreras dejó claro, de una vez por todas, el trato de favor

que los jóvenes espartanos recibían por parte de los jueces. Destapasteis las triquiñuelas que llevaban años practicándose en los juegos y habéis luchado por sus derechos —dijo Platón, mientras yo intentaba mirar para otra parte.

—Me temo que eso no es lo que piensa la mayoría de la gente —le contesté.

—¿Por qué no te unes a nosotros? Necesitamos guerreras tan buenas como tú. Cuando comience la guerra, cada espada será necesaria para conseguir la victoria —me alentó Platón.

—¿De verdad cree que podemos ganar? Los espartanos tienen el ejército más poderoso del mundo. Su armada es invencible y sus soldados no se rinden jamás —le dije sin poder evitar la sinceridad que me caracteriza.

—Puede que ellos tengan todas esas cosas, pero nosotros luchamos por una causa justa: la libertad. Durante mucho tiempo nos han oprimido y ya es hora de que nos liberemos. ¿Acaso piensas que me sentía desanimado en los Juegos de la Guerra porque no creía en los jugadores? Intuía, como todos, que los espartanos hacían trampas, pero no podía demostrarlo. Ahora ya podemos enfrentarnos a ellos cara a cara, en igualdad de condiciones —dijo Platón, muy serio.

Todos me miraron decepcionados, como si el jarro de agua fría que acababa de lanzar sobre ellos los hubiera terminado de desmotivar. La moral era una de las cosas más importantes que conservar en una tropa, por eso era mejor que tuvieran la ilusión de que al menos les quedaba una posibilidad de vencer, en vez de pensar que no tenían ninguna.

—¿Qué quieres? —preguntó Pericles muy serio, como si lo incomodara que estuviese allí.

—He venido a hablar contigo —le dije.

—No tenemos nada de qué hablar. Yo al menos intento compensar nuestro error luchando por nuestro pueblo. Nunca debimos confiar en esos espartanos. Leónidas y Damara están muertos por su culpa —me espetó él con el ceño fruncido.

Sus palabras se clavaron en mi corazón como flechas, pero intenté guardar la calma y recordar que quien me hablaba era un amigo herido que también había perdido a personas muy queridas.

—Precisamente pretendo enmendar todo eso, pero necesito que hablemos a solas —insistí.

Pericles se separó del resto del grupo de mala gana y comenzó a caminar como si esperara que simplemente le siguiera el paso. Anduvimos quince minutos hasta que al fin me atreví a comentarle el plan de mi madre.

—La primera vez me convenciste para que nos metiéramos en el disparatado rescate de tu padre en Esparta, después fuimos a buscarlo más al norte y el resultado de todo eso ha sido la muerte de nuestros amigos y una guerra. ¿De veras piensas que te ayudaré esta vez? Creo que estás tan loca como tu madre —me dijo con desprecio.

No esperaba que estuviese ansioso por ayudarme, pero sus palabras hirientes me quitaron la pequeña esperanza que había logrado brillar en mi interior en las últimas

horas.

Me alejé llorando. Corrí por las calles de Atenas hasta llegar a la punta sur de la muralla y me asomé al precipicio que se abría ante mí. Al fondo, la gran estatua semidestruida de la diosa de la Libertad me observó con sus grandes ojos vacíos.

—¿Dónde están los dioses ahora? He perdido a mis amigos, estoy sola y he provocado una guerra, como la fatídica Helena de Troya. Dos ciudades se enfrentarán por mis locos desvaríos. ¿Qué solución me queda? —pregunté en voz alta. Me sorprendió escuchar de mi boca aquellos lamentos que habían lacerado mi corazón durante días. Pero ya no podía más.

Una anciana se aproximó por el borde de la muralla, no le presté mucha atención al principio, era una sombra más en la pesadilla en la que se había convertido mi vida, pero cuando llegó hasta donde estaba, su voz me recordó a la de una dama que había conocido días atrás en otra ciudad.

—Helena, hija de Diácono, tengo que hablar contigo.

3: Atenas, 23 de hecatombeón de 2200

Dicen que el destino nunca deja de mover sus hilos para que se cumplan los deseos de los dioses. Fuera la Providencia o el impulso del ser humano por luchar por la justicia lo que movió a aquella mujer a venir hasta Atenas, lo hizo en el momento más oportuno. Castalia llevaba un tocado ateniense y un largo manto que cubría casi por completo su túnica verdosa. Desconocía cómo había logrado llegar hasta nuestra ciudad en plena tensión prebélica, pero imagino que los comerciantes no entienden de conflictos y muchos eran los barcos que recalaban en Esparta antes de pasar por Atenas. Nuestros enemigos todavía no nos habían impuesto el bloqueo que todos temíamos y muchos barcos apuraban los últimos días previos al ataque de nuestros enemigos. Por eso, decenas de navíos llegaban todos los días al puerto para llenar los almacenes del estado. Aun así, se habían disparado los precios de los alimentos, y ya comenzaban a escasear.

La mujer me tomó de las manos y, con angustia en su expresión, me dijo:

—Estimada niña, pensé que en esta gran ciudad de Atenas sería imposible dar contigo, pero todos conocen a Helena, hija de Diácono.

Los mismos ojos verdes de Dracón, su nieto, iluminaban el rostro de la anciana. Su mirada estaba algo velada por la edad, pero aún guardaba parte de su antigua belleza. Aunque lo realmente hermoso de Castalia era su alma.

—¿Cómo ha venido a Atenas en plena preparación para la guerra? Si la gente se entera de que la madre del mayor enemigo de la ciudad está aquí, la secuestrarán para chantajear a su hijo —le comenté, preocupada.

—No me importa mucho mi suerte. Soy una anciana, y lo único que me queda es reunirme con mis antepasados, aunque creo que todavía puedo rendir un gran servicio a los atenienses y espartanos de buena fe —dijo la anciana bajando la voz, temerosa de que alguien pudiera escucharnos.

—¿Qué servicio es ese? —le pregunté, intrigada.

—Tengo en mi poder unos pergaminos que pueden frustrar la conquista de Atenas. Si no puedo conseguir la libertad de mis conciudadanos espartanos, quizás al menos pueda evitar la opresión de los atenienses —dijo la mujer.

—Pero eso puede suponer la muerte de muchos espartanos —le señalé. No deseaba que los sentimientos hubieran cegado su mente, haciéndola capaz de dañar a su propia familia.

—Si conseguimos que el ejército espartano pare el desembarco, morirá menos gente que si se produce un asedio o si durante meses las dos ciudades se atacan sin piedad —dijo la anciana.

—Pero ¿es eso posible? Los espartanos tienen la flota más poderosa del mundo y poderosos aliados —le contesté.

—Nadie goza de un poder absoluto, todo ejército tiene un punto débil. Evitaremos la guerra, de eso puedes estar segura —dijo Castalia con tal aplomo que logró convencerme.

Las palabras de la anciana me dejaron petrificada. Nuestra esperanza volvía a brillar. Tal vez, si presentaba a la asamblea sus misteriosos pergaminos, salvaría a la ciudad que había condenado por mi imprudencia.

—Tiene que contármelo todo, pero mejor en casa de mi madre, que sin duda nos ayudará a perfilar este plan —le dije. Aquel lugar no era seguro. Los ojos y oídos del Consejo de Ancianos y de Esparta estaban por todas partes.

Caminamos por las calles vacías de Atenas bajo un cielo que amenazaba tormenta. Aproveché para contarle a la anciana que mi madre creía poder hacer algo para evitar la guerra, y que eso implicaba peligrosas maniobras de espionaje. Mientras hablábamos, me di cuenta de lo orgullosa que estaba de mi familia, de su fortaleza y su sentido de la justicia. Cuando llegamos al hogar de mis padres, me sorprendió ver que la puerta estaba entreabierta y la estancia principal a oscuras. Me dio un vuelco el corazón cuando intuí lo que había sucedido aquella misma tarde, mientras yo hablaba con Castalia.

4: Atenas, 23 de hecatombeón de 2200

Lo primero que sentí fue un fuerte dolor en la boca del estómago, como si me faltara el aire; después, ganas de vomitar. Tuve que correr de nuevo a la calle y arrojar la poca comida que había ingerido en el desayuno. Después volví a entrar y contemplé la casa desordenada, los muebles volcados y los platos rotos. No sabía lo que había sucedido, pero podía imaginármelo. Alguien se había enterado de los planes de mi madre y la había secuestrado. Pero todavía albergaba la esperanza de que hubieran respetado al menos su vida, aunque con la amenaza de una guerra inminente, la vida de un ateniense valía muy poco.

—¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó Castalia, rompiendo el silencio.

Aquella pregunta inoportuna, casi infantil, me obligó a sacar de mi interior todas mis sospechas y dudas.

—El Consejo de Ancianos ha actuado antes de lo esperado. Sin duda sabían de los planes de mi madre —le dije a la anciana.

Los miembros del Consejo tenían espías por todas partes; ahora peligraban la vida de Pericles y la mía. De lo que no estaba segura es de si la habían detenido oficialmente o si habían mandado a algunos de sus esbirros para que hiciesen el trabajo sucio.

—Lo siento, mi niña —dijo la anciana mientras me abrazaba.

No pude evitar echarme a llorar. Aquello era más de lo que podía soportar. Primero mi padre, después mis amigos muertos y ahora mi madre. ¿Cuándo terminarían mis desgracias? ¿Acaso los dioses estaban enfadados conmigo?

—Tranquila, ten confianza. Seguro que al final todo saldrá bien —continuó la anciana.

Estaba tan aturdida, que no sabía qué hacer. En esa casa corríamos peligro, pero tampoco podía volver a la escuela y mucho menos irme con Castalia, una espartana.

—No sé adónde podemos ir —le comenté.

—Piensa un poco. Seguro que alguien puede acogernos por unas horas —dijo la anciana.

No conocía a muchos adultos y no sabía si era prudente confiar en ellos.

—La única persona que se me ocurre es Platón, nuestro entrenador en los Juegos de la Guerra. Es de los pocos que conozco que entienden las razones reales de esta guerra y desconfían del Consejo de Ancianos. Puede que él nos ayude —le dije.

—Pues marchémonos antes de que se haga de noche y la guardia pueda detenernos.

Caminamos por las calles solitarias de Atenas mientras nuestras sombras se alargaban con la escasa luz de algunas antorchas encendidas. La lluvia caía con intensidad. Las gotas frías atravesaban nuestros mantos veraniegos y nos calaban hasta los huesos. Cuando llegamos frente a la casa de Platón, nos paramos exhaustas y empapadas.

Me aseguré de que era la puerta correcta y después llamé con cuidado. No quería atraer la atención de los vecinos. Un par de minutos después escuché la voz de Platón al otro lado.

—¡Ábranos, por todos los dioses! —le supliqué.

Cuando el portalón chirrió y vimos algo de luz, noté que mi corazón cobraba ánimo de nuevo. Tenía que luchar por recuperar a mi familia y salvar a Atenas. No me rendiría aunque todo se pusiera en mi contra. ¿Qué podía perder? Con mis padres retenidos, solo quedaban libres mi hermano y Pericles. En ese momento caí en la cuenta: mi amigo estaba en peligro y no había hecho nada para advertirlo.

—¿Qué sucede? —preguntó un somnoliento Platón.

—Algo terrible; tiene que ayudarnos —le rogué.

El hombre abrió sus pequeños ojos y nos hizo pasar deprisa. Después nos acomodó en dos sillas y nos tendió unos paños para que nos secásemos. Mientras intentábamos entrar en calor, Platón sirvió un par de cuencos de vino caliente y nos los ofreció.

—¿Qué es tan importante para que atraveséis la ciudad en plena tormenta? —preguntó el hombre.

—No hay tiempo. Tenéis que ir a buscar a Pericles, su vida corre peligro —le dije con tal urgencia que el hombre se puso las sandalias y corrió en mitad de la noche para salvar a su alumno y soldado de aquellos misteriosos enemigos que se cernían sobre todos nosotros.

5: Atenas, 23 de hecatombeón de 2200

La media hora que tardó en regresar Platón de su peligrosa misión se me hizo eterna. No dejaba de dar paseos por el salón, mirar el fuego de la chimenea o intentar atisbar por la ventana la llegada de los dos hombres. En cambio, Castalia estaba sentada en una silla, tenía la mirada distante y no dejaba de secarse el pelo gris, que le caía suelto por la espalda.

—Voy a ir a buscarlos —le comenté, impaciente.

—Tienes que ser prudente, regresará con el muchacho. Esta lluvia nos favorece. Los soldados son gente negligente, que no se precipita para obedecer órdenes. Esperarán a que deje de llover para ir a capturarlo —dijo la anciana, como si la experiencia la hiciera inmune a la ansiedad.

Sabía que tenía razón. Sin duda, tanto el Consejo de Ancianos como los soldados no se precipitarían corriendo en mitad de la noche para sacar a Pericles de los barracones de la milicia. Eran conscientes de que no teníamos muchos sitios en los que escondernos y que tarde o temprano caeríamos en sus redes.

Escuché la puerta y me acerqué a ella, esperando ver el rostro de mi amigo en cuanto se abriese, pero lo único que vi fue la cara enrojecida y empapada de Platón, que reflejaba una mezcla de confusión y decepción.

—¿Qué ha sucedido? —le pregunté, sin brindarle la oportunidad de que se secara un poco.

—Al parecer los soldados del Consejo de Ancianos se nos han adelantado. Fueron a por Pericles hace como una hora, pero él logró escapar. Nadie sabe dónde está. ¿Tienes alguna idea de adónde puede haber ido? —preguntó Platón mientras se secaba su gran cabeza calva.

Me sentía tan confundida que las palabras del hombre llegaban a mi mente amortiguadas por las emociones y la angustia que me envolvían desde hacía un par de horas.

—¿Sabes dónde se puede haber metido? —insistió el hombre, intentando que volviera en mí.

—Puede encontrarse en muchos sitios —contesté mecánicamente, esperando ganar tiempo para que mi mente pensara con más claridad.

—Eso no ayuda mucho —dijo Platón, impaciente.

El hombre se retiró y unos minutos más tarde uno de sus siervos nos ofreció algo de ropa seca.

Cuando Platón volvió a aparecer, ya estábamos vestidas y preparadas para la cena. Yo no tenía apetito, pero Castalia me obligó a sentarme a la mesa y hablamos durante un rato.

—No sé de qué habrán acusado a tu madre. Posiblemente de traición a la ciudad, aunque tendrán que demostrarlo. Hay un abogado amigo mío, Timoteo, que seguro que defenderá su causa —comentó Platón para intentar tranquilizarme.

—¿Por qué piensas que la han detenido? —le preguntó Castalia al entrenador.

—Ella quería que vigiláramos al jefe del Consejo, piensa que podíamos reunir pruebas en su contra y denunciarlo ante la asamblea —contesté en su lugar.

—Cosme es un tipo escurridizo, no existen indicios que apunten hacia él, aunque muchos sospechan de sus alianzas secretas con Esparta —dijo Platón.

—Si el Consejo de Ancianos de Atenas está corrupto, de nada servirá que os revele los secretos que pueden inclinar la balanza a favor de Atenas —dijo Castalia algo decepcionada.

—¿Qué secretos? —preguntó Platón, sorprendido.

—No os dijimos nada ante la urgencia de dar con Pericles, pero Castalia es una importante dama de Esparta —le confesé al entrenador.

—¿Una espartana? —preguntó Platón, algo alarmado.

—Sí, una espartana, pero no cualquier espartana. Es la madre de Thanos, el hombre más poderoso de toda la ciudad —le contesté.

Platón parecía más preocupado que sorprendido. Imaginé que por su cabeza pasó el pensamiento de que las acusaciones de traición vertidas sobre mi familia eran ciertas, pero desconfiaba tanto del Consejo de Ancianos y de su forma de hacer las cosas que estuvo dispuesto a escuchar a Castalia.

6: Atenas, 23 de hecatombeón de 2200

Castalia sacó de su zurrón dos pequeños pergaminos cuidadosamente enfundados y los dejó encima de la mesa. Los dos los observamos con curiosidad, pero no nos atrevimos a tocarlos. La luz de la lámpara de aceite iluminó la cara de la anciana cuando nos miró directamente a los ojos.

—Antes de que podáis leerlos, tenéis que reunir pruebas contra Cosme y el Consejo de Ancianos. En Esparta hay muchos amigos de la libertad que esperan un paso en falso de mi hijo Thanos para apartar del poder a todos los miembros de nuestro Consejo, pero la única manera de conseguir partidarios comprometidos es perdiendo la guerra —dijo Castalia.

—Lo que no entiendo es cómo, siendo la madre de Thanos, lo traicionas por Atenas —dijo Platón, confundido.

—No traiciono a Thanos. Fue mi hijo el que, hace mucho tiempo, traicionó la causa de la libertad. Su padre y yo luchamos durante años para que los espartanos recuperaran sus derechos y él, en dos décadas, ha destruido lo poco que quedaba en pie de la antigua democracia espartana. Cada año se mandan jóvenes a la muerte para cumplir una farsa en los Juegos de la Guerra, además se oprime a todos los menores de veinte años, se traumatiza a los niños separándolos de sus padres y obligándolos a vivir sin afecto. Puede que de esa manera se creen ejércitos fuertes, pero también hombres sin valores y personas detestables. Cuando Esparta pierda la guerra, podremos restablecer el gobierno del pueblo. Otro tanto podréis hacer vosotros aquí. Mi hijo perderá el poder, pero, al menos, recuperará la dignidad —dijo la mujer, algo exaltada.

—Bien, pues lo primero que debemos hacer mañana, en cuanto amanezca, es buscar discretamente a Pericles. Te cederé cuatro de mis soldados para que te ayuden, después procuraré que uno de mis hombres espíe a Cosme. Confiemos en que los dioses nos descubran el camino hasta la verdad y consigamos una paz duradera entre

nuestros pueblos —dijo Platón, zanjando el tema. Su rostro reflejaba el cansancio de las últimas horas. Era obvio que deseaba retirarse a sus habitaciones.

—Dios te oiga, noble Platón —dijo Castalia y la expresión sonó rara en sus labios, como una oración pronunciada a ese dios desconocido al que los atenienses habíamos levantado un pedestal en el panteón de los dioses, pero al que estaba prohibido dirigirse.

La anciana y yo nos retiramos a la habitación que el criado de Platón nos había preparado. Cuando estuvimos a solas no pude evitar preguntarle algo que llevaba rondándome la cabeza toda la tarde, pero que no me había atrevido a plantear antes.

—¿Cómo está Dracón? Espero que no haya sufrido la ira de su padre ni la del Consejo de Ancianos.

Castalia me miró con semblante triste, como si, sin saberlo, hubiera ahondado en una herida abierta.

—Dracón ha cedido ante las malas artes de su padre. Nunca pensé que fuera capaz de seguir sus pasos, pero está dirigiendo a los jóvenes y atacará Atenas bajo el mando de Thanos —comentó angustiada la anciana.

—No me lo puedo creer. ¿No será más bien una estrategia para escapar de Esparta? —le comenté. Estaba convencida de que el joven que yo había conocido era incapaz de una traición tan infame.

—No. ¿Sabes?, ahora los jóvenes viven aún peor que antes de la guerra, y él ha sido nombrado su comandante. Los obliga a entrenar hasta la extenuación y, al parecer, el Consejo quiere usarlos como la vanguardia de la invasión.

Las palabras de Castalia terminaron de hundirme en un gran desánimo. Me alegraba saber que Dracón estaba bien, pero no podía imaginar por qué se estaba comportando de aquella manera.

Me tumbé en la cama con la mente confusa. Pericles estaba escondido, mi madre presa y el Consejo de Ancianos dispuesto a detenerme también a mí y terminar de una vez por todas con los únicos que nos resistíamos a su poder. Eso me sumió en una profunda tristeza, pero estaba exhausta, y pronto me quedé dormida. En aquella lluviosa noche de verano, yo desconocía que en Atenas había más personas dispuestas a morir por la causa de la libertad de las que pensaba.

7: Atenas, 24 de hecatombeón de 2200

Aquella mañana me disfrazaron de hombre. Platón me trajo un uniforme de oficial del ejército, yo me recogí la melena e intentamos pasar desapercibidos. La calle seguía medio inundada por las copiosas lluvias de la noche, como si los dioses lloraran por nuestra amada ciudad y su fatídico destino. Caminamos con paso firme hasta la zona de entrenamiento. Los soldados ya esperaban en formación cuando llegamos. Sus sandalias, sobre la hierba encharcada, estaban empapadas, pero no parecía molestarlos. Platón se puso delante de ellos y comenzó a recorrer las filas; seleccionó a varios.

—Creo que tú también puedes ayudarnos —le dijo al último, y el joven se cuadró junto a los otros tres soldados.

—Oficial —dijo mirándome a mí—, estos son sus hombres. Le obedecerán y seguirán donde usted vaya.

Los miré a través de las rendijas de mi casco. Imagino que los jóvenes soldados se sentirían intrigados por la misión y por aquel desconocido oficial barbilampiño que tenían enfrente. Les hice un gesto para que me siguieran y, mientras caminábamos hacia la frontera, no dejaba de pensar en dónde se habría ocultado Pericles. Una de las ubicaciones más probables era la Ciudad de Brillantes, pero aquel lugar tenía tantos posibles escondites que podríamos tardar días en dar con él. No creía que estuviera en el estadio, aquel sitio le traería malos recuerdos y era el primer lugar en el que lo buscaría el Consejo de Ancianos. Pericles era demasiado listo como para dejarse atrapar.

Dejamos atrás la ciudad y marchamos en silencio junto al río durante una hora antes de llegar al muro que separaba la zona conocida de la zona prohibida. Como éramos soldados, el único salvoconducto que tuve que enseñar a los guardianes del muro fue la autorización de Platón. Pasamos sin problemas al otro lado, mientras la guardia nos observaba con indiferencia. Todos los días salían partidas a la zona

prohibida, ya fuera para aprovisionarse de materias que había fuera de los muros o en busca de algún fugitivo. Platón quería que volviésemos lo antes posible, así que, para facilitarnos las cosas, en la orden se incluía que nos proporcionasen caballos de refresco y provisiones para tres días.

Yo no era una gran jinete, por eso me subí al caballo con dificultad, lo que produjo una ligera sonrisa en algunos de mis hombres. Tomé las riendas de aquel hermoso caballo blanco de crines rubias y comenzamos a adentrarnos en los espesos bosques de la zona prohibida. Aquella expedición tenía muy poco en común con la que había realizado unos días antes con mis amigos atenienses y espartanos. Esta vez tenía un salvoconducto, un medio de transporte y alimentos. Más que una arriesgada misión, parecían unas maniobras militares.

Después de algo más de una hora de camino ya nos encontrábamos cerca del gran lago, y en ese momento se me pasó una imagen por la cabeza. Aquel increíble lugar que habíamos visto en el primer viaje, ese edificio que tenía animales misteriosos colgados de los techos. Se trataba de una hermosa construcción al oeste de la isla. Por alguna razón que no sé explicar, tuve el pálpito de que Pericles podía estar allí y, aunque muy pocas veces me dejó llevar por el instinto, aquel día pensé que no teníamos nada que perder. La zona prohibida era grande y encontrar a Pericles era más una cuestión de suerte que de pericia.

8: Al otro lado de la frontera, 24 de hecatombeón de 2200

Llegamos al gran edificio hacia el mediodía. El verano había secado en parte los matorrales, y los caballos notaban sus púas afiladas contra sus panzas, así que intentábamos cabalgar por los senderos. Mis hombres no se habían quejado en ningún momento del viaje, pero debían estar tan hambrientos como yo (la noche anterior no había cenado nada, a pesar de la insistencia de Castalia, conmocionada aún por los últimos acontecimientos, y por la mañana apenas había probado bocado, pero tras cabalgar y caminar varias horas, mi cuerpo me pedía algo de alimento).

Nos paramos en la puerta este del gran edificio de ladrillo. La escalinata estaba repleta de hojas, ramas y algunos despojos de animales. No se me olvidaba que allí mismo nos había atacado una manada de lobos hacía escasamente unos días.

—Tú, prepara la comida para todos, y tú, vigila la zona —ordené a un par de soldados.

Me miraron sorprendidos. No esperaban una voz tan aflautada. Ellos seguían pensando que era un hombre. Por eso procuraba hablar lo menos posible y dirigirme a ellos con gestos.

Comimos con avidez, yo sin quitarme el casco en ningún momento; estábamos realmente cansados, pero en cuanto terminamos aquel modesto almuerzo, notamos que habíamos recobrado algo de energía.

—No podemos dejar a los caballos sin vigilancia. Tú —dije, señalando al que había preparado la comida—, quédate aquí. Los demás, seguidme.

El gran portalón de madera estaba abierto de par en par, lo que me hacía pensar que podía haber animales salvajes dentro. La luz penetraba en el gigantesco recibidor, pero se iba atenuando a medida que avanzábamos. En mi anterior visita no había tenido la oportunidad de observar el contenido de esa sala con atención, pero ahora los animales y los utensilios me dejaron sin palabras. No reconocía a la mayoría de aquellos seres e imaginé que debían ser mitológicos o fruto de la imaginación de su

creador.

El oráculo nos había dicho que el mundo que existió antes que el nuestro había sido hermoso y próspero, aunque también cruel y autodestructivo. Al parecer los fundadores tanto de Esparta como de Atenas nos habían querido salvar de alguna manera de aquella maldición, creando una sociedad nueva con nuevas reglas, pero ¿quién podía impedir al ser humano que buscara su destino? No somos lo que los que ejercen el poder dice que somos, la realidad es mucho más compleja. En cierto sentido, nuestro mundo está construido sobre los otros mundos que nos precedieron y de alguna manera siguen perviviendo en nosotros aunque los hayamos olvidado por completo.

Cuando entramos en una de las salas más largas, me sorprendió que estuviera enteramente dedicada a nuestra civilización. Reconocí los jarrones de barro, nuestras ropas, sandalias y tocados. Todo aquello estaba metido en unas grandes vitrinas de cristal. Unos paneles exhibían letras y frases en griego. Los leí:

—Cultura griega...

Los soldados me miraron sorprendidos, era la primera vez que entraban en aquel edificio mágico. No me extrañaba que estuvieran impactados por lo que los rodeaba, y, aunque yo había estado en otra ocasión, me encontraba tan sorprendida como ellos.

Continuamos mirando las vitrinas, como si estuviéramos de visita en el edificio. En ellas había espadas, lanzas, máscaras ceremoniales, brazaletes, ajuares funerarios y la representación de uno de nuestros templos a medio construir.

—¿Cómo adivinaron el futuro? —preguntó uno de los hombres en voz alta—. Es como si una civilización antigua nos conociera. Alguno de sus oráculos o profetas habrá predicho nuestra venida.

A los lejos observé los símbolos de dos ciudades muy conocidas para mí, las eternas rivales y enemigas, Atenas y Esparta. La historia de nuestro pueblo se encontraba en aquella sala. Los soldados debían pensar que algún tipo de magia la había llevado hasta allí y encerrado entre paneles de cristal, pero yo sabía que no era así. El oráculo nos había hablado de nuestros orígenes.

Continuamos mirando, fascinados, todo aquello, como si lo único que importara en ese momento fuera conjeturar cómo había llegado eso hasta allí. El tiempo se fue volando y los soldados se desperdigaron por el salón, mirándolo todo.

Me acerqué a una gran vitrina. Bajo un dibujo de la ciudad de Troya había un texto en el que ponía mi nombre; ya había escuchado esa vieja historia de cómo Helena fue el motivo de una guerra entre los griegos y los troyanos. Cuentos de niños que nadie tomaba en serio, pero al parecer aquella guerra era tan real como la que estábamos intentando evitar a toda costa.

Un ruido nos sacó de nuestro ensimismamiento, procedía de la planta de arriba. Podía tratarse de un animal merodeando por el edificio, pero teníamos que comprobarlo. Los soldados prepararon sus arcos y me siguieron escaleras arriba.

9: Al otro lado de la frontera, 24 de hecatombeón de 2200

Subimos las escaleras a toda prisa. Nuestros pasos resonaban en las inmensas salas vacías. Cuando enfilamos el último tramo de escaleras, parecía que el corazón nos iba a estallar. Aquella segunda planta era tan grande como la anterior. El final de la escalinata daba a una sala completamente repleta de piedras de colores. La luz brillante que penetraba por las ventanas les hacía tomar diferentes tonalidades. Caminábamos despacio, intentando amortiguar el ruido de nuestras pisadas, para ver si volvíamos a escuchar algún sonido delator. La primera del grupo era yo. Llevaba la espada desenvainada y controlaba que mis cuatro hombres cubrieran todos los ángulos con sus arcos. Cuando llegamos a la mitad de la sala, volvimos a escuchar el mismo sonido.

—Por allí —les dije, señalando hacía la zona de sombras en la que había escuchado algo.

Corrimos hasta una nueva sala que se abría a la derecha, presidida por el gigantesco esqueleto de un monstruo. Miré al fondo, algo se había movido, no había duda. Nos dividimos en dos grupos para rodear al intruso. Poco a poco fuimos cerrando el cerco hasta que coincidimos en el mismo pasillo, pero cuando volvimos a reunirnos nos sorprendimos al ver que no había nadie.

—No puede ser —les dije a mis hombres, todavía incrédula. No había otra salida ni habíamos escuchado más pasos.

Estábamos a punto de darnos por vencidos cuando un crujido nos hizo mirar en dirección al inmenso esqueleto que estaba justo en mitad de la sala. Fueron unos segundos, pero observamos a alguien descender por el esqueleto hacia la otra planta. Corrimos por la escalera, pero cuando llegamos ya se había escabullido de nuevo.

—¡Maldición! —grité enfadada.

Quienquiera que fuese, era extremadamente escurridizo. Me detuve por unos segundos, casi sin resuello. Después pasamos de una sala a otra, intentando encontrar

al intruso. Nos acercamos de nuevo a la sombra que se deslizaba con rapidez y sigilo por todas partes. Parecía que esta vez ya no tenía escapatoria.

Tenía que pensar en cómo atraparlo. Era mucho más rápido que nosotros, por eso debíamos ser más astutos.

—Id vosotros por allí —les indiqué a mis hombres. Mientras, yo eché a correr en la otra dirección.

El escurridizo personaje consiguió zafarse de mis soldados. Se dirigía directamente hacía mí, pero al verme dio un salto y se aferró al monstruo marino que colgaba del techo.

—¡Disparad! —les ordené a los soldados.

Asaetaron la cola del ser azul, por donde este se unía al techo, hasta que se escuchó un fragoroso crujido y el gigantesco monstruo se precipitó al suelo.

El estruendo fue tremendo. Tuvimos que correr hacia un rincón para que aquella criatura no nos aplastase. Después, una inmensa nube de polvo nos cegó a todos por unos momentos, y cuando se disipó, pudimos contemplar a nuestra presa. Era un pequeño cuerpo vestido de pieles que yacía tendido en el suelo. Al darle la vuelta, pudimos comprobar que se trataba de una chica rubia de largas trenzas. Tenía los ojos cerrados; por unos instantes pensamos que estaba muerta.

10: Al otro lado de la frontera, 24 de hecatombeón de 2200

No había muerto, solamente se había partido una ceja y tenía rasguños por todo el cuerpo. La levantamos entre todos y la sacamos del edificio. La pusimos al sol y le acerqué un poco de agua a los labios con la esperanza de que el líquido la reavivase. A pesar de tener el rostro tiznado y algunas cicatrices diminutas en la frente y el cuello, saltaba a la vista que era muy guapa. Tenía el pelo largo y rubio, recogido en sencillas trenzas. No le habíamos visto el color de los ojos, pero su cara ovalada y su piel muy blanca le daban un aspecto frágil, que contrastaba con la fuerza que había demostrado durante la persecución. Debajo de su ropa de pieles, se intuía un cuerpo esbelto y fibroso, aunque pequeño.

La desconocida comenzó a toser y la ayudamos a incorporarse, para que no se ahogase. Nos miró asustada; sus grandes ojos, azules, brillaron a plena luz del sol. Después intentó escabullirse, pero dos de mis hombres la sujetaron con firmeza de los brazos.

—¿Quién eres? —le pregunté.

No me contestó, simplemente arrugó su pequeña nariz e hizo fuerza para soltarse. Por un momento pensé que no sabía hablar. En la escuela nos habían comentado que algunos seres se habían criado en la zona prohibida y que al vivir entre animales habían perdido la capacidad del habla.

—¿Sabes hablar? —le pregunté de nuevo al ver que no reaccionaba.

—Entiendo vuestro repugnante idioma, pero yo no soy griega —dijo con un fuerte acento extranjero.

—¿De dónde eres? —la interrogué. Sabía que intentaría mentirme, pero al menos la escucharía hablar un poco más, lo que me ayudaría a conjeturar acerca de su procedencia sobre la base de su acento.

—No sé por qué tendría que decírtelo. Estoy lejos de vuestra muralla, no tenéis derecho a tratarme de esta manera —nos contestó con el ceño fruncido.

—No queremos hacerte daño. Buscamos a una persona y la confundimos contigo —le dije.

—Estoy sola, no he visto a nadie merodeando por aquí —contestó secamente.

Intuía que todo lo que saliera por su boca sería mentira, por lo que insistí de nuevo.

—Si nos dices la verdad te dejaremos marchar. No tenemos ninguna razón por la que retenerte —le dije muy seria.

—¿Por qué no te quitas ese casco para que te vea la cara? ¿Eres una chica? —me preguntó, impertinente.

—Aquí soy yo quien hace las preguntas. ¿Has visto a alguien merodeando por aquí? —la presioné, impaciente.

—No, pero si hubiera visto a alguien tampoco te lo diría. No me gusta la gente de ciudad, y muchos menos los griegos —contestó.

—Soltadla —les ordené a los hombres que me había asignado Platón.

Me miraron aturdidos: después de lo que nos había costado apresarla, no entendían para qué la iba a dejar escapar.

La chica se tocó los brazos, parecía que aún estaba dolorida por la caída. Después me miró y se puso lentamente en pie.

—¿Puedo irme? —preguntó, mientras se sacudía el polvo de las pieles que le cubrían todo el cuerpo.

—Sí, aunque podemos compartir algo de comida contigo y curarte esas heridas —le contesté, señalando los arañazos de sus brazos.

—Prefiero cuidar de mí misma, los buhoneros no necesitamos a nadie —dijo orgullosa. Los habitantes de la zona prohibida eran desconfiados. Estaban acostumbrados a cuidar de sí mismos y evitar a los ciudadanos.

La joven se puso un gorro de piel que le tapaba en parte la melena rubia y comenzó a subir las escaleras para entrar de nuevo en el edificio.

—¿Buhoneros? Nunca había oído hablar de vosotros —le dije.

Se giró y me miró, desafiante. No había ninguna duda de que era valiente, incluso temeraria. Nosotros éramos muchos más y estábamos armados.

—Somos buhoneros, otros nos llaman tramperos. Vendemos y compramos cosas. Nos pasamos el tiempo buscando objetos de valor o cazamos animales para vender su piel. Todo el mundo sabe río arriba qué es un buhonero —dijo con desprecio.

Uno de los soldados afirmó con la cabeza y después me dijo al oído:

—Los buhoneros tienen prohibida la entrada a Atenas.

La joven frunció el ceño al vernos murmurar.

—¿Qué vendes? —le pregunté.

—Todo tipo de cosas. Armas, juguetes, joyas, pieles...

—¿Podríamos verlas? —tanteé. Tal vez si hacía negocios con nosotros se mostraría más colaboradora.

—No. Ya sé cómo son los soldados. Me robaréis la mercancía y después me

mataréis —contestó.

—Los soldados de Atenas nunca harían algo así —le dije indignada.

—Una amiga mía murió a manos de soldados como vosotros hace un invierno. Seguid vuestro camino, que yo seguiré el mío. No me fío de la gente que viste de uniforme.

—Eso es imposible —contesté—. Los atenienses son hombres y mujeres nobles.

—Para los de ciudad nosotros somos casi como animales. Primero nos roban y después nos matan, siempre ha sido así. ¿Por qué debería confiar en vosotros? —dijo la joven.

—Podríamos haberte matado, pero no lo hemos hecho. Ahora eres libre. Te doy mi palabra —repliqué.

—¿Por qué debería creer en la palabra de un oficial ateniense que se tapa la cara? —preguntó con un gesto de desconfianza.

—Pero..., te he dicho que te doy mi palabra... —insistí.

—No me sirve de nada tu palabra. Los zorros no confían en las amorosas caricias de los osos. ¿Piensas que soy tonta?

Estaba a punto de tirar la toalla cuando, en un impulso, me quité el casco y solté mi larga melena pelirroja. La chica me miró sorprendida; aunque sospechaba que era mujer, seguramente no estaba convencida del todo.

—Confía en mí. No te haremos daño, pero nos viene bien que nos informes de lo que hayas podido ver. Tenemos poco tiempo y estamos buscando a alguien. Te pagaremos bien —dije, mirándola a los ojos.

—Está bien. Seguidme antes de que me arrepienta de lo que voy a hacer —contestó mientras volvía a subir las escaleras.

Les hice un gesto a mis hombres y subí las escalinatas la primera. Mi pelo rojizo se movía de un lado a otro mientras los soldados me seguían.

Mis hombres debían estar muy sorprendidos, pero no tanto porque fuera mujer como porque su misteriosa oficial hubiera sido Helena, hija de Diácono, la joven causante de la guerra entre espartanos y atenienses.

11: Al otro lado de la frontera, 24 de hecatombeón de 2200

La chica nos llevó hasta una de las habitaciones pequeñas de la segunda planta. Allí había reunido todo tipo de trastos. Utensilios para cocinar, cuchillos, armas extrañas, ropas, pieles de animales, uniformes y otras muchas cosas. Se giró para observar nuestra reacción. Yo intenté no mostrar mi desagrado, pero pensé que si ella se llevaba todo aquello y lo dispersaba, el saber antiguo del mundo se perdería para siempre. Aunque todos esos tesoros tampoco servían para mucho allí, acumulando polvo en aquel lugar al que nunca nadie vendría a contemplarlos.

—Seguro que no habéis visto cosas como estas —dijo la joven intentando vendernos su mercancía.

—Estoy más interesada en la información que me puedas proporcionar que en estos cachivaches —le dije, sin disimular mis intenciones.

La chica frunció el ceño, pero cuando miré a mi alrededor, observé sorprendida que mis soldados miraban con curiosidad todos los objetos. Pensé en reprenderlos, pero intuí que era mejor tenerlos contentos. Ahora que sabían quién era, cabía la posibilidad de que se resistieran a recibir mis órdenes, a pesar de las instrucciones de Platón.

—¿Qué información necesitas? —preguntó por fin.

—¿Has visto a un chico de pelo oscuro, piel pálida y grandes ojos azules? —le pregunté, esperando que pudiera contarme algo sobre Pericles.

La joven se quedó un rato pensativa, después sonrió por primera vez y me dijo:

—No he visto a mucha gente por esta zona, pero ayer me crucé con un joven que responde a esas características. Se dirigía más al norte, iba a caballo y creo que estaba solo —comentó la chica.

Ahora entendía por qué no habíamos dado antes con Pericles. Mi amigo había robado un caballo.

—¿Si te doy dinero, podrías llevarme hasta el lugar en el que lo viste? —le

pregunté.

La chica se lo pensó un poco, pero al final negó con la cabeza. Estaba claro que no se podía sacar mucho más de ella.

—¿Por qué lo persigues? —preguntó.

—Es mi amigo y está en peligro —le comenté.

—Espero que tengas suerte. Mi nombre es Julia, soy buhonera, pero antes de serlo viví en Nueva Roma —me dijo, despidiéndose.

—Gracias de todos modos —le contesté mientras le entregaba un par de monedas de oro. En otra ocasión había escuchado hablar de Nueva Roma, pero no tenía tiempo ni interés en seguir conversando con la chica.

Mis hombres se entretuvieron comprando algunas baratijas mientras yo me dirigía hacia la puerta principal del edificio. Cuando llegué al umbral de la construcción, observé el bosque tupido, con su manto de verano. El calor había convertido aquel lugar en un vergel, pero también en una zona difícil de explorar. Sin un guía sería imposible encontrar a Pericles.

Montamos en los caballos y pusimos rumbo al norte con la esperanza de dar alcance a mi amigo, aunque si nos sacaba unas horas de ventaja sería muy difícil dar con él.

En poco tiempo iba a aprender otra lección: el destino siempre juega a favor de los tenaces.

12: Al otro lado de la frontera, 24 de hecatombeón de 2200

Tras una hora de cabalgada, llegamos al límite norte de la isla. Un puente medio derruido y algunos edificios derrumbados eran los únicos vestigios de civilización que quedaban. Pericles podía haber cruzado el río en una balsa o algo parecido, pero si estaba aún más al norte, sería imposible encontrarlo. Mientras observaba los cables oxidados del puente cubierto por la hiedra, pensé por unos instantes en cómo debió de ser el mundo antiguo. Nos habían enseñado que la Tierra antes de la fundación de Atenas había estado gobernada por la avaricia y la decadencia, pero por lo que yo había visto hasta ese momento, también se construyeron cosas bellas e increíbles.

—Pronto anochecerá. Busquemos refugio entre aquellas ruinas —les indiqué a mis hombres.

Los soldados se habían acostumbrado a mí y reaccionaban de manera natural a las órdenes. A pesar de no ser oficial, yo continuaba al mando de la misión y se limitaban a aconsejarme algo o charlar entre ellos si tenían ocasión.

—El bosque es muy grande y buscar a Pericles es como intentar encontrar una aguja en un pajar, aunque puede que si cabalgamos un poco más lo encontremos —dijo el suboficial Zósimo.

—Sí, pero hace casi un día que partimos de Atenas, no sabemos si los espartanos nos habrán atacado ni cuál es la suerte de nuestra ciudad. Mañana regresamos —decidí, intentando disimular mi pesar.

—Lamento que no haya podido encontrar a vuestro amigo —dijo Zósimo.

—Me temo que más lo lamentará Atenas —le contesté para zanjar el tema.

Aquella noche cenamos un par de conejos asados que uno de los soldados había cazado por el camino. Estábamos agotados y no tardamos mucho en irnos a dormir. Miré al fuego de la hoguera y por unos instantes dejé la mente en blanco. Después levanté la vista y contemplé las estrellas desde el cobijo de mi manta. Era hermoso observar todo aquel cielo estrellado, me preguntaba para qué servirían esas luces en

la oscuridad.

Antes de dormir tenía la costumbre de hacer un repaso mental del día y pensar en mis seres queridos, como si temiera olvidarlos. Primero mi padre, Diácono, del que no sabía nada desde hacía un mes, después mi madre, capturada por el Consejo de Ancianos, y finalmente Pericles y mis amigos muertos. El único en quien evitaba pensar conscientemente era en Dracón, después de lo ocurrido había decidido olvidarlo. Lo nuestro iba más allá de un amor imposible. Era capaz de luchar contra las leyes de Atenas y Esparta, lo que no soportaba era que Dracón hubiese olvidado su honor y su sentido del deber y hubiese terminado actuando servilmente para su padre.

Estuvimos cabalgando de este a oeste de la isla toda la mañana, pero sin resultados.

Tras el almuerzo, me acerqué al agua para refrescarme. Sorprendida, noté que alguien me agarraba por el cuello. Intenté llegar a mi arma, que había dejado apoyada sobre una roca, pero mis dedos apenas alcanzaron a rozar la espada. Me giré y vi el rostro de uno de mis hombres. Un chico callado; no me había dirigido la palabra en todo el viaje.

—Es hora de terminar con esta farsa. Ya que es imposible que encuentres a tu amigo, te convertirás en lo que eres, una prisionera. Nosotros servimos al Consejo de Ancianos. El único fiel a Platón, Zósimo, ya está en la barca de Caronte en dirección al Hades —dijo el chico con una sonrisa malévol.

Sentía que me quedaba sin aire, dejé de mover los brazos y todo comenzó a nublarse a mi alrededor.

Cuando recobré el conocimiento, estaba sobre uno de los caballos, con las manos atadas a la silla. Me incorporé y miré al mermado grupo. Las riendas de un caballo sin jinete estaban atadas a la silla de otra de las monturas.

—Por fin te has despertado. Imagino que ya no estás tan parlanchina como el último día. Te entregaremos a las autoridades y en Atenas nos recibirán como a héroes —dijo el chico de antes con una sonrisa.

—¿Por qué hacéis esto? El Consejo de Ancianos trata a los jóvenes como esclavos, lo único que queríamos era desenmascararlos y desbaratar sus planes —dije angustiada.

—El Consejo cumple con su papel de mantener a salvo la ciudad. Atenas se construyó gracias a la disciplina y la obediencia a las leyes. Vosotros lo único que queréis es el caos y la anarquía, pero nunca lo conseguiréis —soltó el chico.

—No, deseamos justicia y libertad. Los ancianos nos han vendido a los espartanos, los Juegos de la Guerra llevan años amañándose y... —Pero antes de que pudiera concluir mi argumentación, se aproximó hasta mi montura y me abofeteó.

—No quiero volver a oírte —me advirtió.

El golpe me había roto el labio. Noté el sabor de la sangre y el dolor de la mandíbula, pero me negué a mostrar temor.

El resto del viaje lo hice en silencio. A cada instante buscaba alguna manera de escapar. Durante un rato maldije mi suerte, todos mis planes fracasaban y cuanto más intentaba luchar, más atrapada me sentía.

Ya estaba anocheciendo, así que nos detuvimos en un claro, a un par de horas de camino de la muralla. Estaba sedienta, hambrienta y dolorida. Me ayudaron a desmontar y después me senté, apoyada contra un árbol. Fue en ese momento de descanso cuando mi moral se vino abajo. Estaba al límite de mis fuerzas y a punto de pedirles a los dioses que terminaran con mi sufrimiento, cuando vi que algo se movía entre los arbustos.

13: Al otro lado de la frontera, 25 de hecatombeón de 2200

Un silbido cruzó el claro, rompiendo el silencio del atardecer. Dirigí la mirada al lado del que vino el disparo, pero todo era penumbra. Unos segundos más tarde, otros dos silbidos lo siguieron. Miré hacia la hoguera y después observé el campamento: tres cuerpos estaban tendidos sobre la hierba. Escuché unos pasos y avancé torpemente hasta el primer cadáver. Saqué la espada y comencé a cortar mis cuerdas. En los bosques podían encontrarse pandillas de forajidos, o cosas peores. Mi liberación podría ser el preludio de una muerte más cruenta. Tomé la espada y me puse en guardia.

—Llevo horas siguiéndoos —dijo una voz que me resultaba familiar.

—¿Quién eres? —pregunté, ya que la voz salía distorsionada entre los árboles.

—Ya te dije mi nombre, aunque dudo que te acuerdes de él. Soy Julia, hija de César, nacida en Nueva Roma, ahora buhonera. —Las palabras se materializaron en la chica que había conocido ayer.

—¿Por qué nos seguiste? No lo entiendo. ¿Qué te ha movido a ayudarme? —le pregunté.

—Tú me ayudaste a mí, si hubiera sido por esos cafres que tenías de compañeros, estaría en peores condiciones que tú —dijo la joven acercándose. Su pelo rubio brilló a la luz de la hoguera. En cambio, su pálida piel parecía enrojecida por la euforia del ataque.

—Gracias —le contesté.

—De nada, ha sido un placer echarle una mano.

La chica comprobó que todos los soldados estaban muertos y después se sentó frente al fuego. Tomó un poco de pan y algo de jamón curado para comer. Yo cargué en mis alforjas algo de agua y comida, después estuve seleccionando algunas cosas que necesitaba para el viaje. Los últimos dos días habían sido un completo desastre. No había encontrado a Pericles, la guerra estaba a punto de estallar y mi madre

continuaba presa. Las cosas no podían ir peor.

—Lo que no entiendo es por qué nos seguiste —insistí, tras cerrar las alforjas de mi caballo.

—No os seguía, yo también me dirigía al norte y prefería teneros vigilados. Había dejado mi carromato cerca del puente derruido. Estaba a punto de ir a buscarlo cuando pude ver que te hacían prisionera. Me extrañó un poco, por eso busqué una oportunidad para liberarte. Ahora ya estamos en paz —dijo Julia.

—Totalmente en paz —le contesté.

Cuando lo tuve todo cargado en el caballo, monté en la silla y tomé las riendas con fuerza. No quería demorar mi regreso ni un minuto más. No me importaba que estuviera anocheciendo, ni los peligros del bosque a esas horas. Julia me miró desde el suelo, parecía indiferente a mi partida, pero en el último segundo me comentó:

—Te mentí. El chico que vi fue hacia el nordeste y no iba a caballo —me confesó.

No sabía bien si creerla o no, pero pensé que ahora no tenía ninguna razón para mentirme y si me hubiera querido matar, con una simple flecha lo hubiera conseguido. No perdía nada si seguía esa pista. Prefería eso que volver con las manos vacías a casa.

—Si ponemos a estos animales a galope, puede que lo alcancemos antes de que caiga la noche —dijo la joven.

—Agradezco tu preocupación, pero sé cabalgar yo solita —respondí. Después tiré de las riendas y el caballo se giró, dándole la espalda.

—No dudo de tus habilidades como amazona, pero apuesto toda mi chatarra a que te habrás perdido en este bosque antes de que se haga de día —contestó Julia.

—¿Por qué quieres venir conmigo? Tienes asuntos personales que atender —le dije algo confundida.

—¿Sabes?, no conozco tu historia, pero me temo que es en parte parecida a la mía. Creo que dos chicas en apuros deben ayudarse. No perdamos más tiempo —dijo Julia espoleando a su caballo.

La seguí al galope, mientras el aire en el rostro me espabilaba y me ayudaba a sentirme viva de nuevo. Si encontraba a Pericles con vida, tal vez nos quedara un rayo de esperanza. Puede que no fuera mucho, pero siempre he sido terca como una mula.

14: Al otro lado de la frontera, 25 de hecatombeón de 2200

Cabargar durante horas entre árboles puede parecer algo muy idílico, pero acabas molida. Tenía las posaderas doloridas, las piernas con calambres y la sensación de haber transportado media tonelada de piedras a cuestas, y el dolor de riñones me tenía sin aliento. En cambio, Julia parecía absolutamente relajada y contenta.

Mientras yo reposaba como podía sobre una roca, ella reunió leña, encendió una hoguera y preparó la cena. Estábamos cerca de la Ciudad de Brillantes, pero no habíamos dado con mi amigo y comenzaba a sentirme frustrada de nuevo.

—Veo que la vida de ciudad sigue convirtiendo a los humanos en zánganos. Te he preparado unas hierbas que te aliviarán en parte el dolor muscular, pero no hacen milagros —dijo Julia sonriente.

—Gracias —le contesté, frunciendo el ceño.

En la ciudad de Atenas los jóvenes no teníamos tiempo para convertirnos en zánganos, todo era duro trabajo desde los siete años, pero lo cierto es que no estaba acostumbrada a cabargar.

—Mañana procura moverte con el caballo, no te resistas a la inercia del animal —me aconsejó—. Eso es lo que te provoca la tensión en la espalda. Creo que eres demasiado nerviosa y te cuesta relajarte.

—Gracias de nuevo.

Julia había asado unos pequeños animales en la hoguera; intenté no pensar en qué serían, aunque lo cierto era que estaban muy buenos. Después tomé su infusión y me tumbé junto al fuego.

—¿Dónde está Nueva Roma? Nunca había oído hablar de ella —le pregunté, intrigada.

—Es una gran ciudad, más al sur. Estamos al lado del río Indio. Hablamos un idioma ancestral que trajeron los fundadores de la ciudad. El mismo que estaba en todas las paredes del gran edificio —me contó.

—¿No habláis griego? —le pregunté extrañada. Yo pensaba que todo el mundo civilizado lo hablaba.

—Sí, nos lo enseñan en la escuela, pero no es nuestro idioma originario —contestó Julia con una sonrisa.

—Cuéntame más cosas de tu ciudad —le dije intrigada. Apenas conocíamos nada de los pueblos bárbaros. La escuela en Atenas se limitaba a narrar la historia y las costumbres de nuestro pueblo.

—En realidad es la capital de una provincia que cuenta con otras ciudades más pequeñas. Vivimos de la agricultura y la ganadería, también de la pesca, aunque una de las misiones de Nueva Roma es guardar el legado de nuestra cultura. En otra época fuimos la nación más poderosa de la tierra. El mundo nos temía y admiraba, nuestras armas eran las más avanzadas y todo era prosperidad, pero un largo periodo de decadencia nos llevó a perderlo todo —me contó. Su semblante se entristeció, como si aquel relato ancestral continuara vivo en su mente.

—Es increíble. El mundo antiguo es un tabú en nuestra ciudad. Apenas damos historia y casi toda se circunscribe a la fundación de Atenas y Esparta, por ser el centro del mundo —le expliqué.

Julia comenzó a reírse a carcajadas. Su actitud me molestó. ¿Quién se creía? Era una buhonera insignificante que provenía de una vieja ciudad agrícola del sur.

—No te ofendas —dijo, leyéndome los pensamientos—, pero es increíble que la historia se manipule de esa manera. Hace siglos, esta zona era una gran área comercial del imperio perdido. Por eso vengo hasta aquí. Cuando todo se destruyó, quedaron muchos tesoros ocultos que están por encontrar, pero el centro del Imperio era mi ciudad —me comentó.

En eso tenía razón: nuestra isla era una fuente inagotable de misterios.

—¿Por qué ya no vives en la ciudad?

—Mi padre, César, era uno de los miembros más destacados del Senado. Su sueño era unir todos los territorios de nuevo bajo el poder de Nueva Roma, pero algunos miembros del Senado temían que tras sus victorias militares se convirtiera en un dictador. Por eso, aprovechando que había salido en una campaña contra una ciudad vecina, conspiraron para quitarle el mando de los ejércitos. Todos los senadores tenían el derecho de ejercer como cónsules durante un periodo de cuatro años; mi padre había sido elegido junto a Pompeyo, uno de sus más queridos amigos, pero los conspiradores convencieron a este de que mi padre era una amenaza para la República y, cuando regresó victorioso, el plan se puso en marcha —dijo Julia. Sus grandes ojos comenzaron a entornarse, como si estuviera intentando contener las lágrimas.

La entendía perfectamente, yo también había perdido a mi padre y, aunque aún tenía esperanzas de reencontrarme con él, el sufrimiento que me producía la incertidumbre era tremendo.

—¿Qué pasó entonces? —le pregunté.

—Tras el desfile de la victoria, mi padre vino a casa a descansar. Lo recibimos con una fiesta, llevábamos meses sin verlo. Estaba eufórico, decía que era posible devolverle la grandeza a nuestro imperio. Entre los invitados estaban Pompeyo y algunos senadores. A medida que avanzaba la fiesta, algunos invitados se fueron marchando, pero los conspiradores se quedaron con la excusa de tratar con mi padre algunos asuntos pendientes. Mis dos hermanos mayores y yo nos fuimos a dormir. ¿Cómo íbamos a sospechar del compañero del alma de mi padre? —se lamentó, como si todavía se culpaba por ello.

La emoción la venció y cuando su voz se quebró y rompió a llorar, me acerqué a ella para abrazarla. Me rechazó, como si la soledad la hubiera hecho reacia a las muestras de cariño.

—No hace falta que me cuentes tu historia si eso te hace sufrir —le dije muy seria.

—No, esto pasó hace años y tengo que superarlo —contestó.

—Como quieras.

—No fui testigo de su muerte, pero uno de los criados me relató que, aprovechando que mi padre estaba borracho de vino y victoria, y desarmado, Pompeyo lo llevó al jardín de la casa y comenzaron a pasear entre las estatuas y los árboles. Entonces, varios senadores emboscados sacaron sus armas y lo mataron. El último en apuñalarlo fue el propio Pompeyo. Después fueron a nuestras habitaciones y, tras matar a mis hermanos, a mí me llevaron al templo de las vestales, las sacerdotisas vírgenes que cuidan el fuego sagrado de la ciudad. Allí me encerraron pensando que no me vengaría, pero estaban equivocados —comentó Julia.

La historia de Julia se parecía en parte a la mía. La ambición, el poder y la traición formaban parte de la condición humana.

—Tras esperar pacientemente mi oportunidad, una noche al fin pude escapar del templo. Llevaba entre mi túnica blanca un cuchillo. Caminé en la oscuridad hasta dar con la casa de Pompeyo. Llamé a su puerta. Me abrió un criado y le dije que era una vestal pidiendo una ofrenda sagrada, que deseaba ver a Pompeyo. El traidor salió a la puerta con su túnica medio abierta, seguramente todavía no había terminado de cenar, porque tenía la boca sucia y la cara deformada por el mal humor. Me preguntó qué quería y le pedí que se inclinara para recibir mi bendición. Cuando lo hizo, le hincé el cuchillo hasta que murió allí mismo, en el suelo de su casa. Después escapé de Nueva Roma y jamás he regresado —terminó de contar Julia.

—Espero que algún día puedas volver a casa. Es muy duro vivir lejos del hogar —le comenté.

—Mi hogar son estos bosques y mi viejo carromato. Soy feliz con esta vida solitaria. Los otros seres humanos solo me han causado dolor —contestó con el ceño fruncido.

La entendía perfectamente. Yo también tenía a veces esa sensación de que el mundo era un lugar inhóspito y peligroso. La gente buscaba su propio interés y, en

cierto sentido, uno siempre estaba solo. El consuelo de los amigos, de la camaradería e incluso del amor, parecían meros entretenimientos en un destino jalonado por el dolor, como pequeños oasis en un gran desierto de sufrimiento.

Nos quedamos dormidas espalda contra espalda. Mientras mi cuerpo se relajaba frente al calor placentero de la hoguera, pensé en cuánto echaba de menos a mi querida Damara. Nadie podría sustituirla nunca.

15: Ciudad de Brillantes, 26 de hecatombeón de 2200

Antes de que amaneciera ya estábamos cabalgando de nuevo. Gracias a los consejos de Julia, la segunda jornada a caballo fue mucho más placentera. No tenía grandes molestias en la espalda, pero sí la moral por los suelos, ya que seguíamos sin hacer progresos en lo que encontrar a Pericles se refería. Sin duda era mucho más escurridizo de lo que imaginaba. Paramos al mediodía para comer. Estábamos rodeadas de torres altísimas, algunas de cristal y otras de ladrillo, lejos de los bosques que habíamos cruzado la noche anterior.

—Este es otro bosque, pero de cristal —dije mientras señalaba los gigantescos edificios.

Julia levantó la vista. Sin duda no era la primera vez que estaba allí, pero el impacto de ese paisaje de metal y espejos tenía el poder de fascinar al visitante una y otra vez.

—Es increíble que hayan aguantado en pie —dijo Julia, mientras cabalgábamos entre los mastodontes de cristal—. Aunque he oído que hubo una época en que toda la isla tenía edificios como estos. No sé por qué únicamente quedan estos.

—Sí. En otra época esta zona debió de ser muy hermosa —aseveré.

—La hermosura depende de los ojos del observador. Para muchos esto no será nada más que un montón de chatarra vertical —bromeó Julia—. ¿Te imaginas la cantidad de metal que podemos sacar de aquí?

Seguimos cabalgando en silencio entre los restos de esta civilización desconocida, y aparentemente más próspera de lo que podía concebir mi imaginación.

El cansancio de las últimas horas empezó a tornarse en desánimo mientras pensaba que tal vez nunca volviese a ver a mi amigo.

—Tengo la esperanza de que Pericles nos encuentre a nosotras, más que nosotras a él. Si nos ve, espero que venga a preguntarnos por qué lo buscamos —le dije.

—En todo caso, solo podemos recorrer estas calles de día. Hay leyendas que

hablan de hombres-monstruos que se mueven en la oscuridad de la noche —dijo Julia muy seria.

Tenía la sensación de que ella aún creía en ese tipo de cuentos para niños. Yo me había enfrentado a lo que el pueblo de Atenas llamaba los minotauros en los túneles de Punta del Este, y sabía que no eran monstruos, sino hombres, aunque diferentes a nosotros.

—Estoy segura de que son más parecidos a nosotros de lo que crees —afirmé.

—A veces es mejor tomarse algunas cosas en serio. Los mitos siempre tienen una base real —me contestó y después frunció los labios con un gesto ofuscado.

Cabalgamos lentamente por las calles de la ciudad, pero apenas vimos un rastro de vida. Algunos animales asustadizos que habían hecho sus madrigueras en los bajos de los edificios y poco más. Julia me enseñó varias cosas a las que no había prestado atención hasta el momento y eso nos entretuvo un rato, pero pasamos casi todo el tiempo buscando indicios del paso de Pericles, aunque sin resultado.

Cuando la noche comenzó a caer, buscamos refugio en una de las plantas más altas de una de aquellas torres. Nos sentamos frente al ventanal y observamos cómo el sol se ponía en el horizonte. El mar a lo lejos parecía de plata. Supuse que habría otras civilizaciones al otro lado del océano, aunque estaba segura de que nunca llegaría a conocerlas. El mundo era mucho más grande y complejo de lo que había aprendido en la escuela. Yo ya había visto cosas que la mayor parte de la gente de mi edad ni imaginaba, pero seguía teniendo la sensación de que lo mejor aún estaba por descubrir. Una de las grandezas de la juventud era esa, que todo es nuevo y que cada experiencia parece especialmente creada para ser vivida en toda su intensidad. Cenamos en silencio, dejando que aquel increíble escenario nos envolviera, como a dos actrices primerizas asustadas por su propia tragedia.

16: Ciudad de Brillantes, 27 de hecatombeón de 2200

Apenas habían pasado unas horas de la medianoche cuando unos ruidos nos despertaron. Froté mis ojos con fuerza y tomé la ballesta. Julia hizo lo mismo. Después, encendimos un farol y nos dispusimos a revisar toda la planta. Yo estaba segura de que el ruido se había producido allí mismo, aunque Julia pensaba que había sido en otra parte del edificio. Miramos en todas las dependencias sin lograr sacar nada en claro hasta que mi compañera señaló una puerta cerrada que se nos había escapado en la primera revisión. Me hizo un gesto para que me pusiera a un lado y apuntase con la ballesta. Dejé la linterna de aceite en el suelo y me preparé.

Julia tiró de la puerta con fuerza. Notamos que algo se precipitaba sobre nosotras y disparé, pero en el suelo lo único que vimos fue un montón de trapos y escobas. Nos reímos mientras volvíamos a nuestro lecho, pero apenas habíamos caminado unos metros cuando algo se materializó delante de nosotras. Era alto, corpulento y desprendía un olor horrible. Solté la linterna, la luz titubeó, escondiendo al monstruo de nuestra vista; apunté con la ballesta y disparé un par de veces. Las manos me temblaban, pero eso no me impidió intentar cargar la ballesta de nuevo. Escuchamos un gemido, como si lo hubiera alcanzado, pero no vimos a nadie. Cuando Julia levantó de nuevo el farol, lo único que distinguimos fue un rastro de sangre.

—¿Lo seguimos? —pregunté.

—Creo que sí, tenemos que asegurarnos de que está muerto y de que no hay otros como él —comentó Julia.

Sabía que tenía razón, pero he de reconocer que me sentía atemorizada. Las piernas no me respondían y tenía el pulso acelerado. No temía enfrentarme a animales o personas, pero aquello no parecía ninguna de las dos cosas. Caminamos tras el rastro de sangre y vimos que bajaba por las escaleras a la otra planta. Después se adentraba por un pasillo y terminaba en un salón enorme con forma de anfiteatro.

Nuestra linterna de aceite apenas iluminaba más allá de un metro de distancia.

Nos quedamos en silencio intentando escuchar algún sonido, pero lo único que oíamos era nuestra propia respiración agitada. Entonces notamos que el suelo vibraba y escuchamos las pisadas de lo que parecían al menos medio centenar de sombras corpóreas que se movían torpemente. Julia levantó la linterna y vimos horrorizadas cómo venía hacia nosotras todo un ejército de seres deformes, que no sabíamos identificar, pero que parecían en parte humanos y en parte monstruos desfigurados.

Disparé un par de flechas para tratar de frenarlos y salimos corriendo escaleras abajo. Estábamos a una gran altura, pero intentamos descender lo más rápidamente posible. Las escaleras de metal se sacudían a nuestro paso. Nos costaba respirar, pero teníamos que seguir corriendo y escapar de aquel lugar. El ruido a nuestra espalda se acrecentaba, como si se fueran uniendo más monstruos a la persecución. Cuando íbamos por la mitad del edificio, contemplamos con estupor que por un lateral de la planta que estábamos cruzando venían más seres informes.

—¡Son cientos! —exclamó Julia.

Derribé a un par con mis flechas y seguimos descendiendo. Corrimos hasta la calle a través del gran recibidor. Temíamos que en el exterior pudiera haber más, pero al menos podríamos escabullirnos con más facilidad y tomar nuestros caballos. Nuestros peores temores se confirmaron. Los había por todas partes, como si la ciudad fuera un hormiguero agitado por un niño.

Nuestras cabalgaduras yacían destripadas en mitad de la calle; medio centenar de monstruos tiraban de sus extremidades y les arrancaban trozos grandes de carne.

—¡Por allí! —dijo Julia, señalando la única dirección que parecía algo más despejada.

Corrimos con todas nuestras fuerzas en plena noche, habíamos perdido nuestras provisiones, nuestros caballos y parte de la ropa, pero al menos todavía estábamos con vida. Menos mal que nunca me separaba del intrigante collar que me había dado el oráculo, si no lo hubiese tenido que dar por perdido. Los monstruos nos pisaban los talones, parecía que nada los agotaba y que no estaban dispuestos a perder a sus presas.

Llegamos a una zona boscosa y nos adentramos en ella sin dudar. Instintivamente escalamos el árbol más grande que había, con la esperanza de que esas cosas no pudiesen seguirnos hasta arriba.

Los monstruos se movían en tropel por las calles, podíamos verlos desde el árbol, apenas iluminados por la luz de la luna.

—¿Qué son? —le pregunté a Julia en un susurro.

—Como te dije, hay leyendas que hablan de ellos. Al parecer son el resultado de la guerra que hizo que todo desapareciera. Algo transformó a sus antepasados en monstruos y ellos siguen reproduciéndose y viven aquí.

—Pues parecían hambrientos. Espero que Pericles no se haya topado con ellos.

Nos acomodamos lo mejor que pudimos en el árbol y esperamos a que llegara el amanecer. A pesar de lo incómodo de la postura, terminé por dormirme

profundamente. Mi último pensamiento al menos fue agradable: imaginé cómo sería encontrarme de nuevo con mi padre y mi madre a salvo. La simple idea de verlos, aunque fuese en sueños, me llenó de una felicidad que no sentía desde hacía semanas.

17: Ciudad de Brillantes, 27 de hecatombeón de 2200

Por la mañana me crujían todos los huesos, tenía tortícolis y la sensación de haber recibido una paliza la noche anterior. En parte era por las agujetas de la carrera y en parte por la incómoda postura en la que me había quedado dormida. Observé la ciudad desde el árbol. Los cristales de los edificios resplandecían como gemas perfectas y el silencio era únicamente interrumpido por el canto de los pájaros y el bufido de algunos animales que se habían acercado a una gran charca cercana para saciar su sed. Miré a Julia, que aún dormitaba en la otra rama. Era curioso el modo en que, después de la muerte de Damara, tan reciente, había conseguido encontrarme a gusto con otra chica de mi edad. Me sentía tan sola que ese simple pensamiento me alegró la mañana.

No sabía qué más podíamos hacer. El tiempo se agotaba y Pericles no aparecía por ninguna parte. Tal vez debía respetar su deseo de desaparecer. En cierto sentido lo envidiaba, pero yo tenía un hermano que cuidar y unos padres a los que ayudar. No podía desaparecer sin más y olvidarme de la guerra y la destrucción de Atenas.

—¡Buenos días! ¿Qué tal has dormido? —me preguntó Julia.

—Mal, pero al menos nos hemos librado de esos monstruos apestosos —bromeé.

—No quiero desanimarte pero, sin caballos, las posibilidades de encontrar a tu amigo se reducen casi a cero —dijo Julia con toda la suavidad que pudo, aunque la diplomacia no era su fuerte.

—Tienes razón. Intentemos cazar algo para desayunar. Después regresaré a Atenas; tú tendrás muchas cosas que hacer.

—Lo bueno de ser buhonera es que puedo hacer lo que me apetezca. No me espera nadie en ninguna parte, ya te conté que no tengo familia ni amigos. Si no te importa, me iré contigo. No es fácil encontrar a alguien en quien confiar en este mundo —expuso Julia, muy seria.

—Claro, será estupendo. Aunque te aseguro que Atenas tampoco me recibirá con

los brazos abiertos, y que el regreso puede resultar peligroso —la previne.

—Peligro es mi palabra preferida —dijo con una gran sonrisa.

Bajamos del árbol y nos dispusimos a buscar algo que llevarnos a la boca. Afortunadamente, Julia tenía más maña que yo. No tardó en hacerse con algunos huevos que cocinamos en una hoguera improvisada.

Con el estómago lleno, vimos las cosas con más optimismo. Tomamos una de las calles que llevaban al sur para rodear el gran lago y dirigirnos por fin a la orilla oeste de la isla.

Enseguida llegamos a la linde de la Ciudad de Brillantes con el bosque. Me giré para echar un último vistazo a los enormes edificios de cristal. Lamentaba que aquel pequeño paraíso estuviera lleno de peligros. Allí se encontraban las respuestas a muchas preguntas que me hacía, incluido el origen de nuestra ciudad, pero también era el territorio de los seres monstruosos.

—Nunca he entrado en Atenas —dijo Julia, intentando darme un poco de conversación.

—Es una bella ciudad, aunque está a punto de entrar en guerra con Esparta. Por desgracia, se mueven demasiadas intrigas y muy pocos atenienses parecen dispuestos a evitar la guerra.

Le expliqué a Julia lo mejor que pude cuál era la situación: nuestro temor a que Cosme entregara la ciudad de Atenas en bandeja de plata a los espartanos; el soldado de confianza de Platón que lo seguía, tal y como había sugerido mi madre; y finalmente la irrupción de Castalia y sus dos pergaminos misteriosos.

—Tienes que contarme todo eso con más detalle antes de que lleguemos a la ciudad.

Mientras caminábamos, la conversación fue derivando a temas más insustanciales, hasta convertirse en una agradable charla entre amigas. La luz penetraba entre los árboles, convirtiendo el bosque en un lugar mágico, casi de cuento. Por un rato me olvidé de todas mis penas. Curiosamente, el haber hablado de la situación en la que estaban tanto mi familia como mi ciudad con Julia aclaró mi mente. Estábamos llegando a las inmediaciones del gran edificio donde había conocido a Julia cuando escuchamos los cascos de varios caballos a nuestras espaldas. Nos escondimos rápidamente entre los arbustos. Si los soldados habían encontrado los cadáveres de sus compañeros, posiblemente me andarían buscando. Preparamos las ballestas y vigilamos el sendero hasta que el sonido de los caballos fue tan fuerte que sentimos cómo nuestros latidos se confundían con su trote.

18: Cerca de Atenas, 27 de hecatombeón de 2200

Había tres caballos, pero un único jinete. Aquello me dejó tan desconcertada que no disparé la ballesta. Simplemente me quedé con la boca abierta, observando. Entonces me fijé con más atención. Pericles era quien cabalgaba entre las otras dos monturas, rumbo a Atenas. Salí a toda prisa de entre los matojos y le grité:

—¡Pericles, estoy aquí!

Por unos instantes pareció continuar, como si no hubiera oído mi llamada, pero luego contuvo su montura y regresó hasta nosotras. Después de tantos apuros, al final había dado con mi amigo. No estaba segura de si era mejor abrazarlo o abofetearlo. Me había tenido horriblemente preocupada y por su culpa habíamos perdido un tiempo crucial.

—¡Por fin te encuentro! Vi estos caballos perdidos y cuando registré las alforjas de uno de ellos, apareció un salvoconducto de Platón. Enseguida imaginé que tú estabas entre los que me buscaban —dijo sonriente. Después bajó del caballo y me abrazó.

Ese gesto no era muy normal en él, pero imagino que los últimos acontecimientos habían provocado que tuviese la sensibilidad a flor de piel.

—Los soldados del Consejo de Ancianos fueron a buscarme, aunque logré escapar de los barracones antes de que me apresaran. Después llegué hasta la frontera y en un descuido robé ese caballo y unas armas, y así puede cruzar al otro lado de la muralla. Estuve vagando por varios lugares y decidí volver a la Ciudad de Brillantes. Fui al edificio en el que vivía el oráculo. Allí aprendí algunas cosas muy interesantes de lo que sucedió en la ciudad... ¡Pero contadme vosotras! Quise llegar hasta el norte de la isla para investigar y allí fue donde vi los caballos sueltos y los cuerpos de los soldados —dijo emocionado.

—Esta es Julia. La conocí en el gran edificio de los animales y las vitrinas. Ella me guio por la Ciudad de Brillantes y me ayudó a buscarte. También me salvó la vida

—dije, presentando a mi nueva amiga.

—Bueno, no fue para tanto. Lo que no entiendo es que tengas caballos; cuando yo te vi ibas a pie —dijo Julia.

—Seguramente lo habría dejado pastando por ahí, mientras yo cazaba —contestó.

No podía creer que al final lo hubiera encontrado. Al menos parecía que habíamos conseguido algo.

—Pericles —lo urgí—, tenemos que regresar de inmediato a Atenas. Mi madre está presa y tengo la sospecha de que el jefe del Consejo de Ancianos quiere entregar la ciudad a Esparta. Castalia, la abuela de Dracón, nos ha traído un secreto que según ella pude salvar a Atenas de su destrucción —le expliqué brevemente.

Cuando Pericles escuchó el nombre de Dracón, su rostro se ensombreció de repente. A pesar de todo lo vivido, mi amigo veía en el espartano a un competidor en todos los sentidos, también en su amistad conmigo.

—No hay tiempo para hablar. Subid a los caballos —dijo, sujetando las bridas.

—Pero ¿cómo entraremos a la ciudad? En cuanto nos acerquemos a la muralla nos detendrán —señalé.

—Tú y yo vamos con el uniforme de los soldados atenienses. Nos pondremos los cascos y diremos que llevamos a Julia como prisionera, espero que eso baste para que abran la muralla. El resto tendremos que improvisarlo —dijo Pericles.

—No es un gran plan, pero puede que funcione —acepté.

—Yo no estoy muy de acuerdo con ese plan improvisado, me toca la peor parte —intervino Julia.

—Con ese aspecto pareces uno de esos tramperos y buhoneros que como buitres van robando todo lo que encuentran a su paso. Los soldados tienen órdenes de atrapar a todos los que localicen —dijo Pericles.

Julia frunció el ceño y cruzó los brazos, aunque finalmente se dignó a subir al caballo. Imaginé que por su mente pasaba un exabrupto, pero al final se limitó a decir:

—Eso es exactamente lo que soy. Una buhonera o, como has dicho, un buitre dispuesto a robar todo lo que pueda. Pero creo que un soldado ateniense no es mucho mejor que un buhonero.

Pericles se quedó algo avergonzado. No imaginaba que la joven se dedicara a aquello, ya que era una ocupación más propia de hombres adultos.

—Lo lamento —se disculpó.

—No te preocupes, yo tampoco tengo muy buena opinión de los habitantes de las ciudades —dijo Julia, bromeando.

Cabalgamos hasta llegar a la muralla. El tiempo se nos pasó volando. Mientras le contábamos nuestras peripecias a Pericles, el paisaje fue transformándose hasta mutar en la llanura que había en la zona de la gran puerta. Un centinela se asomó desde la almena y nos preguntó:

—¿Quiénes sois?

—Supervivientes de la expedición enviada por Platón hace unos días. Nos atacaron unos buhoneros y mataron a tres de nuestros compañeros, pero logramos apresar a esta ladrona —dijo Pericles, mirando hacia la almena.

El soldado desapareció unos instantes. La espera se nos hizo eterna. No sabíamos qué pasaba más allá de las murallas. Podían estar planeando acribillarnos a flechazos, salir a perseguirnos o simplemente dejarnos pasar. Cuando la puerta se entornó, algunas de nuestras dudas se disiparon, pero eso no significaba realmente nada. Seis soldados nos apuntaron con sus ballestas, mientras el oficial nos pedía la documentación. Me acerqué y le mostré el salvoconducto.

—Todo está en regla —dijo el oficial—. Tengan mucho cuidado, parece que los espartanos están a punto de desembarcar. Puede que encuentren problemas antes de llegar a la ciudad.

—Gracias, tendremos en cuenta su advertencia —dijo Pericles.

Mientras pasábamos a territorio amigo, no pude dejar de preguntarme cómo íbamos a frenar a los espartanos. Ya no teníamos más tiempo y el secreto de Castalia seguía siendo precisamente eso, un secreto que ni siquiera nosotros conocíamos. Si los espartanos lograban desembarcar, ya nada los detendría.

Segunda Parte

La guerra

19: Atenas, 27 de hecatombeón de 2200

No hay nada más impresionante que una ciudad que se prepara para un largo asedio. El miedo saca lo mejor y lo peor del ser humano. Puede llevarnos hacia el altruismo y la solidaridad o nos convierte en los seres más ruines y egoístas del mundo. En Atenas reinaba el terror. Los barcos de Esparta no tardarían en llegar, y con ellos su mensaje de muerte y desesperación. Cruzamos las murallas de la ciudad sin que nadie reparara en nuestra presencia. La confusión parecía imperar entre los soldados. Nos unimos a una inmensa fila de desheredados. Miles de personas abandonaban sus hogares extramuros para encontrar algo de cobijo entre las fuertes murallas de Atenas, pero el Consejo de Ancianos no había sabido o no quería organizar a los millares de personas que se hacinaban por todas partes, en especial en los templos. Las calles del centro de la ciudad se encontraban atascadas por los carros, en los que los refugiados habían puesto sus escasas pertenencias, escuadrones de soldados desorientados que buscaban cómo llegar a la muralla, mendigos y niños perdidos con el rostro sucio de tierra y lágrimas, que deambulaban sin rumbo, y una multitud de desgraciados hambrientos.

Logramos llegar, no sin dificultad, a la casa de Platón. Llamamos insistentemente a la puerta, hasta que al final uno de los siervos nos abrió.

—¿Qué quieren? —preguntó, nervioso, el anciano.

—Queremos ver a tu amo —dijo Pericles.

—¿No lo saben? Todo el mundo conoce la desdichada suerte de mi amo —dijo el viejo, apesadumbrado. Después nos invitó a entrar y miró a ambos lados de la calle—. Pasen. Dense prisa.

Nos acomodamos en unas sillas y esperamos a que el criado regresara de atrancar la puerta. El anciano apareció con una jarra de zumo de frutas, para aliviar la fatiga de nuestro viaje, y después se colocó junto a la chimenea, vacía de rescoldos y ceniza.

—Mi amo murió hace dos días. Tras regresar de la instrucción, a un par de calles de aquí, unos bandidos lo asaltaron y asesinaron —dijo el hombre escuetamente.

—¿Unos ladrones? —pregunté extrañada.

—Eso es lo que nos dijeron las autoridades. Con el caos de la preparación para la contienda, nadie controla quién entra y sale de la ciudad. Los bandidos asaltan a los refugiados y luego escapan, hasta encontrar a su próxima víctima.

Nos miramos inquietos unos a otros. Aquel hombre era la última esperanza de Atenas y también la nuestra. Sabíamos que Platón no había muerto a manos de unos vulgares ladrones. El Consejo de Ancianos también estaba detrás de su asesinato. Cada vez sería más difícil frenar la guerra y desenmascarar a Cosme, el jefe del Consejo.

—¿Dónde está Castalia? —le pregunté al criado. Ante su semblante confuso, añadió—: La anciana que vino conmigo.

—Desapareció ayer, al conocerse la muerte de Platón. Probablemente se asustó —dijo el criado.

—¿No comentó adónde se dirigía? —preguntó Pericles.

—No, aunque desde la muerte de mi amo no dejaba de repetir: «¿Dónde estará esta niña? El tiempo se acaba».

Un par de días antes y hubiéramos llegado a tiempo. Ahora lo único que podíamos hacer era intentar salvar a mi madre y a mi hermano, y tratar de huir de la ciudad antes de que llegaran los espartanos. Atenas estaba perdida. En el mejor de los casos nos exiliarían y no volvería a ver a mi padre. En el fondo prefería esa opción a convertirme en una esclava de mis enemigos.

—¿Quién ha tomado las riendas del ejército? —preguntó Pericles.

—El propio Cosme, por eso todo es un caos. Nadie sabe qué hacer ni cómo defender la ciudad —dijo el criado.

Aquellas palabras me hicieron reflexionar. Era sencillo abandonar la ciudad e intentar salvarnos, pero miles de personas inocentes morirían sin remedio en una matanza salvaje. ¿Podría vivir con ello el resto de mis días?

—Tenemos que hacer algo —afirmé, decidida.

—Estoy de acuerdo, pero ¿qué? —me contestó mi amigo.

—Lo primero es contactar con el espía de Platón. Mi madre tuvo la idea de pedirle que le encargara a uno de sus soldados que siguiese a Cosme con discreción. Todos los hombres de Cosme te conocen, Pericles, fuiste uno de ellos, aunque fuera por poco tiempo. Puede que el espía hable contigo.

—¿Y si han descubierto algo? A nosotros no nos dejarán acercarnos al Consejo de Ancianos. En cuanto sepan que estamos aquí, nos capturarán —me respondió, algo preocupado—. Puede que el caos en el que está envuelta la ciudad nos favorezca por un tiempo, pero en cuanto nos presentemos a la asamblea nos acusarán de traición y nos meterán en la cárcel. Tenemos que pensar en un plan.

—¿Ningún miembro del Consejo de Ancianos discrepa de Cosme? —preguntó

Julia.

Nos quedamos pensativos. Yo conocía bien a todos los miembros, mi padre era uno de ellos, pero no pondría la mano en el fuego por ninguno. Lo cierto es que me sentía demasiado confundida para pensar con claridad.

—Tal vez Metodio aceptaría hablar contra Cosme si le llevamos pruebas contundentes. Él es muy poco amigo de los espartanos y lleva años ambicionando la posición de líder —dijo Pericles.

—Pero primero hay que encontrar al espía y saber qué ha descubierto. Sin él estáis perdidos —dijo Julia.

Me dirigí al criado:

—Gracias por todo. ¿Podemos refugiarnos en esta casa mientras estemos en la ciudad?

Según una antigua ley ateniense, si un amo moría sin descendencia ni familia cercana, sus bienes pasaban automáticamente al esclavo más anciano, quedando este en libertad de inmediato.

—Sí, la casa parece vacía sin mi amo. Será un placer servirlos —dijo el criado.

—No nos servirás, simplemente nos acogerás en tu casa —le contesté.

El hombre sonrió y nos acompañó hasta la puerta. En la calle, el caos parecía aumentar por momentos. Incluso se veían los primeros cadáveres tirados por los callejones, sin que nadie se preocupara por recogerlos.

—No salgas —le advirtió Pericles al hombre.

—Tengo provisiones para más de un mes, no pienso poner mis sandalias fuera de esta casa —contestó este.

Salimos a la calle e intentamos abrirnos paso entre la gente, entonces escuché una voz a mi espalda. Era el criado.

—La anciana dijo algo misterioso antes de irse: «La elegida para salvar el mundo de los griegos lleva en su corazón los secretos de Esparta».

Me quedé pensando en esa frase mientras la multitud nos apretaba y nos hacía avanzar casi sin quererlo. Aquellas palabras se parecían a la profecía pronunciada por el oráculo, y yo no entendía cómo los secretos de Esparta podían estar en mi corazón.

—Gracias —le dije con el brazo en alto al criado, mientras este nos despedía desde la puerta.

—Tenemos que ir por otro lado. Seguidme —dijo Pericles, sacándome de mi ensimismamiento. Acto seguido, subimos por una de las paredes a una azotea próxima.

Desde las alturas observamos la inmensa marea humana que abarrotaba todas las calles de la ciudad. Atenas parecía un cuerpo enfermo a punto de reventar, con sus arterias principales colapsadas, iniciando el proceso de putrefacción. El único remedio para salvar la ciudad estaba en las manos de dos chicas y un chico que se sentían tan perdidos como sobrepasados por las circunstancias, pensé con ironía. Pero de lo que no teníamos la más mínima duda era de que no cejaríamos en nuestro

empeño. Mientras nos quedara el más pequeño aliento de vida, lucharíamos por salvar Atenas.

20: Atenas, 27 de hecatombeón de 2200

Recorrimos las azoteas de la ciudad mientras a nuestros pies bullía una multitud que parecía abocada a desaparecer. La muchedumbre se agolpaba en todas partes sin control. Las calles se tornaban en cloacas; las plagas acabarían por hacer acto de presencia, lo que, unido a la escasez de alimento, acabaría con miles de personas antes de que nos diésemos cuenta. Esparta iba a ganar la guerra sin mover un solo dedo. Pericles nos guiaba por los tejados como si los conociera a la perfección. Tras media hora subiendo y bajando por escaleras y fachadas, llegamos a la parte de la muralla en la que estaba previsto que mi amigo luchara con su batallón cuando llegase el momento. Afortunadamente, los soldados de Platón no habían eludido su responsabilidad en ausencia de su líder y estaban todos allí.

Dejamos atrás la última azotea y llegamos a la muralla. Dos soldados corrieron hasta nosotros, alarmados. Al ver que Pericles y yo llevábamos uniformes de su batallón se tranquilizaron.

—¿Dónde está el capitán Urano? —preguntó Pericles.

—¿Quién pregunta por él? —dijo el soldado.

—El capitán Pericles.

Yo no sabía que mi amigo era capitán, aquello podía facilitarnos las cosas. Nos llevaron hasta Urano, un joven barbilampiño de poco más de dieciocho años, pero muy resuelto y seguro de sí mismo.

—Pericles, ¿eres tú? —preguntó Urano con una gran sonrisa.

—Sí, compañero. Todavía estoy vivo, no estás viendo a un fantasma —bromeó.

—Cuando escapaste, muchos pensamos que no volveríamos a verte. ¿Te enteraste de la suerte de nuestro comandante?

—Platón era uno de los pocos atenienses que podían poner orden en este caos. Ahora nos toca a nosotros ganar la guerra —dijo Pericles con un aplomo que hizo que se me erizara el vello de los brazos.

La sonrisa de Urano desapareció en un semblante desesperado. Su batallón estaba mermado por las deserciones, no había cadena de mando, contaban con pocas provisiones y armas; la resistencia se le antojaba imposible.

—Lo único que me mantiene sobre esta almena es el honor, pero no vamos a ganar esta guerra, querido amigo —dijo el capitán, apesadumbrado.

—Si tuviera mil hombres como vosotros, esos espartanos no tardarían ni un día en huir a su putrefacta ciudad —dijo Pericles, intentando que sus hombres recuperaran el ánimo.

—Gracias, amigo —dijo Urano poniendo una mano en el hombro de Pericles.

—Necesito que nos ayudes. Platón sabía algo muy grave sobre un miembro del Consejo de Ancianos. Al parecer mandó que lo siguieran para descubrir qué tramaba, pero al morir nuestro comandante nos hemos quedado sin saber la identidad del espía. Ni siquiera sabemos si llegó a descubrir algo —le explicó.

Urano se quedó pensativo y luego miró a sus hombres. Pareció dudar, pero al final llamó a tres de ellos. Los soldados se pusieron en formación.

—Estos eran algunos de los hombres de confianza de Platón, además de estar entre los más preparados.

Pericles miró a los tres soldados, que permanecían firmes ante él.

—¿Alguno de vosotros recibió el encargo de espiar a Cosme, el jefe del Consejo de Ancianos? Responded sin miedo, la suerte de toda esta ciudad depende de ello —les dijo muy serio.

Los tres soldados se miraron entre ellos, hasta que uno dio un paso al frente.

—Mi nombre es Talos, el comandante Platón me encomendó una misión secreta. Durante cuatro días seguí discretamente a Cosme, jefe del Consejo de Ancianos —dijo el joven.

—Vosotros, podéis retiraros —les dijo Urano a los otros dos soldados.

Talos se puso algo nervioso al quedarse a solas con nosotros, pero enseguida retomó su relato:

—El primer día no observé nada extraño en el comportamiento de Cosme. De su casa se dirigió a la Asamblea, comió con otros dos miembros del Consejo y por la tarde concedió algunas audiencias. En cambio, antes del amanecer del segundo día, un desconocido llamó a su puerta, estuvo como una hora y después se marchó, aunque no sé si es relevante. Logré preguntarle a una de sus criadas, aprovechando que salía a comprar. Primero la piropeé, ya sabéis que a las criadas les gustan mucho los soldados, para después pedirle que me informara de lo que sucedía dentro de la casa. Tras alabar un poco su buen talle y lozanía, la criada me confesó que el visitante era un extranjero, pero que apenas lo había visto unos segundos. También me dijo que era normal que los forasteros entraran y salieran de la casa. Admito que parece sospechoso, pero tampoco es tan inaudito como para acusar a Cosme de traición. Imagino que los miembros del Consejo de Ancianos tienen que relacionarse con embajadores y comerciantes extranjeros —dijo el soldado.

—Lo extraño es que los reciba a solas en su casa y a horas tan intempestivas —le dije.

El soldado se encogió de hombros.

—Dejando aparte ese incidente, el segundo día repitió su rutina de una manera similar a la jornada anterior. Cenó en casa con su esposa. Pero algo sucedió el tercer día...

Todos miramos expectantes al joven. Él podía tener la clave para cambiar el destino de Atenas y olvidar la guerra. Talos estaba a punto de contarnos lo sucedido, cuando una voz de alarma nos alertó de un inminente ataque. Los espartanos llegaban a Atenas.

21: Atenas, 27 de hecatombeón de 2200

Urano se asomó por la almena y contempló a lo lejos el avance del ejército espartano. Una columna interminable se aproximaba a la ciudad entonando su terrible canción de guerra. Cuando miré a los soldados, muchos temblaban como niños ante aquel ejército imponente y el ensordecedor estruendo de sus pisadas. Dentro de la ciudad, los refugiados comenzaron a gritar aterrorizados y a correr de un lado para el otro. El caos era tal que juraría haber visto a niños y ancianos arrollados por la masa al caer al suelo. Fuera, los refugiados que aún no se habían puesto a salvo intramuros corrían hacia las puertas, abandonando todos sus enseres por el camino. Algunos, para mi horror, incluso abandonaban a sus hijos a su suerte. Las puertas comenzaron a cerrarse lentamente, mientras la multitud empujaba en su ansia por entrar. Se necesitó más de un centenar de hombres para cerrarlas por completo. Muchos, en su desesperación, se interponían, y las grandes hojas atraparon a tres o cuatro personas, partiéndolas por la mitad. Al final consiguieron cerrarlas. Todo era caos y desesperación.

—¡Por todos los dioses! —gritó Pericles—, ordena a la mitad de tus hombres que lleven a la gente a la gran plaza del templo de Atenea. Dentro de unas horas no tendremos a quién defender si esto sigue así. Todos estarán muertos. Después llévate a los varones que puedan luchar y que se traigan las armas que encuentren, también piedras y otros objetos arrojados. —Lo dijo con tanta autoridad que los soldados corrieron a cumplir sus órdenes.

El único que estaba paralizado era el capitán. Urano lo miró sin saber qué hacer, superado por el miedo y la confusión.

—¡Ahora, obedece! —gritó de nuevo Pericles.

El capitán transmitió las órdenes mientras Pericles organizaba a los hombres en la defensa de la muralla. Tenía que gritarles y empujarlos para que ocuparan sus posiciones.

—Dentro de un rato vendrán cientos de hombres, que cada uno de vosotros se ocupe de diez de ellos y les transmita las órdenes. ¿Entendido? —preguntó mi amigo.

Todos afirmaron con la cabeza, aunque en sus rostros se reflejaban el temor y la confusión. De fondo se escuchaba al ejército enemigo aproximarse.

—Helena, organiza a los ballesteros y arqueros, que cuando lleguen los espartanos reciban una buena lluvia de flechas —me dijo Pericles con una sonrisa.

—¿Cómo han llegado tan pronto? —le pregunté, sorprendida. No teníamos noticias de que hubieran desembarcado.

—Esa es únicamente la avanzadilla. Los soldados correspondientes a cuatro o cinco de sus barcos y, por lo que observo, son todos jóvenes —dijo Pericles, señalando a la multitud de espartanos que comenzaban a acercarse a la muralla.

—Eso es lo que me comentó Castalia —dije automáticamente.

—¿Qué te contó? —preguntó mi amigo.

—Al parecer los jóvenes, como castigo, se han convertido en la vanguardia del ejército espartano. A su mando está Dracón —le expliqué brevemente.

—¿Dracón? Ese miserable. Razón de más para intentar aguantar la primera embestida. Tal vez si ganamos esta batalla, alguien en Atenas crea que podemos ganar la guerra.

Mientras organizaba a los arqueros y ballesteros con la ayuda de Julia, no me podía quitar de la cabeza que entre aquella multitud de soldados espartanos se encontraba Dracón. Imaginé qué sentiría si una de las flechas de nuestros arqueros atravesase su corazón, rompiendo para siempre el mío. En ese mismo instante supe que no lo había olvidado, seguía enamorada de él. Intenté apartar esos pensamientos de mi mente y cumplí las órdenes de Pericles.

La primera embestida de los espartanos estaba a punto de producirse, pero al menos nuestros soldados habían llevado a la multitud a algún lugar seguro y en aquella parte de la muralla estábamos preparados para recibirlos. Mientras los arqueros y ballesteros levantaban sus brazos a la espera de mi orden, me preguntaba cómo sería la situación en otras partes de la ciudad. Miré a Pericles y este me hizo un gesto con la mano. Ordené que dispararan con un grito, dando oficialmente comienzo a la guerra entre Esparta y Atenas. La suerte ya estaba echada.

22: Atenas, 27 de hecatombeón de 2200

Las flechas cubrieron el cielo despejado de la ciudad hasta ensombrecerlo. Durante menos de un segundo, los mortíferos proyectiles se pararon en su espectacular ascenso, para descender finalmente como heraldos de la muerte sobre las cabezas de los espartanos. Las puntas de hierro atravesaron escudos, corazas y cascos, dejando una gran cosecha de muertos. Los espartanos prosiguieron su camino hacia las murallas sin inmutarse y yo ordené una segunda oleada de flechas, que volvió a mermar al ejército enemigo. Antes de que lanzáramos la tercera, los primeros soldados espartanos ya estaban colocando sus escalas en las paredes de la muralla.

En ese momento llegaron los campesinos, obreros y refugiados que desordenadamente subían por la muralla, mientras Pericles los iba dividiendo en grupos de diez, cada uno con un soldado al frente.

—¡Cuando yo lo ordene, arrojaréis todas esas piedras encima de los soldados! — les gritó Pericles a los hombres.

Los rostros sucios y sudorosos reflejaban el miedo de todos aquellos hombres. La mayoría se movía de manera automática, sin saberlo estaban actuando como máquinas casi perfectas.

—¡Ahora, lanzad! —vociferó Pericles.

Nosotros continuábamos disparando los arcos y las ballestas, aunque cada vez éramos menos eficaces, al estar los espartanos a los pies de la muralla. Miles de objetos y piedras cayeron sobre las cabezas de nuestros enemigos. Muchos murieron en el acto, otros, descalabrados, trataban de dar media vuelta, pero eran acosados por una lluvia incesante de flechas.

—Los arqueros y ballesteros, que se acerquen al muro y disparen a los supervivientes —ordenó Pericles.

Cuando me asomé a la almena, cientos de cuerpos alfombraban la explanada, y los espartanos comenzaban a tocar a retreta. Nuestras flechas los acompañaron hasta

el bosque que lindaba con el río, donde se refugiaron para recomponer sus filas.

Nuestros soldados empezaron a gritar eufóricos al asistir a la retirada de los enemigos que creían invencibles, pero cuando miré el extremo derecho del muro, contemplé estupefacta cómo cientos de espartanos ascendían por sus escalas de mano, a punto de llegar a las almenas.

—Pericles, mira allí —dije señalando al otro lado de la muralla.

—¡Maldición! ¡Disparad con los arcos, mientras movilizaré a mis hombres! —me gritó.

—Si disparamos desde aquí, puede que alcancemos a alguno de los nuestros —le comenté.

—Si logran entrar en la ciudad morirán todos, incluidos las mujeres y los niños que se han refugiado dentro de las murallas —me contestó Pericles.

Sus palabras me infundieron un valor difícil de describir. Coloqué a los arqueros y ballesteros rápidamente y después ordené la primera oleada de flechas. La mayoría cayó sobre los atacantes, pero algunas alcanzaron a nuestros soldados. Aun así, gané tiempo para que Pericles llegara con algo más de un centenar de soldados para taponar la brecha y quitar las escalas. Enseguida consiguió despejar la muralla y yo mandé a algunos de los arqueros a las ladroneras para que dispararan desde la base a los espartanos que sujetaban las escalas o escapaban.

Media hora más tarde habíamos abortado el ataque. Los soldados estaban eufóricos, algunos tomaron a Pericles y lo llevaron en volandas por la calle paralela al muro, hasta que el Consejo de Ancianos apareció, escoltado por un centenar de hombres de su propia guardia.

—¿Quién ha parado a los espartanos? —preguntó Cosme, el jefe del Consejo, al bajarse de su litera.

Urano se acercó hasta él y, señalando a Pericles, dijo:

—Si no hubiera sido por él, los espartanos habrían atravesado las murallas.

La multitud se calló de repente, impresionaba ver a miles de personas totalmente en silencio, como si estuvieran conteniendo la respiración.

—Acércate, Pericles, eres el héroe de la jornada —dijo cínicamente Cosme.

—Gracias, señoría —contestó Pericles, mirando con suspicacia al hombre.

—No obstante, una guerra no se gana con gestos heroicos, la manera de vencer es mediante la estrategia y la disciplina. Usar a simples esclavos y disparar flechas contra tus propios hombres no dejan de ser graves errores tácticos. Esta vez has tenido suerte, pero tienes mucho que aprender. Espero verte esta tarde en el Consejo, queremos recompensarte con los honores que mereces y buscarte un destino permanente en alguna parte de la muralla —dijo Cosme, mientras regresaba de nuevo a su litera. Su intención parecía ser premiar a Pericles, pero su verdadero objetivo era relegarlo del mando de su batallón.

El Consejo de Ancianos se dirigió hacía el edificio de la Asamblea, mientras la gente aún permanecía en silencio. Las palabras del jefe del Consejo habían caído

como un jarro de agua fría sobre todos.

Pericles se puso en medio del hueco que había dejado el Consejo y dijo:

—Felicidades, hemos ganado la primera batalla. No es mucho, pero al menos esos espartanos se han enterado de que no será tan fácil dominarnos. ¡Pueblo de Atenas, luchad por vuestras mujeres y vuestros hijos, salvad a esta ciudad de la destrucción y tendréis un lugar para siempre entre los héroes que nos observan desde el Olimpo!

La multitud comenzó a gritar de júbilo. Tras eso, Pericles se acercó hasta mí y en voz baja me dijo:

—Lleva al soldado Talos a la casa de Platón, debemos interrogarlo antes de la reunión de esta tarde. Creo que esta victoria nos ha dado un portavoz en el que la gente confía —comentó, guiñándome un ojo.

Mientras yo buscaba al soldado con la ayuda de Julia, Pericles reunió a todos los oficiales para reorganizar la defensa. Pensé en qué hubiera ocurrido si no hubiese encontrado a mi amigo. Posiblemente Atenas ya habría dejado de existir, convirtiéndonos para siempre en otra ciudad arruinada y olvidada de la historia.

23: Atenas, 27 de hecatombeón de 2200

Entre tanto gentío, no encontraba al soldado con el que habíamos hablado antes del ataque. Solo contaba con que se llamaba Talos. En algún momento de la batalla lo había visto luchar junto a Urano. También había sido uno de los soldados que habían seguido a Pericles para defender el otro lado de la muralla. Después de media hora de búsqueda infructuosa, comenzábamos a desesperarnos.

—¿Dónde puede haberse metido? —le dije a Julia—. Es como si se lo hubiese tragado la tierra.

—¿Y si está entre los caídos...? —aventuró ella.

—Espero que no —le contesté, preocupada.

Recorrimos las filas de muertos. Pericles había ordenado que los colocaran en un lateral para luego poder identificarlos. Miramos todos aquellos rostros ensangrentados, algunos casi irreconocibles. Unas horas más tarde, cuando sus familiares hubieran elevado sus plegarias, los cuerpos serían incinerados para preservar a la ciudad de las epidemias.

—No es ninguno de estos —dijo Julia, aliviada.

—Los únicos que nos quedan por identificar son los heridos, creo que los han llevado al templo de Atenea.

Anduvimos por las calles, que gracias a la organización de Pericles comenzaban a recuperar su ritmo habitual. Ya habían recogido los cuerpos y quitado las carretas de en medio. En la plaza del templo descansaban las mujeres, los ancianos y los niños, mientras los hombres entrenaban con los soldados, aprovechando las armas robadas a los espartanos. Me sorprendió ver la gran diferencia que existía entre el caos, consecuencia del desgobierno, y el orden que impera en una sociedad bien dirigida, en la que el bien común sustituye al puro egoísmo.

Entré en el templo con Julia. Enseguida vimos los camastros repartidos por todas partes. Los soldados permanecían tumbados en ellos, la mayoría estaba inconsciente

y tenía sus heridas vendadas y curadas, aunque todavía quedaba un pequeño número de soldados por atender.

—¿En qué puedo ayudarlas? —preguntó una de las sacerdotisas.

—Buscamos a un soldado llamado Talos —le comenté.

La sacerdotisa puso cara de indiferencia. Después nos indicó que la siguiéramos. Cruzando unas cortinas, entramos en un habitáculo en el que yacían unos diez hombres. Eran los soldados que estaban esperando algún tipo de amputación. La mujer me señaló uno al fondo.

—Ese es su camastro, pero ahora mismo está con el cirujano —comentó la sacerdotisa.

Escuchamos un gemido terrible al otro lado. Aquella era la voz de nuestro confidente; mientras se debatía entre la vida y la muerte en manos del doctor, la ciudad de Atenas sufría la misma suerte. Imploré a Tiké, la diosa de la fortuna, que lo mantuviera con vida y pudiéramos hablar con él.

24: Atenas, 27 de hecatombeón de 2200

Cuando sacaron al enfermo del improvisado quirófano estaba pálido como un fantasma. En algún momento de la amputación de su pierna izquierda había perdido el conocimiento y, sin duda, tardaría mucho tiempo en recuperarse, si es que llegaba a hacerlo. Nos acercamos al médico, el hombre sudaba copiosamente, su túnica estaba completamente cubierta de sangre, pero sus manos parecían limpias y aseadas.

—Cirujano, necesitamos hablar con ese hombre urgentemente —le comenté, con la voz teñida de desesperación.

—Los médicos no podemos hacer el trabajo de los dioses. Más os vale rezar, al fondo está el altar de la diosa —comentó este.

—Lo que hablemos con ese hombre puede ser vital para Atenas —insistió Julia.

El hombre la miró de arriba abajo, seguramente extrañado de su acento y sus ropas de pieles de animales.

—No creo que recupere la consciencia antes de dos o tres horas —dijo el médico, muy serio.

Mentalmente calculé y, para mi desgracia, eso era demasiado tiempo. La reunión de la Asamblea era en dos horas, pero el soldado se despertaría paulatinamente, se sentiría aturdido y tardaría en respondernos. Después yo tendría que correr hasta la casa de Platón y contárselo a Pericles y este ir a la Asamblea para hablar con el pueblo y los magistrados. Además, si el soldado moría: ¿quién sería el testigo de cargo contra el jefe del Consejo de Ancianos? Todas estas cosas me bullían en la cabeza cuando Julia se adelantó un paso y, mirando seriamente al doctor, le dijo:

—Me consta que ha sido un día duro para usted. No sé cuántos jóvenes y niños ha visto morir hoy, pero le aseguro que menos que nosotras. Mientras usted estaba atendiendo a esta pobre gente, nosotras salvamos a la ciudad de su aniquilación. Este chico está en posesión de una información crucial, y si se la lleva a la tumba, todo este sufrimiento habrá sido en vano. Por favor, ¿no le puede dar algo para que se

despierte? —dijo Julia, con una vehemencia que hasta ese momento nunca había visto en ella.

La cara del médico, roja de ira al principio por la osadía de mi amiga, se tornó en una mueca abobada. No creo que llegara a entender totalmente la importancia de lo que le pedíamos, pero dio una orden a su ayudante y este acudió con un frasco pequeño de cerámica. En cuanto el doctor lo pasó por la nariz del herido, este revivió y comenzó a moverse.

—Tienen tan solo unos instantes para hablar con él. Posiblemente se desmaye otra vez cuando el dolor se vuelva insoportable —dijo mientras Talos ya se incorporaba.

Me agaché y levanté la cabeza del herido con la mano. Después, mirándolo a los ojos, le pregunté:

—¿Qué descubriste sobre el jefe del Consejo?

Talos me miró, pero sin llegar a verme. Debía tener la vista nublada por el dolor y la confusión. Después, como recordando súbitamente quién era yo y qué necesitaba saber, me dijo:

—Cosme es un traidor. Al tercer día lo fueron a visitar tres embajadores de Esparta. Le pidieron que entregara la ciudad a sus ejércitos, pero este les dijo que, en aras de la verosimilitud, era preferible que los soldados espartanos marcharan sobre Atenas, de esa manera los supervivientes se someterían a la ciudad vencedora sin la previsible resistencia que opondrían a una simple rendición pactada.

El pobre soldado se paraba a cada rato, fatigado por el dolor y la fiebre que comenzaba a subirle.

—Tienes que testificar. Julia, tráeme un pergamino, el doctor y tú serviréis de testigos —les comenté.

El médico dio un paso atrás y se retiró. Julia frunció el ceño. Hubiera estrangulado a aquel hombre, pero el miedo es tenaz.

—No aceptarán el testimonio de una extranjera —dije, frustrada—. Necesitamos a otra persona.

—¿La criada de la que nos hablaste escuchó la conversación? —le preguntó Julia al soldado.

—Sí, ella me llevó hasta el interior de la casa. Se llama Galatea...

—¿Una criada? Bueno, al menos no es una esclava. No es un testigo muy sólido, pero... —comenté.

—Que busque los papeles de Cosme, allí está el acuerdo al que llegó con los espartanos —dijo el soldado, haciendo un último esfuerzo. Después volvió a perder el conocimiento.

Antes de salir corriendo en busca de la criada, dejé con cuidado la cabeza de Talos sobre el camastro. Sudaba por la fiebre y ahora estaba muy rojo. Intuía que no llegaría a ver el amanecer del día siguiente. Eso me entristeció. La guerra era una ladrona capaz de arrebatar la vida a los seres más fuertes y nobles, mientras los más

abyectos y crueles medraban e incluso eran acogidos como héroes. Talos era un verdadero mártir de Atenas, su vida había servido para salvar otras muchas, aunque nadie lo recordaría cuando todo terminara.

Mientras corríamos hacia la casa de Cosme, el cielo empezó a ennegrecerse; una tormenta se acercaba rápidamente. El calor comenzó a ser sofocante y pegajoso. El aire nos asfixiaba y nos pegaba la ropa al cuerpo, ralentizando nuestro paso. El tiempo se agotaba. Si no llegábamos a la Asamblea, Cosme lograría atrapar a Pericles en su oratoria dramática y sofisticada hasta hacerlo quedar como un traidor a Atenas. Entonces ya todo estaría perdido.

25: Atenas, 27 de hecatombeón de 2200

Hay momentos en los que dejas de sentir el cuerpo. El cansancio, la tensión y el agotamiento se unen para convertir tu organismo en una especie de extraño, una prisión maldita de la que tu alma no sabe escapar. Justo después de esa sensación, el cuerpo tiende a obedecer por primera vez al alma, sacrificándose al máximo y olvidándose de sí mismo. Yo me sentía de esa forma cuando estábamos llegando a la casa de Cosme.

Al menos, en la última parte de la carrera, la lluvia nos refrescó un poco, pero resbalé en el lodo reciente y me abrí una herida en la rodilla.

Julia se agachó a atenderme. El cuerpo vencido en el suelo aprovechó para descansar, se negó a ponerse en pie. El dolor de la rodilla era insistente, pero mi mente únicamente pensaba en una cosa: tengo que llegar a tiempo.

Julia me ayudó a incorporarme y seguimos el camino muy despacio. Me apoyaba en ella e intentaba andar, pero no podía plantar el pie totalmente. Cuando vi al fondo la casa del jefe del Consejo, casi me eché a llorar.

Llamamos a la puerta y nos abrió una mujer mayor. Al ver mi pierna nos dejó pasar sin hacer preguntas. Me tumbaron sobre una cama, me limpiaron la herida y la vendaron. En cuanto recuperé algo de aliento, le dije:

—Venimos buscando a Galatea.

—¿A Galatea? ¿Qué ha hecho? —me preguntó la mujer.

—Nada —le contesté—, simplemente tenemos que hablar con ella.

Nuestra anfitriona nos miró extrañada. Ella no me reconoció a mí, pero yo sí la había reconocido a ella. No era otra que la mujer de Cosme.

La anciana desapareció en busca de su criada y enseguida apareció con una chica muy guapa, de grandes ojos negros y pelo liso y castaño.

—Esta es Galatea —dijo la mujer. Su mirada mostraba recelo. Pensé que mientras ella estuviera allí, la chica no hablaría.

—Señora, le ruego que nos dé un poco de agua. Estamos sedientas, vinimos corriendo para traer un mensaje de la familia de Galatea, su padre está muy enfermo... —dijo Julia, intentando distraer su atención.

—No sabía nada —comentó la señora, apesadumbrada.

Julia la acompañó hasta la cocina, momento que aproveché para hablar con la criada.

—Talos está herido, ha perdido mucha sangre en la batalla. Él nos ha contado lo que sucedió entre tu amo Cosme y los embajadores espartanos. Necesitamos que busques el pergamino de los embajadores y que vengas con nosotras de inmediato. Es muy importante —le dije a toda prisa. No quería explicarle que tendría que actuar como testigo. Sabía que eso la abrumaría y se negaría a acompañarnos.

La joven era muy despierta y no tardó en reaccionar. Salió de la sala y se fue a por el pergamino. Justo cuando regresaba, coincidió con su ama, que venía con un vaso de agua en la mano para ofrecerme un poco. Julia intentaba retrasar sus pasos, pero cuando la señora vio a la criada con un documento de su marido en la mano, dejó caer el vaso y comenzó a gritar.

—¡Ladronas! ¡Habéis venido a robarnos!

Sus voces podían alarmar al resto de los criados y vecinos, por lo que Julia le intentó tapan la boca, pero la mujer le mordió la mano y se lanzó a por Galatea.

La joven corrió hacia la puerta, yo me incorporé y, aprovechando que la señora se había dejado un bastón cerca de mí, puse este a la altura de sus tobillos y la mujer cayó de bruces.

Julia me ayudó a ponerme en pie y salimos a la carrera tras Galatea. La chica corría como una gacela, pero conseguimos alcanzarla al llegar al fondo de la calle. Ahora nuestro último destino era el edificio de la Asamblea, donde la sesión debía haber comenzado desde hacía al menos media hora. La joven había logrado hacerse con el documento. Únicamente teníamos que descubrir las intenciones de Cosme y el pueblo se pondría de nuestra parte.

26: Atenas, 27 de hecatombeón de 2200

El imponente edificio de la Asamblea parecía aún más amenazante que la última vez que estuve en él. Supuestamente allí se ejercía la soberanía del pueblo, compuesto por todos los varones y las mujeres mayores de edad y los adolescentes declarados vencedores en los Juegos de la Guerra. Los jóvenes podíamos asistir a las sesiones e incluso tomar la palabra en casos excepcionales, pero nunca votar. Julia me ayudó a subir la escalinata y nos adentramos en el lujoso recibidor recubierto de mármol desde el suelo hasta el techo. Después nos dirigimos a la gran sala de plenos. En la puerta había dos soldados que nos miraron con cierta sospecha. No entendían qué hacían allí una chica coja, apoyada en una muleta y sangrando por la rodilla, una joven vestida con pieles de animales y una criada.

—¿Adónde van? —nos preguntaron.

—Al pleno de la Asamblea.

—Ya ha comenzado, está hablando uno de los consejeros —dijo intentando disuadirme de que entrara, pero yo no había pasado por tantas pruebas para rendirme por un pequeño escollo.

—He sufrido un accidente y por eso llego tarde. Le ruego que nos ayude a encontrar asiento. ¿Dónde han quedado sus modales? ¿Acaso no sabe cómo tratar a una joven herida?

El soldado reaccionó rápidamente, me pidió disculpas y nos ayudó a bajar las escaleras que formaban el anfiteatro. Cuando entramos, todos se giraron para vernos. La mayoría de los asistentes eran hombres, por lo que no quiero ni pensar en qué pasó por sus cabezas cuando vieron a tres chicas.

Caminamos por el pasillo en medio de un incómodo silencio, ya que hasta el orador permanecía callado, observándonos. Nos sentamos detrás de Pericles y el orador continuó con su discurso.

Nuestro amigo nos miró aliviado y, en cuanto estuvimos instaladas, nos preguntó:

—¿Dónde estabais? Os estuvimos esperando en la casa de Platón hasta el último momento.

—Es una historia muy larga. Esta es Galatea, la joven de la que nos habló Talos, él no podrá venir, pero tenemos un documento firmado por Cosme y el testimonio de Galatea. Te aseguro que eso hundirá al traidor —le susurré al oído.

El orador nos fulminó con la mirada y dijo al auditorio:

—Los impetuosos jóvenes no solo llegan tarde, también se ponen a murmurar entre ellos. ¿Cómo sería el mundo si nos gobernaran los jóvenes? ¿Podría sostenerse un estado, levantarse una ciudad o gobernarse un ejército? Los dioses dieron a los jóvenes muchos dones, pero un grave defecto, la inconstancia. Es cierto que pueden llegar a ser impetuosos, y que unidos en la nebulosa del entusiasmo pueden convertir una batalla en una victoria épica, pero las guerras no las ganan los jóvenes. No, queridos ciudadanos...

El público parecía extasiado por las palabras del hombre. Nadie parpadeaba y apenas respiraban mientras él seguía desprestigiando a los jóvenes con la intención de poner al auditorio en contra de Pericles.

—Los espartanos deben de estar furiosos. Muchos de sus hombres yacen en el campo de batalla como pasto para los buitres, pero su venganza no se hará esperar. Volarán sobre nosotros como águilas y nos despellejarán —dijo el orador, dando un golpe en la mesa del secretario de actas.

Todo el mundo dio un respingo, después el anciano se sentó, dejando paso al presidente de la Asamblea.

—Es el turno de Pericles...

—Lo siento, presidente, no quiero saltarme el orden de la cámara, pero no me desvío de lo que permite la ley al pedir intervenir primero. Tengo ese privilegio como jefe del Consejo de Ancianos —dijo Cosme mirando con preocupación a Galatea, a la que sin duda había reconocido entre el público.

—Está en su derecho —dijo el presidente, cediéndole el turno.

Cosme salió al estrado y miró al público durante unos segundos sin proferir palabra. No era un hombre atractivo, pero transmitía confianza y parecía no equivocarse jamás. Después se apoyó en la balaustrada de madera, al lado de Pericles, y extendiendo su mano, como lo hace un padre con un hijo para bendecirlo, dijo:

—Este hombre, este joven de noble casa, cuyos antepasados han honrado siempre a esta virtuosa ciudad, ha salvado hoy la República. Puede que no haya utilizado formas muy ortodoxas, que su imprudencia haya puesto en peligro la vida de ciudadanos, pero ¿qué es eso comparado con la libertad? Minucias...

Todos nos quedamos sorprendidos ante las palabras del jefe del Consejo de Ancianos.

—Dicen que la virtud está muy alejada de la juventud. Las pasiones, los errores y los temores de los jóvenes los alejan de este regalo de los dioses, pero Pericles es una

excepción. Hace unos días estaba fuera de los muros de esta ciudad, posiblemente en la zona prohibida, más allá de la frontera, viviendo como un ermitaño, comiendo bayas y matando ardillas para saciar su hambre, pero fue llamado por el deber. Escuchó la voz de su amada ciudad que le pedía que regresara, y vino para salvarnos. Cuando el caos reinaba en las calles, los muros estaban desprotegidos y las puertas recibían más refugiados de los que podían contener, él puso orden. Le debemos todos la vida, conciudadanos.

La gente comenzó a aplaudir y a aclamar a Pericles, mientras nosotros intentábamos imaginar a qué punto quería llegar el bueno de Cosme. Sin duda en unos instantes probaríamos el fruto de sus maquinaciones.

—Nosotros debíamos haber estado al mando, pero no lo hicimos. ¿Cuál fue nuestro error? Pensar más en la guerra que en la batalla, más en los hombres y las mujeres que sobrevivirían a esta tragedia que en detener a un ejército de muchachos asustados. Miren, amigos y ciudadanos. El ímpetu de la juventud nos llevó hoy a la victoria, pero hace unas semanas provocó una guerra que posiblemente destruya Atenas. Pericles es capaz de salvar y de condenar a nuestra ciudad. ¿Qué decidirá el pequeño diosecillo hoy? ¿Se levantará de humor para ayudarnos a nosotros, pobres mortales, o terminará con su ira lo que empezó con su imprudencia? —dijo señalando a Pericles con el índice.

Los más jóvenes comenzaron a alborotarse, pero el presidente pidió a los asistentes calma. Después, Cosme siguió hablando:

—Mientras Pericles salvaba la ciudad, yo y otros consejeros salvábamos el futuro. ¿Qué os puede prometer Pericles? ¿Un día más de vida? Yo os prometo un futuro glorioso. Los espartanos no quieren la guerra, para ellos supone un gasto inútil de recursos y vidas, y están acostumbrados, como nosotros, a la paz. Si seguís a Pericles, mañana, cuando el sol se ponga, estaréis muertos; si me seguís a mí, mañana habrá terminado la guerra —dijo Cosme. La mayor parte del público se puso en pie y comenzó a aplaudir.

Pericles se incorporó. A su lado, Cosme parecía un sapo gordo y calvo. Caminó con el pergamino en la mano hasta el estrado. Pidió permiso para hablar y esperó, apoyado en la mesa, a que los aplausos terminasen.

—Yo no tengo el talento oratorio de Cosme. Puede que se deba a mi inexperiencia o desconocimiento, o a una combinación de ambas cosas. Cosme tenía razón en lo que decía hace unos instantes. Él os ofrece vivir, mientras que yo lo único que os puedo ofrecer es morir. Ante una elección así, ¿qué decisión tomar? Yo no puedo coaccionaros, rogaros ni suplicaros para que luchéis y perdáis vuestra vida. ¿Y qué os espera si no morís?: la derrota.

Un murmullo recorrió el auditorio. Mi amigo había logrado captar la atención del público, y la mía.

—Elegid hoy entre la vida y la muerte, pero hacedlo con cuidado. Hay vidas que no merecen ser vividas y hay muertes más nobles que una larga y corrupta existencia.

Cosme quiere la paz, Cosme ama la paz con Esparta. Es vuestro protector, lleva más de veinte años dirigiendo el destino de Atenas. Mirad qué paz ha conseguido. Ahora os arrebatan a vuestros hijos a los cuatro años para criarlos como espartanos, no tienen derecho a ser miembros del consejo sin su visto bueno. Secuestran a nobles de esta cámara y miráis para otro lado, se burlan de nosotros en los Juegos de la Guerra, dejando que vuestros jóvenes mueran en vano, pero todo eso ¿qué es, comparado con la paz?

Pericles levantó el pergamino y se lo enseñó al público. Lo agitó con fuerza mientras Cosme no dejaba de observarlo.

—Qué costosa es la paz para nosotros, ciudadanos de Atenas, y qué dulce es para Cosme. Aquí están las condiciones de su paz: sus rentas aumentadas por cinco, reinar sobre nosotros a perpetuidad, las cabezas de todos sus enemigos, entre los que están algunos de los respetables miembros de este Consejo de Ancianos, y convertir a todo nuestro pueblo en esclavo de Esparta. Cosme os da la paz, atenienses, yo os ofrezco la muerte. Luchemos hasta el final, demostremos a esos espartanos que nuestra vida se vende muy cara, que nuestro pueblo es tan valeroso como el suyo. Demostremos al mundo que sabemos morir como hombres y mujeres, no vivir como ratas.

Cosme se agitó en su asiento, pidiendo la palabra.

—Ya termino, honorable Cosme. Ciudadanos: el jefe del Consejo, el respetable miembro de esta cámara, nos había vendido desde antes de empezar la guerra. No movilizó a los hombres, por petición de los espartanos; no permitió que los campesinos se refugiaron hasta el último momento, para que así reinara el caos entre los muros de la ciudad; mató al comandante de las tropas, Platón, al sentirse vigilado por este. También tiene presa a la mujer de Diácono, contra quien por cierto conspiró para que los espartanos lo apresaran en su ciudad. Sin duda Cosme es un buen gobernante para la paz, pero yo os digo hoy: ¡luchemos, muramos y entreguemos nuestros cuerpos en una libación a los dioses! ¡Viva Atenas!

El público se levantó para aplaudir, exultante. Empezaron a pedir a gritos la cabeza de Cosme y su inmediata destitución.

—¡Atenienses, atenienses...! —dijo el presidente intentando mantener el orden, pero los ciudadanos corrieron hasta Cosme y lo tomaron prisionero.

Pericles miró con indiferencia al jefe del Consejo de Ancianos, mientras yo me acercaba cojeando hasta él. Los otros miembros del consejo que habían traicionado a Atenas y figuraban como firmantes en el documento de Cosme también fueron apresados. Confusa todavía por el giro de los acontecimientos, le pregunté a Pericles:

—Ahora, ¿qué pasará?

—Moriremos todos, Helena, pero antes verás a tu madre, aunque sea por última vez.

27: Atenas, 27 de hecatombeón de 2200

Las batallas no las ganan las palabras, pero al menos nos dejan creer por un momento que un mundo mejor es posible. Aquel día, el día en que todo podría haber terminado para mí y para Atenas, fue en el que me reencontré con mi madre.

Pericles me acompañó hasta su celda. Estaba en los sótanos de la Asamblea, algo perturbadoramente perverso. ¿Cómo podían encarcelar a la gente en el mismo templo de la libertad? Y lo que es más grave: algunos estaban retenidos allí sin haber cometido ningún delito ni haber sido juzgados por nadie.

Lo primero que percibí fue el olor a humedad. Atenas está situada en una isla, y los sótanos siempre están anegados. Después, me abrumó la oscuridad, que simboliza la maldad que los hombres prefieren ocultar. Por último, sentí el hedor a suciedad y putrefacción.

La primera celda que nuestra lámpara alumbró estaba repleta de cadáveres, algunos pudriéndose lentamente y otros reducidos ya a simples esqueletos. La segunda no daba más motivos para la esperanza. En ella había algunos cuerpos diseminados entre los prisioneros vivos, y estos parecían más fantasmas que personas. Tenían el pelo sucio y desmadejado, las caras totalmente secas, con las mejillas hundidas y los ojos desorbitados. En cuanto nos vieron, empezaron a suplicarnos que les diéramos agua y pan o que los matáramos allí mismo.

—Dadles algo de agua y alimento, pero en pequeñas cantidades, tienen que acostumbrarse a comer poco a poco. Pero sobre todo, sacad de la celda a los vivos y enterrad a los muertos —ordenó Pericles a los soldados que nos acompañaban.

La tercera gran celda parecía algo más limpia y en ella no encontramos cadáveres ni personas moribundas. En ella, las únicas presas que había eran mi madre y Castalia. Las dos estaban abrazadas cuando llegamos, como si temieran que sus carceleros fueran a hacerles algún daño.

—¡Madre! —grité, mientras un soldado abría la puerta.

Ella apenas reaccionó. Se sentía confusa después de tantas horas encerrada, pero en cuanto me reconoció se puso en pie y me abrazó. Durante aquellos días sin ella me había sentido totalmente huérfana. Nunca imaginé que esa sensación de orfandad pudiera llegar a ser tan dolorosa, ya que además estábamos acostumbradas a vivir separadas. Uno llega a imaginar que ya no hay nadie en el mundo que te vaya a echar de menos si faltas. Sientes un gran vacío y lo único que deseas es desaparecer, aunque la esperanza de volver a verla me había mantenido con la fuerza suficiente para seguir luchando.

—Hija, pensé que no volvería a verte, pero comprendo que los dioses han sido de nuevo más generosos conmigo de lo que merecía. ¿Cómo está tu hermano? —me preguntó.

Cuando miré su cara delgada y el pelo cano y apagado, me di cuenta de todo lo que había sufrido. Aquella humillación le había robado la luz de su alma, pero al menos estaba viva.

—Mi hermano se encuentra bien. Todavía seguimos sin saber nada de padre, pero hemos logrado desenmascarar a Cosme y lo han apresado, junto a sus cómplices —le conté... aunque realmente no sabía nada de mi hermano. Desde mi regreso a Atenas no había tenido tiempo de buscarlo.

Mi madre no mostró ninguna alegría. Sabía que la justicia no es posible en esta tierra y que el sufrimiento de nuestros enemigos nunca consigue que nos sintamos más felices.

—Espero que se arrepienta de sus muchas faltas —comentó con tranquilidad.

Castalia se puso en pie y se acercó a nosotras. No esperaba encontrarla allí, pero me alegró verla con vida.

—Ahora es muy importante que conozcáis los secretos de los que os hablé. Tal vez eso os dé la victoria frente a Esparta —dijo la anciana.

—¿Dónde guardaste los pergaminos? No sabíamos por dónde empezar a buscar —le confesé.

—Siempre los llevaste junto a tu corazón. Por la noche los cosí al forro de tu uniforme. Menos mal que sigues con las mismas ropas —dijo la anciana señalando mi sucia túnica de soldado.

Palpé dentro de la armadura y noté algo. Rompí el forro y saqué dos pergaminos pequeños, aplanados para que no abultasen.

—Dios mío, siempre han estado aquí... —dije mientras los miraba, incrédula.

Mientras nos dirigíamos a la salida, un grupo de soldados bajaba a Cosme y sus cómplices a los calabozos. Cruzamos las miradas y los ojos del jefe del Consejo de Ancianos brillaron de odio por unos instantes.

Cuando llegamos a la sala de la Asamblea, la multitud nos esperaba impaciente.

—¡Pericles es nuestro rey! —gritó la multitud.

Mi amigo se puso en el estrado y levantó las manos para que los reunidos guardaran silencio. Cuando la gente se calmó, Pericles señaló con la mano a los

bustos de los antiguos padres de la patria y dijo:

—Yo no seré vuestro rey...

La gente comenzó a gritar de nuevo pidiéndole que se convirtiera en el primer rey de Atenas. Al final lograron calmarse de nuevo.

—Los que fundaron esta República creían en la libertad de todos sus ciudadanos y ciudadanas. La democracia no es perfecta, pero al menos nos ayuda a elegir quién debe gobernarnos. Durante años, la tiranía del Consejo de Ancianos nos ha oprimido a todos. Por eso propongo que, hasta el final de la guerra con Esparta, me deis plenos poderes como general en jefe de los ejércitos de la República. El poder ejecutivo pasa a mis manos hasta el final de la guerra. Pido que sean abolidas las leyes restrictivas contra los jóvenes, que no se quite a los padres la custodia de sus hijos a los cuatro años. También deseo que la esclavitud sea abolida, permaneciendo los antiguos esclavos como siervos, pero pagados y bien alimentados...

La multitud gritaba de alegría al verse libre del yugo de la tiranía. Las peticiones de Pericles fueron aceptadas una a una por mayoría absoluta y aclamación popular. Aunque aquellas nuevas leyes no tendrían validez alguna si caíamos en manos de los espartanos.

—Ahora, como comandante en jefe del ejército, os pido que me ayudéis a salvar a Atenas. ¡Viva Atenas! —gritó Pericles.

La multitud respondió con un aullido y se llevaron a Pericles en volandas, sacándolo a hombros por las calles de la ciudad. Aquel día fue glorioso para la República y para mí. Se habían recuperado las libertades cívicas, los jóvenes serían tratados de nuevo como personas y los niños disfrutarían de su infancia junto a sus padres. Era tanta la emoción que me embargaba que las lágrimas corrían por mis mejillas.

El júbilo siempre oculta los problemas, pero las sombras se extienden sobre el mundo y las palabras tienen que dejar lugar a los hechos. Cuando las primeras bolas de fuego, lanzadas por las catapultas de los espartanos, impactaron en el interior de las murallas, la nueva República tuvo que enfrentarse a la dura realidad de la guerra. Sabíamos que la única manera de salvarnos era luchar y eso era exactamente lo que estábamos dispuestos a hacer.

28: Atenas, 27 de hecatombeón de 2200

La situación era desesperada. La falta de previsión del Consejo de Ancianos había convertido el asalto en un infierno. Las herrerías no habían fabricado suficientes armas, tampoco se habían comprado a otras ciudades y muchos hombres únicamente tenían azadas y rastrillos para defenderse. Las provisiones apenas alcanzaban para mantenernos durante diez días de asedio. El bloqueo de los espartanos ya había comenzado, por lo que era imposible conseguir más comida. La muralla no había sido reparada en sus partes más débiles, y teníamos a miles de refugiados que alimentar y cuidar. Las enfermedades se propagaban a un ritmo abrumador y nuestros enemigos estaban a punto de desembarcar el grueso de sus tropas en las inmediaciones de Atenas. Necesitábamos una intervención divina para sobrevivir. La única esperanza que nos quedaba eran los pergaminos secretos de Castalia.

Nos reunimos Julia, Pericles, Castalia, Urano, mi madre y yo en la que fuera la casa de Platón. Aquel lugar era discreto, cómodo y cercano a la muralla.

Castalia abrió el primer pergamino y nos dijo, algo apesadumbrada:

—No estoy segura de si llegaremos a tiempo para poner en marcha mi primer plan. La intención era detener el desembarco de las fuerzas espartanas. El gran secreto de sus navíos ha sido durante años el fuego griego. En mi ciudad usan una sustancia negra, que normalmente se utiliza como combustible para las lámparas, pero la refuerzan con otros componentes. El fuego griego se compone de nafta, cal viva, azufre, y nitrato, aquí están las medidas exactas —dijo la anciana extendiendo el pergamino.

—¿Cómo funciona exactamente el fuego griego? —preguntó Urano.

—Una vez introducido en los proyectiles adecuados, se pueden lanzar llamaradas de fuego que incendien todos los navíos enemigos —le explicó la anciana.

—¿La llama dura mucho tiempo? —preguntó Pericles.

—Lo suficiente para que todo el barco se incendie. Ellos también tendrán esa

arma, pero nosotros contamos con la ventaja de la sorpresa. Normalmente no usan el fuego griego porque prefieren hacerse con el botín de los barcos. Si lanzáis el fuego desde naves comerciales, podréis hundir la mitad de su flota antes de que se den cuenta de lo que está sucediendo —nos explicó la anciana.

—¡Es un gran plan! —comenté sorprendida.

—Sí, pero no sé cuánto tiempo nos queda. Nuestros navíos están aislados y nos costará salir del puerto —dijo Urano.

—No perdemos nada por intentarlo. También lo podemos lanzar desde las murallas —dijo Julia.

—¿Tenemos todas esas sustancias? —le preguntó Pericles al capitán Urano.

—Creo que sí, y probablemente en grandes cantidades —contestó el capitán.

—¿Cuánto tardaremos en fabricar el fuego griego? —preguntó Pericles.

—Un día, tal vez dos —contestó el capitán.

—Es demasiado tiempo. Tenemos que arrojarlo sobre los primeros barcos mañana al amanecer —dijo Pericles.

—Lo intentaremos —comentó Urano, algo escéptico.

—Por favor, ordena que fabriquen cuanto antes esta sustancia en grandes cantidades —dijo Pericles, posando su mano sobre la espalda del joven, intentando infundirle aliento.

El capitán pasó la orden a sus oficiales y regresó a los pocos minutos a la reunión. Después Castalia miró a todos los presentes. La expectación era máxima.

—Espero que estemos a tiempo de utilizar la información que contiene el otro pergamino que he traído para salvar Atenas y, en cierto sentido, a la civilización entera.

Las palabras de Castalia resonaron en el salón. Nuestras posibilidades se agotaban, pero aún teníamos una oportunidad para ganar aquella guerra.

29: Atenas, 27 de hecatombeón de 2200

Todos estábamos expectantes por conocer el contenido del segundo pergamino de Castalia. Si el plan para ganar esta guerra estaba en ese trozo de piel, nosotros lo pondríamos en práctica. La anciana desplegó el documento y todos nos inclinamos impacientes para ojearlo.

—En este pergamino están las leyes dictadas por el fundador de nuestra ciudad. En ellas se prohíbe la explotación de los ilotas, la discriminación de los jóvenes y se explicitan los derechos de los ciudadanos. La idea es que mientras mi hijo Thanos intenta conquistar Atenas, nosotros regresaremos a Esparta para parar esta guerra. Podemos conseguir que los ciudadanos de Esparta se liberen de sus tiranos, como habéis hecho vosotros —dijo la anciana.

Todos nos quedamos un poco decepcionados. Seguramente esperábamos mucho más, pero el plan era factible. Aunque la gran pregunta era: ¿quién iría en esa comisión a Esparta?

—¿Cómo conseguiremos que nos reciba su Asamblea? Somos sus enemigos —le recordé.

—Guardo en mi casa todos los desmanes de Thanos y del Consejo de Esparta, tenemos pruebas para meterlos a todos entre rejas. Tú, Helena, tienes que convencer a Dracón para que hable delante de los parlamentarios —sentenció ella.

—No creo que pueda convencerlo —le contesté. Ni siquiera deseaba verlo de nuevo.

—No te he contado las verdaderas razones por las que Dracón está colaborando con el Consejo de Esparta. No es por temor a la muerte o al destierro; es por ti, Helena —dijo la anciana.

Todos me miraron sorprendidos. ¿Cómo era posible que Dracón estuviera oprimiendo a los jóvenes y luchando en esta guerra por mí? ¿Era esa su forma de amarme? Pero mi mayor duda era: ¿hasta qué punto el amor podía servirnos de

excusa para traicionar nuestros principios?

—No creo que pueda hacerlo —les comenté.

—Dracón está en el campamento de los espartanos, a menos de una hora de Atenas; su padre todavía no ha desembarcado. Seguro que puedes convencerlo —dijo Castalia.

Notaba el corazón acelerado. Era una mezcla de emoción, angustia, temor y deseo. La sola idea de ver a Dracón me hizo sentir viva de nuevo, pero al mismo tiempo odiaba todo lo que él representaba. Dracón era mi enemigo.

—No puedo hacerlo —insistí mientras entre lágrimas corría a una de las habitaciones.

Me encerré e intenté ordenar todos esos sentimientos contrapuestos. El rostro de Dracón se fijó por unos segundos en mi mente y pensé en lo que daría por estar con él aunque fuera tan solo un momento y escuchar su voz, como la última vez que lo vi en los Juegos de la Guerra..., pero no me veía con fuerzas para presentarme delante de él y mucho menos para convencerlo de que traicionara de nuevo a Esparta y a su padre.

Julia entró en el cuarto. Me enfadé al verla, pero al mismo tiempo su presencia me tranquilizó. Ahora ella era mi amiga. Alguien con quien compartir los pesares de mi alma atormentada. Se sentó al borde de la cama y acarició mis largos cabellos. Cerré los ojos e intenté aceptar que las invisibles cuerdas del destino me volvían a unir a Dracón.

30: Campamento espartano, 28 de hecatombeón de 2200

Pericles no podía acompañarnos en aquel viaje. Era imprescindible en la defensa de la ciudad, pero buscó a uno de sus hombres de confianza para que lo hiciera. El elegido fue el capitán Urano, los dos se conocían del batallón de Platón y habían luchado hombro con hombro en el primer ataque espartano. Urano era un joven amable, tenía facciones de niño, pero en su interior había un hombre recio que sabía tomar decisiones. El capitán se encargó él mismo de reclutar a otro soldado llamado Alcander, uno de sus hombres de confianza.

El plan era muy sencillo: nos disfrazaríamos de soldados espartanos. Afortunadamente, los uniformes y las armaduras de muchas de las víctimas enemigas estaban en perfecto estado y nos permitirían pasar desapercibidos. Después nos introduciríamos en el campamento e intentaríamos entrevistarnos con Dracón. Pensábamos que en cuanto supiera que era yo la que deseaba verlo, él no dudaría en recibirnos, y tendríamos una oportunidad de negociar. Si lo que su abuela nos había contado era cierto, mi antiguo amigo se pondría de nuestro lado.

Urano buscó una de las zonas más discretas de la muralla para descender sin que nuestros enemigos nos vieran y llegar a su campamento lo más rápido posible. Los espartanos se habían instalado en la zona sudoeste de la muralla, cerca del río, con el fin de convertirse en una cabeza de puente y poder recibir la llegada de nuevas tropas y avituallamiento. Tendríamos que recorrer un par de kilómetros a campo descubierto antes de alcanzar el campamento. Esperábamos que la noche y la niebla del río nos permitieran acercarnos lo máximo posible sin ser descubiertos.

El primero en descender por la muralla fue Alcander. Lo hizo muy rápido, en dos grandes saltos, con la soga rodeando su cintura y con una agilidad que me sorprendió. Después bajó Julia. Constaté una vez más que mi nueva amiga era bastante ágil y valiente, tampoco tardó mucho en llegar. La tercera en descender fui yo. Cuando me pasé la gruesa cuerda por la cintura y miré al suelo, sentí algo de vértigo. No estaba

acostumbrada a ese tipo de situaciones, pero al final cerré los ojos y comencé a bajar, intentando pensar en otra cosa. Todo fue tan rápido que antes de darme cuenta ya me encontraba en el suelo con el resto de mis compañeros. El último en unirse a nosotros fue Urano.

En mitad de la oscuridad pisamos algo viscoso y blando que al principio no pudimos identificar, pero enseguida comprendimos que el suelo aún estaba cubierto de cadáveres y eso era sobre lo que estábamos caminando. Normalmente, entre una batalla y otra, se permitía una breve tregua para retirar los cuerpos del campo de batalla, pero los espartanos todavía no lo habían solicitado, y los cuerpos permanecían a los pies de la muralla.

Los carros abandonados, los caballos muertos y los cadáveres de los soldados nos sirvieron de parapeto en los primeros trescientos metros. Vimos a algunos vagabundos revolviendo entre los despojos para hacerse con algo de valor, como verdaderos buitres humanos. Después tendríamos que recorrer casi un kilómetro a campo descubierto, atravesar un bosquecillo y de nuevo un descampado de poco más de doscientos metros antes de introducirnos en el asentamiento enemigo.

Llegamos a la zona arbolada sin problemas, pero al atravesarla vimos una patrulla. Eran poco más de diez soldados, pero nos doblaban en número y era mejor engañarlos que enfrentarnos a ellos directamente. Mientras Julia y yo nos ocultábamos, con los arcos preparados, Urano y Alcander intentaron entretener a los hombres.

La patrulla se acercó, desconfiada, a nuestros compañeros, y aprovechando esa distracción nosotras disparamos sigilosamente nuestras armas. Las flechas mataron a dos de los últimos miembros de la patrulla sin que el resto se diera ni cuenta. Repetimos la operación otras dos veces, hasta que los espartanos se percataron, pero ya era demasiado tarde, únicamente quedaban cuatro con vida. Urano y Alcander atravesaron con sus cuchillos a dos de ellos y nosotras asaetamos a los otros dos cuando intentaron huir hacia el campamento.

Observamos el acuartelamiento a lo lejos. Parecía que nadie se había enterado de que nos aproximábamos. Todo estaba saliendo como lo teníamos previsto. Continuamos nuestro camino de la manera más sigilosa posible, apenas alumbrados por la luz de la luna, que asomaba tímidamente entre las oscuras nubes.

Ahora lo más difícil era entrar en el campamento, tal vez la manera más directa era simplemente pedir que nos llevaran ante Dracón, pero teníamos serias dudas de que los soldados accedieran a la petición de unos desconocidos.

El campamento estaba bien protegido. Tenían parejas de guardias cada cincuenta metros y una patrulla que hacía la ronda cada quince minutos para comprobar que no había ningún problema.

Esperamos a que pasara la patrulla y Urano calculó cuánto quedaba para que volvieran a hacer la ronda. Después el capitán y su amigo fueron reptando hasta las primeras tiendas; nosotras los seguíamos a cierta distancia, con los arcos preparados.

Cada uno de nuestros compañeros se encargó de un guardia, dejándolo inconsciente, y entramos en el campamento, aparentemente desierto a esas horas de la noche. Sabíamos que la tienda de los generales solía estar en el centro del acuartelamiento y que tendríamos que enfrentarnos a muchas patrullas y muchos guardias antes de llegar a Dracón, pero no nos quedaba otro remedio. Nuestra única posibilidad era actuar como si fuésemos una patrulla más. Tomamos las lanzas de los guardias e intentamos pasar desapercibidos.

Caminamos hasta la zona central del campamento sin muchos inconvenientes, pero justo cuando estábamos frente a la tienda de Dracón, los guardias nos detuvieron.

—¿Quiénes sois? —nos preguntó el oficial.

—Tenemos que ver al general —dijo Urano con un acento espartano tan logrado que los soldados no notaron la diferencia con el suyo.

—¿Para qué? —preguntó el oficial, que no obstante se mostró algo escamado.

—Decidle al general que aquí fuera está Helena, hija de Diácono.

Dudó unos instantes, pero al final accedió a enviar a uno de sus hombres, sin quitarnos los ojos de encima. Unos segundos más tarde, el soldado salió de la tienda y susurró algo al oído del oficial.

—Que pase únicamente Helena, el resto se queda aquí. Y tenéis que deponer las armas —dijo.

Todos vacilamos por un momento, pero al final di un paso al frente, dejé el arma y entré en la tienda de Dracón. Urano hizo el gesto de desenvainar su espada y varias lanzas se dirigieron a su pecho, pero al final extrajo lentamente la hoja y la dejó en el suelo. El resto lo imitó. Ahora estábamos en manos de los dioses.

31: Campamento espartano, 28 de hecatombeón de 2200

La tienda estaba ricamente adornada, como el salón de un gran palacio. Nunca pensé que a Dracón le gustara rodearse de lujos, pero sin duda aquella ostentación iba unida al cargo de general. Cuatro grandes antorchas iluminaban la estancia, aunque en la zona del fondo apenas se distinguía una gran mesa baja rodeada de cojines. Alguien estaba sentado tras la parte central de la mesa y pensé que no podía ser otro que el propio Dracón. Me aproximé lentamente hasta que la poca luz de ese rincón me devolvió el rostro que desde hacía tanto tiempo, aunque lo negara, deseaba volver a ver. Sus ojos verdes brillaron a la luz de la única vela que había en la mesa y el perfume de su piel tostada llegó hasta a mí, como un anuncio del deseo.

—Hola, Helena. Por favor, siéntate. He de admitir que eres muy valiente para entrar en un campamento enemigo en mitad de la noche y pedir que te lleven hasta el general del ejército —dijo él con su voz ronca.

—Gracias por tus halagos, pero a veces se hace de la necesidad virtud y la desesperación se confunde con valentía —le contesté muy seria.

En una mano llevaba el casco de soldado y la otra descansaba sobre su cinto de cuero.

—¿Quiénes son los que esperan fuera? —me preguntó mientras me servía una bebida caliente.

—No conoces a ninguno de los tres. Por desgracia, Leónidas murió y Damara también —le contesté.

—Lo sé. Los vi caer cerca de mí en el estadio. Fue una gran pérdida, ya no los consideraba mis enemigos o contrincantes, eran verdaderos amigos. Juntos atravesamos el bosque y luchamos contra muchos peligros —contestó Dracón con voz melancólica, como si lo sucedido hacía apenas unos días formara parte del pasado remoto.

Se hizo un breve silencio y di un sorbo de la taza que me había ofrecido. Noté el

amargor en la boca, pero me alivió tomar algo caliente. Mi uniforme estaba empapado y había comenzado a temblar de frío.

—La vida es el resultado de muchas casualidades. Ahora tú eres el general de los espartanos y yo una embajadora en busca de la paz —le dije, grave.

—Siempre debió ser así. Nuestros pueblos son enemigos desde hace siglos y nosotros no podemos ser lo contrario. Durante generaciones hemos luchado en los Juegos de la Guerra y nada podrá cambiar eso —dijo Dracón.

—Antes no pensabas de esa manera —le dije.

—He madurado. En unos años Esparta será mía y Atenas también. Si estás dispuesta a casarte conmigo, cuando yo sea el jefe del Consejo de Esparta, podrás hacer las reformas que quieras y convertir a nuestras dos ciudades en remansos de paz y justicia —me comentó.

—¿Realmente crees eso? Tu padre gobernará las dos ciudades durante veinte o treinta años más y, cuando él muera, seguramente todo por lo que luchamos habrá desaparecido. Tú serás un tirano como él y no te importará la gente que tienes alrededor —le repliqué.

—El amor, la libertad y la amistad nunca se dan por vencidos. Son las tres cosas que mejor resisten al paso del tiempo. En dos días Atenas caerá, después el resto del mundo griego. Seremos un imperio y vuestra ciudad se convertirá en una más dentro de él. No te preocupes, me acordaré de mis amigos. No he cambiado tanto como piensas —dijo Dracón.

—Ya no recuerdas lo que te enseñó tu abuela. Miles han muerto por la ambición de unos pocos. ¿Cuántos más han de morir para que se calme vuestra sed de poder? —le pregunté, indignada.

Dracón dejó su taza en la mesa con un violento golpe. Se levantó y se aproximó hasta mí. Al verlo de pie, gigantesco y ofuscado, sentí temor. Ya no era el joven que conocí junto al río pocas semanas atrás.

—Esparta merece la gloria. Sois débiles y los débiles tienen que morir.

—Hoy tu fuerza no te sirvió para nada —le comenté, intentando aparentar calma.

—No creas que no sé lo que pasa dentro de las murallas de Atenas. La plaza era mía. Los refugiados seguían llegando en manadas desordenadas, las murallas estaban desprotegidas. Mis espías nos habían informado de que el caos reinaba en la ciudad, pero algo sucedió. Cerraron las puertas y recibimos una lluvia inesperada de flechas, después lograron alejarnos y tuvimos que llamar en retirada. Eso no lo pudo hacer nuestro lacayo Cosme, no se atrevería, pero tampoco sería capaz aunque lo intentase. Mandamos que mataran a Platón, por tanto únicamente queda una persona que puede llevar a las exiguas tropas de Atenas a la batalla: Pericles —dijo Dracón mirándome a los ojos.

—Sí, nuestro querido amigo. Cosme ahora está en la cárcel y se han abolido las leyes injustas. Algo parecido podríamos conseguir en Esparta, pero tendrías que ponerte de nuestra parte. Nunca hemos estado tan cerca de conseguirlo —me sinceré.

—¿Piensas que conseguiríamos algo parecido en Esparta? Nuestra ciudad es muy diferente a la vuestra. Unos cuantos charlatanes en la asamblea no pueden cambiar una tradición más antigua que el mundo. Los espartanos creen que sus leyes las pusieron los dioses y que deben respetarlas hasta el final de los tiempos —dijo Dracón con el ceño fruncido.

Tuve la impresión de que se estaba llenando de argumentos para no enfrentarse a su padre otra vez. Sin duda, ya no tendría una segunda oportunidad de sobrevivir si se enfrentaba de nuevo a él.

—Pero los dos sabemos que no es así. Esparta fue formada por antiguos militares de aquel lugar llamado West Point, sus leyes eran verdaderas reglas marciales, pero no pueden gobernar una ciudad compuesta por hombres libres, por familias, como si se tratara de un cuartel militar —le dije.

—Mañana llegan las fuerzas de mi padre. ¿Quieres que lo vuelva a traicionar y lo ataque? ¿Quieres que espartanos maten a espartanos? Nos exterminarían, no quedaría ni una cuarta parte de los jóvenes con vida. Los hombres de mi padre no tendrán piedad de nosotros. Si hemos perdido contra simples atenienses, ellos nos masacrarían sin problema —confesó Dracón.

Entendía sus objeciones. Si Dracón dejaba el mando de los ejércitos de jóvenes, los pondría directamente en peligro. Su padre masacraría a todos sin pararse a mirar cuáles le eran leales y cuáles no. De alguna manera, la dura disciplina que les había impuesto era lo que los mantenía aún con vida. Sin Dracón se sentirían perdidos.

—Tu padre sabía que la única manera de mantenerte a su lado era convertirte en algo parecido a lo que es él. Ya no eres Dracón, eres un pequeño Thanos. Él ha ganado la batalla —le dije con desprecio. Me puse en pie y me dirigí a la salida.

Dracón me siguió, me sujetó por el brazo y me atrajo violentamente hacia él.

—Todo esto lo he hecho por ti, no por mi padre. Me prometió que si vencía a los atenienses, y sometía a los jóvenes, podríamos casarnos. Te amo, Helena, te amo desde el primer día. Desde el mismo momento en que te conocí. Eres valiente, inteligente, sagaz, alegre y bellísima. Eres lo suficientemente noble como para cumplir tu palabra, aunque te cueste la vida, pero no puedo hacer lo que me pides —dijo con el corazón en un puño. Su frío rostro comenzaba a reflejar algo de emoción.

—Sí, puedes, Dracón, claro que puedes, y tu padre lo sabe. Te tiene miedo, nos tiene miedo a todos nosotros. Él cree que la libertad es un peligro y que el amor es una debilidad, pero está equivocado. El amor es la fuerza más poderosa de este mundo. Una madre es capaz de morir y matar por su hijo en peligro, un enamorado está dispuesto a perderlo todo por su amada. Nadie podrá nunca parar una fuerza como esa —le dije mirándolo a los ojos.

Cayó de rodillas, sus hombros se encogieron y se echó a llorar. Lo abracé y, acariciándole la cabeza, intenté tranquilizarlo.

—Te contaré mi plan, tenemos que ser rápidos y astutos para actuar antes de que tu padre se dé cuenta.

—¿Estás segura de que es lo mejor que podemos hacer? —me preguntó como un niño asustado que necesitara sentirse convencido con su decisión.

No le respondí. Desde hacía tiempo sabía que de lo único de lo que estaba segura era de que todo podía cambiar en un instante, que los planes se desbarataban y la gente que amabas sufría las consecuencias. Por eso opté por el silencio, el tiempo ya se encargaría de resolver todas nuestras dudas.

32: Campamento espartano, 28 de hecatombeón de 2200

Urano, Julia y Alcander entraron en la tienda y se sentaron alrededor de la gran mesa baja. Tras las presentaciones, les expliqué el plan. Después le conté a Dracón brevemente lo que había sucedido en Atenas el día anterior y que algo igual era posible en Esparta. También le hablé de los planes de su abuela Castalia.

—Si los espartanos piensan que pueden perder la guerra, descubren la corrupción del Consejo y ven que tú estás en contra, seguramente los destituyan —terminé de explicar.

—No creo poseer la oratoria de Pericles, y tampoco las pruebas contra ellos son tan contundentes —contestó Dracón—. Al fin y al cabo, las derrotas de Atenas en los Juegos de la Guerra han favorecido a Esparta.

—Llevan siglos engañando a la gente. Las primeras leyes de la ciudad, en la primera etapa, antes de que se impusiera el partido de los militares, estaban dirigidas a tener un gobierno más democrático y a favor de dispensar a los jóvenes un trato digno. Sabemos que los Juegos de la Guerra estaban pactados de antemano. ¿Dónde está el honor de Esparta? No puedo creer que todo esto no preocupe a los ciudadanos —le comenté indignada.

—No dudo del apoyo de los jóvenes, y probablemente nos granjearíamos el de buena parte de las madres. Ellas no quieren separarse de sus hijos, pero los ciudadanos varones y los nobles no traicionarán a mi padre. Ellos nunca han vivido tan bien como en la actualidad —contestó Dracón.

—Tú serás el nuevo caudillo —dijo Julia.

—Sí, pero después de contribuir a que Esparta pierda esta guerra... —contestó Dracón.

—Es una guerra injusta —dijo Urano.

—Todas son injustas, pero para Esparta es beneficiosa —afirmó Dracón, cansado. Intentaba ponerse en el lugar de sus conciudadanos.

Yo entendía lo que pretendía. No podíamos llegar a Esparta y que todos nos recibieran con los brazos abiertos. Debíamos estar preparados para lo peor.

—Después de la guerra estoy segura de que Thanos pondrá leyes más estrictas para los jóvenes. También para los esclavos, y para todos los que supongan un peligro para él. La vida en Esparta y en Atenas será un infierno, pero nosotros podemos cambiar eso —le comenté, intentando convencerlo con mi argumento.

Dracón se puso a caminar nervioso por la tienda. Después salió y mandó a un guardia que llamara a su amigo y ayudante Alexandre, y a Nereida. Diez minutos más tarde cruzaron el pesado cortinaje de la entrada. Alexandre se sorprendió al verme, pero Nereida corrió hacia a mí y me abrazó.

—¡No puedo creer que estés viva! —exclamó Nereida.

—No soy de las que se rinden fácilmente —bromeé.

Dracón les contó el plan, Nereida estuvo de acuerdo de inmediato, pero Alexandre no lo veía factible.

Las horas pasaban y cada minuto que perdíamos era vital para conseguir la paz antes de que los ejércitos espartanos volvieran a atacar la ciudad. Teníamos que salir hacia Esparta antes de que amaneciera. De otro modo, podríamos encontrarnos de frente con su flota, que saldría al amanecer hacia Atenas.

—No se hable más. Lo intentaremos. Nuestra lealtad está con la ciudad de Esparta, no con su Consejo. Si frenamos la guerra, menos gente inocente morirá. Vosotros sois libres de unirlos o no a nuestra misión —dijo Dracón a sus amigos.

—Contad conmigo —contestó Nereida muy animada.

Alexandre negó con la cabeza, se puso en pie y abandonó la tienda. Su reacción me dejó algo preocupada. Temía que nos delatara a Thanos y echara abajo toda la misión. Dracón intentó tranquilizarme. Él conocía mejor que nadie a su amigo.

—Puede que Alexandre esté en desacuerdo, pero nunca nos traicionaría. Ordenaré que preparen mi barco personal, en una hora partiremos hacia Esparta —zanjó mi amigo.

Noté que mi corazón se aceleraba. Todos mis sentimientos se agolparon de nuevo en mi mente y tuve ganas de abrazarlo, pero me limité a suspirar, mientras lo observaba a la luz de las antorchas.

33: Camino a Esparta, 28 de hecatombeón de 2200

El viento nos era favorable, lo que hubiese permitido que tardáramos poco más de una hora en atravesar el río, pero Dracón prefirió dar un pequeño rodeo, bajando hasta la diosa Libertad, para evitar que nos topásemos con la flota capitaneada por su padre, Thanos, que sin duda ya había partido hacia Atenas. Mientras rodeábamos la isla de la diosa de la Libertad, contemplamos a lo lejos la imponente flota de Esparta. Pensé en Pericles y deseé con todas mis fuerzas que le hubiera dado tiempo a fabricar el fuego griego para poder así repeler a la flota enemiga.

Cuando llegamos al puerto de Esparta nos sorprendió ver lo vacío que estaba. Como si todos los barcos disponibles se hubieran puesto al servicio de aquella maldita guerra. Apenas algunas barcas de pesca y un par de barcos de comerciantes extranjeros fondeaban en el gigantesco muelle. Temí que nuestra embarcación resultara demasiado evidente para los guardias que custodiaban el puerto, pero al ver a Dracón nos dejaron pasar sin problemas.

Nuestro amigo recorrió las calles de Esparta seguido de una escolta de algo más de cien soldados. Las fuerzas que había dejado su padre en la ciudad eran mínimas y se limitaron a saludarnos al pasar. Los soldados de Dracón tomaron los puntos clave de la ciudad sin esfuerzo. De esa manera insólita pudimos afirmar que Esparta era nuestra antes del amanecer.

Nos dirigimos al edificio de la Asamblea con la esperanza de que el Consejo de Ancianos, al sentirse vulnerable, accediera a nuestras peticiones. Dracón reunió a los pocos miembros del Consejo que quedaban en la ciudad, dos ancianos que apenas sabían nada de los asuntos de gobierno, pero que nos servirían para que la gente viera que recibíamos el apoyo de algunos miembros. Me emocioné hasta las lágrimas cuando ordenó que liberaran a mi padre de inmediato. Podría verlo por fin.

—Por favor, déjame que vaya yo misma a recibirlo —le pedí con los ojos empañados por las lágrimas.

—Te acompañaré Nereida —dijo Dracón sentado en la silla del jefe del Consejo, mientras se organizaba poco a poco la sesión.

La Asamblea estaba convocada para una hora más tarde, pero los curiosos comenzaban a acercarse para ver qué sucedía. La mayoría de los nobles se habían marchado a la guerra, y de los secuaces de Thanos únicamente había quedado un comandante llamado Teófilo, que Dracón había mandado encarcelar al tomar el control de la ciudad. Parecía que nuestros planes marchaban según lo previsto.

Una docena de soldados nos acompañó a Nereida, a Julia y a mí hasta la cárcel de la ciudad. Era un edificio cercano al puerto, cuya fachada estaba pintada de color negro. En la entrada había dos soldados musculosos de guardia. Cuando enseñamos la orden de Dracón, nos dejaron pasar sin ningún problema. El carcelero nos indicó con amabilidad la ubicación de la celda de mi padre.

—Dejadme a solas con él unos momentos —les pedí a mis amigas.

Me adelanté con paso vacilante. Temía no reconocerlo, ver sus ojos desgastados por la cautividad y su rostro demacrado por el sufrimiento. Ya había pasado por algo parecido al liberar a mi madre, pero él llevaba más tiempo encerrado y, al ser un varón, el trato dispensado debía de haber sido más cruel incluso.

Al llegar a la celda miré en el interior, estaba oscuro, pero sin duda alguien se movía sobre el camastro. Abrí la reja y me acerqué. Apenas reaccionó a mi presencia.

—Padre, soy Helena, he venido a buscaros —le dije con la voz entrecortada.

Se giró muy lentamente, como si le faltasen las fuerzas, después me miró a los ojos. Parecía tan cansando, débil y triste, que una sensación de rabia fue invadiéndome por dentro. La injusticia siempre nos causa la misma sensación. Una mezcla de impotencia y frustración que poco a poco se transforma en rabia.

—Hija, ¿cómo has podido entrar aquí? —preguntó con un hilo de voz.

—Eres libre. Regresamos a casa. Atenas y tu familia te necesitan.

Se incorporó lentamente. Llevaba la túnica raída y sucia. Tenía los ojos amoratados de los golpes, heridas por los brazos y las piernas, su delgadez era extrema y parecía vacío de energía. Quise pensar que con los cuidados de mi madre y los míos, lograríamos devolverle su fortaleza física y de espíritu. Aunque en ese momento me asaltaban muchas dudas.

—Traed una camilla, llevadlo al edificio de la Asamblea. Que lo examine un médico y le den de comer —ordenó Nereida a dos soldados.

Los carceleros lo levantaron con cuidado del camastro, lo colocaron en la camilla y se lo llevaron de la celda. Miré a mi amiga. Hasta ese momento yo había retenido el llanto, pero ya no pude más. Lloré con desesperación. Los hombres fuertes con los años pierden todo su vigor, se convierten en la sombra de lo que fueron, pero los maltratos y la cárcel habían transformado a mi padre en un anciano prematuro.

Salimos de la prisión y el aire fresco de la mañana me despejó. En las últimas horas habían pasado tantas cosas que apenas había podido asimilarlas, pero aún quedaba lo más difícil. ¿Lograríamos convencer al pueblo de Esparta de que se

liberara de sus tiranos y sus ancestrales costumbres? Mientras caminaba hacia el edificio de la Asamblea, iba pensando en que, en algunas ocasiones, los grilletes más difíciles de romper son los del conformismo, y poco después comprendería que no me faltaba razón.

34: Esparta, 28 de hecatombeón de 2200

La Asamblea no estaba tan concurrida como la de Atenas. Sin duda los espartanos habían perdido el gusto por los debates, ya que todo estaba regido por el Consejo de Ancianos de la ciudad y las viejas leyes eran inamovibles. A un ateniense todo eso le resultaba extremadamente extraño, aunque en los últimos años hubiéramos perdido muchos de nuestros derechos. Nosotros creíamos que las leyes estaban hechas para ayudar a los hombres a convivir, no para domesticar y someter a los ciudadanos.

Abrió el debate uno de los viejos consejeros de la ciudad. Dracón le había contado el dilema moral en que se encontraba la República de Esparta y que debían tomar decisiones drásticas cuanto antes, sobre todo por culpa de la ambición de su padre.

El anciano subió al estrado medio tembloroso. Su pelo blanco y su cara hinchada por la edad y el exceso de vino contrastaban con la sobria túnica marrón. Miró a la concurrencia y se dirigió a ella con una voz suave y débil.

—Ciudadanos de Esparta, estamos en guerra y un gran peligro acecha a nuestra República. Podemos morir por nuestra amada ciudad, pero no por aquellos que han desprestigiado a la República con la única intención de enriquecerse.

El público apenas reaccionó, pero poco a poco las gradas se iban llenando. Sobre todo de jóvenes, pero también había mujeres, ancianos y algunos nobles.

—Dracón, hijo de Thanos, nuestro general más joven, tiene algo urgente que decirnos. Os pido que le prestéis la mayor atención —dijo el anciano. Después le cedió el turno a mi amigo.

Dracón subió al estrado con paso firme. Su rostro reflejaba fuerza y contundencia. Supo disimular sus nervios y transmitir la seguridad que los espartanos esperaban de sus líderes. Me miró a los ojos antes de dirigirse al público.

—Ciudadanos y ciudadanas de Esparta. Es difícil para un hijo, aún joven, asumir tanta responsabilidad. Nosotros amamos la experiencia y la sabiduría de los que nos

dirigen. Sus canas nos indican las batallas que han vencido contra el sufrimiento, la enfermedad y la guerra, pero hoy me toca, como uno más de vosotros, elevar mi voz. Ser el atalaya que anuncia y denuncia lo que pasa en nuestra amada República. Hoy es un día histórico para Esparta —argumentó con voz ronca y templada.

El público comenzó a mostrar más interés. El murmullo cesó y la gente tomó asiento. Algunos de los nobles se inclinaron hacia delante, apoyando sus codos en las rodillas. No era corriente escuchar hablar a un espartano de aquella manera.

—Mientras nuestros barcos navegan hacia Atenas, tengo que anunciaros una traición. Algunos de los miembros del Consejo de Ancianos de la ciudad han abusado de nuestra confianza. Durante años nos han engañado. Permitieron que enviáramos a nuestros jóvenes a los Juegos de la Guerra, no para luchar valientemente por Esparta, sino simplemente para convertir en una farsa y una burla sus vidas ofrecidas con tanta devoción. Cuando lo intentamos denunciar, los miembros del Consejo, sintiéndose atrapados, declararon la guerra a Atenas. Durante años hemos sometido y vejado a nuestros vecinos atenienses, ahora queremos destruirlos. La guerra es un arte noble. Nosotros la hemos practicado desde tiempos inmemoriales, pero: ¿qué honor hay en la guerra si desde el primer momento se lucha con las armas de la conspiración y la mentira? El Consejo de Ancianos ya sabía, o creía saber, que ganaría esta guerra. Tenía un acuerdo secreto con Cosme, el jefe del Consejo de Ancianos de Atenas, para que la ciudad se rindiese y se sometiera a nosotros. Cosme iba a entregar a su pueblo a Esparta, pero dado que este ha sido descubierto y encarcelado, ahora ya no será tan sencillo doblegar a los atenienses. Muchas vidas espartanas serán sacrificadas, seguramente en vano —dijo Dracón.

—¡Mejor! —gritó un noble entre el público.

—Preferimos la guerra a esos malditos atenienses —dijo otro de los nobles.

Algunas personas más asintieron. Parecía que el control de la asamblea se empezaba a escapar de las manos de Dracón, pero enseguida supo cómo llevarlos de nuevo a su terreno.

—Nobles espartanos. Somos valientes, y el hecho de que los atenienses se resistan no será suficiente para que nos venzan, pero ahora mismo, medio centenar de nuestras naves arden cerca de Atenas. Ayer, nuestros batallones fueron repelidos en las murallas. Un asedio puede durar meses y eso arruinará nuestra economía, todo para enriquecer a unos pocos y perpetuarlos en su posición de tiranos. En otro tiempo, los espartanos fuimos hombres libres, hoy somos poco más que ovejas guiadas por malos pastores. Paremos la guerra, detengamos a Thanos y a sus cómplices. Después, convirtámonos en los garantes de la libertad en todo el mundo griego —dijo Dracón, totalmente metido en su papel.

Se hizo un largo silencio. El público parecía confuso, pero cautivado por las palabras de mi amigo; se escuchó a alguien aplaudir al fondo de la sala. La figura se puso en pie y se dirigió aplaudiendo hasta el estrado. Llevaba el rostro tapado por una amplia capucha. Se detuvo frente a Dracón y dejó de dar palmadas.

En ese momento, dos docenas de soldados entraron en el salón y se apostaron a lo largo de la pared, sin llegar hasta el estrado. Mis amigos y yo nos preparamos para la lucha, pero el desconocido se retiró la capucha y comenzó a hablar. No pudimos hacer nada más que escuchar atónitos sus palabras.

35: Esparta, 28 de hecatombeón de 2200

—Ciudadanos de Esparta, hoy se ha cometido la más vil de las traiciones. Soy culpable de que centenares de espartanos hayan muerto inútilmente. Cuando nos acercamos con nuestros barcos a Atenas, nuestras naves fueron recibidas por el fuego griego. Afortunadamente, habíamos sido advertidos por un amigo de la República, y apenas perdimos seis navíos, cuando podíamos haber dejado en el fondo del río un centenar de barcos. Al conocer tal traición, regresé con diez barcos a Esparta. Los soldados de Dracón ya se han rendido y tenemos la ciudad controlada, pero lo que más me duele es que sea mi propio hijo el que una vez más traiciona a su patria y a su familia —dijo Thanos, inundando con su potente voz todo el salón.

Dracón lo observaba, algo temeroso, pero paulatinamente logró recuperar el control y mirarlo directamente a los ojos.

—Yo no soy el traidor. Es usted, padre, con esta falsa guerra con la que piensa granjearse más poder y el temor de espartanos y atenienses —contestó.

—¿No eres un traidor, hijo? ¿Puedes decirnos quiénes son los soldados espartanos que te acompañan? —preguntó, señalándonos a nosotros.

—Son mis amigos, personas que luchan por la libertad de Esparta, como han luchado por la libertad de Atenas —contestó Dracón.

—Todavía no has entendido que eso es imposible. Si nosotros no los sometemos a ellos, ellos no someterán a nosotros. Puede que no sea con la fuerza de las armas, pero lo harán con sus ideas, con sus inventos y su «progreso». Nosotros queremos dominar el futuro construyéndolo sobre los cimientos del pasado, pero Atenas representa cómo era el mundo antes de la gloriosa era de Esparta. Un lugar peligroso, sin orden, que al final sucumbió a su propia anarquía y debilidad —dijo Thanos.

—No se puede luchar contra el futuro, no podemos vivir anclados en las mismas leyes de nuestros antepasados sin entender que las cosas han cambiado —le contestó Dracón.

—Tus amigos atenienses son la peor enfermedad de esta República. Puede que amañáramos los Juegos de la Guerra, pero fue para impedir que su pestilente influencia llegara a dominarnos. Ahora tenemos la oportunidad de destruirlos para siempre. Detrás de sus murallas lo único que hay es un montón de cobardes. Construiremos otra Esparta en Atenas. Únicamente dejaremos que vivan unos pocos, para que sean nuestros esclavos. El resto morirá. Eso nos dará fama y fortuna, pasaremos a la historia como la gran Esparta, que logró dominar a todo el mundo griego. Esperaba no tener que pronunciar nunca estas palabras, pero... ¡Prendedlos y ejecutarlos! —gritó Thanos, mientras nos señalaba con el índice.

Dracón dio un salto desde el estrado y llegó hasta nosotros. Aprovechando que los soldados estaban pegados y repartidos a lo largo de las paredes, corrimos por el pasillo central. Ellos intentaron cerrarnos el paso, empujando a la gente sentada en las gradas, pero la multitud los estorbaba. Antes de alcanzar la entrada, disparamos varias flechas hasta reducir a los guardias a poco más de seis. Dracón empujó a dos contra la puerta y cayeron al suelo con estrépito. Lo seguimos, disparando flechas y esperando que él nos indicara el camino. Luego corrimos por las calles hasta que vimos unos caballos atados. Saltamos sobre ellos y nos dirigimos al puerto al galope; todavía teníamos una oportunidad de escapar con vida, aunque puede que fuera la última.

36: Escapando de Esparta, 28 de hecatombeón de 2200

Los caballos parecían volar sobre el suelo adoquinado. El sonido de sus cascos retumbaba por toda la ciudad, mientras nuevos soldados salían a cada instante a nuestro paso para intentar detenernos. A veces lográbamos darles esquinazo, otras nos limitábamos a saltar sobre sus cabezas. Poco después habíamos conseguido llegar al puerto. El barco de Dracón estaba rodeado de soldados, por lo que intentamos galopar hasta el final del fondeadero y buscar una barca ligera, de pesca, para huir. Detrás de nosotros, medio centenar de soldados intentaban alcanzarnos. Si queríamos salir del puerto debíamos ser muy rápidos.

A lo lejos vimos una barca que ya había zarpado y se encontraba a unos escasos tres metros de la orilla. Nos dirigimos hacia ella a toda velocidad y logramos contener a los caballos justo en el borde mismo del puerto, desde donde nos lanzamos al mar sin perder un instante. Dracón consiguió caer dentro de la barca, como Urano; los demás nos quedamos justo ante la borda del bote. Nuestros amigos nos ayudaron a subir a bordo, porque las pesadas armaduras parecían querer llevarnos hacia el fondo. Después pelearon con los pescadores que ocupaban la barca y los lanzaron al río.

Remamos con todas nuestras fuerzas mientras desde el puerto recibíamos una verdadera nube de flechas. Cuando estuvimos fuera de su alcance, Dracón buscó el trayecto más corto para regresar a Atenas. Si al menos llegábamos a tiempo, tal vez podríamos poner al ejército de Thanos a nuestro favor.

—Mis hombres me apoyarán —dijo Dracón sin dejar de remar.

—No lo harán. Tu padre lo ha dejado todo bien atado antes de venir a Esparta. El traidor que los advirtió estará al mando de tu ejército. Hemos sido unos ingenuos —dijo Urano.

Todos teníamos una idea clara de quién podía ser ese maldito traidor, pero procurábamos no decir su nombre, hasta que Nereida afirmó:

—Alexandre gobierna ahora tus tropas, estoy segura de que nos ha traicionado.

Tenemos que dirigirnos a Atenas e intentar salvar a la ciudad del asedio.

Dracón frunció el ceño. Alexandre y él eran amigos desde niños. No podía creer que le hubiera fallado. Lo conocía perfectamente y sabía que era eso lo que pensaba.

—Alexandre no ha sido, estoy seguro —comentó furioso.

—¿Quién si no sabía lo del fuego griego, y que vendríamos a Esparta? —le preguntó Urano.

—No puede ser —dijo de nuevo.

—Alexandre ha visto la oportunidad de ocupar tu lugar y la ha aprovechado —afirmó Nereida.

Yo preferí no decir nada, sabía lo difícil que era superar la traición de un amigo.

Dracón agachó la cabeza, como si se diera por vencido. Cuando somos jóvenes nos cuesta creer que los amigos sean capaces de traicionarnos, pero por desgracia muchas veces es así.

Mientras nos aproximábamos a Atenas, no podía quitarme de la cabeza la terrible derrota que se avecinaba. La ciudad no resistiría más de una o dos embestidas del ejército espartano. Nuestra suerte estaba echada y, en cierto sentido, la de todo nuestro mundo. Los espartanos destruirían a su paso cualquier atisbo de libertad, y por ende nuestra cultura.

Una de las cosas que más me martirizaban era que mi padre había quedado de nuevo a su merced. En eso pensaba mientras veíamos el humo que ascendía de Atenas. Una idea me atravesó como un puñal: era la certeza de que no volvería a ver a mi padre con vida nunca más.

Tercera Parte

Huida

37: Camino a Atenas, 28 de hecatombeón de 2200

Las fuerzas no me respondían cuando bajé de la barca. Pensaba en qué le diría a mi madre, en cómo miraría a los ojos a mi hermano y le explicaría que había fracasado de nuevo. Los había decepcionado a los dos. En cierto sentido, nada de lo que pasara tenía mucha importancia, ya que todos moriríamos en unos días. La furia de Thanos, como la de la muerte, terminaría por arrasar Atenas y nuestras vidas.

El puerto estaba sitiado, las murallas rodeadas y la única manera de entrar en la ciudad era por un túnel secreto más al norte, cerca del estadio en el que se celebraban los Juegos de la Guerra. Nosotros éramos de los pocos que conocíamos su ubicación. Caminamos con cautela por la gran explanada. El terreno parecía estar despejado. Estábamos bastante al norte, pero desconocíamos si los espartanos habían extendido sus tropas hasta la frontera.

Nos comportábamos como autómatas, sin mostrar la más mínima emoción y sin cruzar apenas palabra. Cuando llegamos a la entrada del túnel, Nereida, que parecía la más animada de todos, afirmó:

—No podemos rendirnos. Hemos tomado la decisión de luchar por la libertad y a favor de los jóvenes. Toda una ciudad depende de nosotros. Si no creemos en nosotros mismos, ¿qué aliento transmitiremos al resto de los soldados que están dentro de los muros?

Tenía razón, pero esas palabras no eran para mí. No me sentía desanimada por haber malogrado la misión, lo que me desesperaba era la suerte de mi padre, al igual que lo que desesperaba a Dracón era su definitiva ruptura con el suyo.

Encendimos un par de antorchas colgadas en la entrada. Muy pocos conocían los túneles tan bien como nosotros, ya que su vigilancia había sido nuestro cometido en el pasado, pero aun así era difícil orientarse en medio de aquel laberinto.

Después de estar una hora sumidos en una penumbra insoportable, logramos salir a Atenas. La ciudad parecía en peor estado que el día anterior. Numerosos proyectiles

incendiarios habían caído dentro de los muros, dañando muchos edificios. Pericles hacía lo posible por mantener el orden y la moral alta, pero el semblante de muchos de los asediados reflejaba el cansancio y la desesperanza.

Cuando llegamos hasta el cuartel general de Pericles, observamos a una docena de oficiales mirando junto a él los planos de la ciudad y discutiendo la estrategia a seguir. Nuestro amigo se enderezó al vernos y, con una gran sonrisa en la cara, dijo:

—Bienvenidos al infierno, aún quedan unas plazas libres para unos pobres incautos. Por favor, acomodaos.

El humor de mi amigo podía ser muy ácido cuando se lo proponía, pero entendía que era fruto de la presión del mando y la impotencia de no poder hacer más para cambiar las cosas.

Un par de minutos más tarde, se acercó para saludarnos. Fue muy efusivo con Nereida, pero más frío con Dracón, aunque este intentó mostrarle todo su apoyo. Después le narramos brevemente todo lo sucedido, mientras Pericles expresaba su descontento. Las noticias que le traíamos confirmaron sus sospechas.

—Los espartanos conocían nuestros planes. Cuando los atacamos con el fuego griego, enseguida reaccionaron, como si estuvieran sobre aviso. Desde ayer los asaltos han sido continuos, hemos sufrido muchas bajas y el asedio constante de las catapultas está minando mucho la moral de la gente. Lo único que podemos hacer es resistir, pero no tiene mucho sentido. Nadie vendrá en nuestra ayuda y los espartanos pueden sitiarnos durante meses, hasta que el último de nosotros haya muerto de hambre o perforado por el filo de una espada —dijo Pericles, con tono desesperado.

—¿Podríamos buscar aliados? ¿Tal vez un arma muy potente? —comentó Julia.

Todos la miramos sorprendidos. Nuestra amiga había visto lugares que nosotros desconocíamos, tal vez hubiera alguna ciudad que estuviera dispuesta a venir en nuestro socorro.

—No podemos seguir alimentado la esperanza de la gente. Estamos perdidos —dijo Pericles—, lo único que nos queda es rendirnos en las mejores condiciones posibles.

—Si nos rendimos, Thanos destruirá Atenas y nos convertirá en una colonia, y a todos los atenienses, menos a algunos traidores, los pasará a cuchillo o seremos esclavizados —le dije a mi amigo. Todavía tenía muy presente el discurso del general espartano ante la Asamblea.

—La otra opción es luchar hasta la muerte —dijo Pericles.

—Hay varias ciudades que lucharán gustosas contra Esparta, como Filadelfia o incluso Nueva Roma. Los espartanos se están haciendo con todo el comercio del sur y su política de expansión ha pasado de agresiva a criminal. Si les ofrecemos una alianza y los advertimos de que Esparta está desprotegida, por encontrarse asediando a Atenas, quizás nos atiendan —insistió Julia.

Su plan no nos pareció tan descabellado una vez explicado. Intentarlo era mejor que simplemente luchar hasta morir o rendirnos ante los espartanos.

—¿Cuánto tardaríamos en llegar a Filadelfia o a Nueva Roma? —preguntó Pericles.

—En un buen barco, un día y medio hasta Filadelfia, a caballo más o menos lo mismo —comentó Julia.

—Eso no es mucho tiempo, pero ¿cuánto puede tardar un ejército en llegar hasta nosotros para ayudarnos? —preguntó Urano.

El problema no consistía en pedir ayuda, lo realmente importante era si esta llegaría a tiempo.

—Tres días, contando con la preparación. En suma, en unos seis o siete días podríamos estar de vuelta, atacar Esparta y obligar a Thanos a romper el asedio —dijo Julia.

Pericles se puso en pie y caminó pensativo de un lado para el otro. Era difícil saber lo que pensaba, pero sin duda estaba sopesando todas las opciones.

—Podemos resistir seis días, pero dudo que aguantemos más allá de eso. No nos quedan flechas suficientes, tampoco comida ni hombres en condiciones de luchar —comentó Pericles.

—Organicemos hoy mismo la expedición y salgamos al anochecer —dijo Julia.

—Yo conozco algo esos mares y ríos y he llegado más al sur en barco que todos vosotros. Dejadme gobernar la nave y ganará unas horas al océano —se ofreció Dracón.

Mi amigo Pericles clavó la mirada en él. En el fondo no confiaba mucho en Dracón ni en ningún espartano. Su amigo era el que nos había traicionado.

—Un ateniense tiene que dirigir la expedición. ¿Cómo se fiarán esos extranjeros de unos espartanos que les piden ayuda para luchar contra Esparta? —dijo Pericles.

—¿Quién mejor que tú para capitanear la misión? —le pregunté a mi amigo.

—Yo tengo que cuidar de la defensa —me recordó.

—Yo me encargaré de la defensa, todo está organizado y te aseguro que podré afrontarlo —dijo Urano, poniendo una mano sobre el hombro de mi amigo.

Pericles lo pensó unos instantes, y al final accedió a liderar la expedición. Sin duda creía que nadie podría conseguirlo excepto él.

—Además de diez soldados de mi elección, viajarán con nosotros Helena, Nereida, Julia y Dracón. Será difícil salir del puerto, nuestros barcos están rodeados por los de nuestros adversarios, por lo que la única solución es robar uno de sus barcos y escapar de incógnito. Será mejor que lo preparemos todo —ordenó Pericles.

—Perfecto, pero permitidme que antes vea a mi madre. Tengo que comunicarle una mala noticia —dije con la voz entrecortada.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Julia.

—Claro, por qué no.

Mientras nos dirigíamos a la casa de mi madre, no podía dejar de pensar en que aquel viaje era el más desesperado de los que habíamos realizado nunca, pero a veces la audacia consiste en llegar un poco más lejos de lo que se espera de nosotros.

Atenas estaba perdida sin un ejército extranjero que acudiera a socorrerla y nosotros teníamos que intentarlo al menos.

38: Atenas, 29 de hecatombeón de 2200

No me atreví a ver a mi madre aquella noche. A mitad de camino le pedí a Julia que regresáramos. Tenía la sensación de que no podría hablar con ella sin desmoronarme. Por eso le mandé una nota en la que le explicaba mi marcha y lo que había sucedido con mi padre. Tardé un buen rato en escribir aquellas pocas líneas. Sentía que la estaba traicionando en parte y que le había fallado.

A medianoche, aprovechando el cese de los combates y el silente caos que quedó en el campo de batalla, bajamos por la zona más cercana al río. Ya habíamos pasado desapercibidos al llegar hasta el campamento espartano el día anterior, pero ahora la misión era mucho más peligrosa.

El ejército espartano triplicaba al que tenía Dracón bajo su mando; por si esto fuera poco, robar una nave en un puerto de guerra enemigo era una misión casi imposible. Dracón confiaba en poder convencer a alguno de sus camaradas para que nos permitiera llevarnos una sin llegar a luchar ni montar un escándalo, aunque sabíamos que eso podía costarle la vida y que las noticias de nuestro fracaso en Esparta ya habrían llegado al campamento.

Cuando nos aproximamos al puerto, Dracón nos dijo algo que nos inquietó:

—Creo que sé cómo conseguir un barco sin peligro. Buscaré a Alexandre y lo obligaré a que nos dé uno de los de su flota.

—Eso es una locura, pondría a todos sobre aviso, sabrían que vamos a Filadelfia y Nueva Roma para pedir ayuda —le comenté.

—Él vendría con nosotros —comentó Dracón. Su respuesta me pareció aún más inquietante.

—No necesitamos a un traidor en nuestras filas —dijo Pericles muy enfadado. No soportaba la presencia del espartano, pero mucho menos que intentara tomar la iniciativa y quisiera incluir a un traidor en nuestro viaje.

—Pensadlo bien. Si nos llevamos a Alexandre, el ejército quedará descabezado

hasta que llegue mi padre. Sin ataques, Atenas podrá resistir aún más tiempo. Pero antes, quiero encargarme de las catapultas —anunció Dracón.

—¿Estás loco? Eso despertará a todo el campamento —objetó Pericles.

—Por eso mismo; provocará el caos y además permitirá que los sitiados aguanten un poco más. Junto a las catapultas está la sustancia que usan para que ardan los proyectiles. Si le prendemos fuego, todo saltará por los aires —nos explicó Dracón. Seguramente el peor enemigo que podía tener un ejército era a su propio general. Dracón conocía perfectamente las debilidades de los espartanos.

Mis dos amigos estaban tan tensos que me puse en medio, temiendo que pasaran a las manos en cualquier momento. Al final, Pericles entró en razón; era consciente de que Dracón sabía lo que hacía.

—Yo me encargaré de las catapultas con Julia y Helena, vosotros id a por Alexandre. Nos veremos dentro de media hora en el puerto de la flota espartana —propuso Nereida.

—Es un buen plan —le dije.

Pericles frunció el ceño, pero al final tuvo que reconocer que no era mala idea. Cuanto más daño infligiéramos a los espartanos, más tiempo tendríamos para realizar nuestra misión.

—Está bien, pero tened mucho cuidado —dijo Pericles.

—Gracias —contestó Nereida.

—Me pongo a tus órdenes mientras estemos en el campamento espartano —le dijo Pericles a Dracón.

Este sonrió, siempre les costaba confiar el uno en el otro, pero sabían que juntos serían casi invencibles.

Al final los ánimos se calmaron y nos dividimos en dos grupos. Me resultó muy difícil separarme de Pericles y Dracón, eran dos de las personas a las que más quería en este mundo, pero confiaba en que al final primara entre ellos el sentido común.

39: Campamento espartano, 29 de hecatombeón de 2200

En total fuimos ocho los que nos acercamos hasta las catapultas para inutilizarlas. Además de nosotras tres, nos acompañaban cinco soldados atenienses. Nereida se aproximó al oficial al mando de las catapultas como si fuera la oficial de una patrulla de vigilancia. No estoy segura de qué le dijo, pero lo convenció para que dejara las catapultas y se alejara con sus hombres.

—¿Qué le has dicho? —le pregunté intrigada.

—Las órdenes han sido simples. Les comenté que el general Alexandre había mandado a todos los oficiales reunirse junto al muro norte para un ataque sorpresa. Cuando se den cuenta del engaño, ya estaremos muy lejos de aquí. Ayúdame a extender la brea y el aceite, que no queden ni las cenizas de las catapultas —nos pidió Nereida.

Las máquinas eran gigantescas. Una docena de potentes catapultas que estaban machacando la moral de la ciudad y destruyendo extensas partes del muro. Lancé el combustible con ganas, odiaba aquellas máquinas con toda mi alma. El hombre parecía tener la capacidad innata de diseñar máquinas mortíferas para autodestruirse. Si empleara toda esa fuerza para crear algo bueno en vez de herramientas de devastación, el mundo sería mucho mejor.

Nereida tomó una de las antorchas y la acercó al aceite.

—Alejaos, es muy peligroso. Esto arderá rápidamente y enseguida vendrán a ver qué sucede —nos advirtió.

—Te cubriremos con nuestros arcos por si alguien intenta atacarte.

Nos alejamos a toda prisa y nos pusimos a cubierto.

Nereida lanzó la antorcha a una de las catapultas y comenzó a correr. El fuego se extendió rápidamente, llegando hasta la última de las mastodónticas máquinas en unos pocos segundos. Después, corrió hacia nosotros, pero la explosión la pilló a medio camino. Se lanzó al suelo y se cubrió la cabeza mientras fragmentos de

madera, hierro y piedras caían por todas partes. Cuando el polvo se disipó, Nereida estaba cubierta por completo de escombros y yacía inconsciente.

40: Campamento espartano, 29 de hecatombeón de 2200

—¡Cúbreme! —le grité a Julia mientras corría para socorrer a Nereida, pero por un callejón que formaban dos hileras de tiendas vi que se aproximaba una patrulla. Era imposible llegar hasta mi amiga y cargármela a la espalda antes de que la patrulla nos viera.

Por unos momentos no supe qué hacer. No podía dejar a Nereida tirada en mitad del campamento, ya que ignoraba si se encontraba malherida; además, si los espartanos la capturaban, la ahorcarían por traición.

Escuché el silbido de varias flechas detrás de mí. Nuestros soldados reaccionaron y tres espartanos cayeron en el acto, pero el resto se puso en guardia. Corrí hasta Nereida, retiré las maderas y la puse sobre mi hombro.

Los espartanos comenzaron a lanzarnos flechas y varias pasaron rozándome, pero no me dieron. Cuando llegué hasta Julia, dejé el cuerpo inerte sobre un montículo. Una de las flechas la había alcanzado. Estaba malherida, pero todavía respiraba.

—No podemos llevarla con nosotros —dijo uno de los soldados.

—Pero tampoco podemos dejarla aquí —le contesté nerviosa.

—No tenemos alternativa —dijo otro de los chicos, encogiéndose de hombros.

Nuestros atacantes parecían multiplicarse. El fuego de las catapultas podía verse desde todo el campamento y los había atraído como moscas a la miel. Teníamos que escapar antes de que nos rodearan por completo y nos impidieran llegar hasta los barcos.

Miré a mi amiga. Al final, Nereida abrió los ojos y me sonrió. No podía hacer nada por ella, únicamente pedir a los dioses que la guardara hasta nuestro regreso.

—Será mejor que me dejes aquí. A veces hay que morir para dejar paso al nacimiento de algo nuevo. Al menos he vivido mis últimos días como una mujer libre —dijo mi amiga con su último aliento.

Noté que el corazón se me desgarraba. Yo la había involucrado en aquella misión

suicida. Me sentía responsable de su muerte. Aunque a veces tenemos que asumir que cada uno es dueño de sus decisiones, a pesar de que alguien pudiera influir en ellas.

—Larguémonos de aquí —dijo uno de los soldados, mientras me cubría con su escudo. Las flechas no dejaban de caer sobre nosotros y era solo cuestión de tiempo que nos alcanzara una.

Julia me miró con tristeza. Sabía lo que sentía por mi amiga y lo duro que es separarse de aquellos a los que amamos.

—Vámonos, Helena —me dijo, poniendo una mano sobre mi hombro.

Miré por última vez a Nereida. Me sentí desamparada, como si el pequeño mundo en el que vivía se estuviera resquebrajando por momentos. Solté su mano y seguí a mis compañeros. Corrimos por la explanada, intentando esquivar las flechas, pero una de ellas hizo diana en un soldado.

Nereida era la que conocía perfectamente el camino, tendríamos que orientarnos en mitad de aquella inmensa ciudad de tiendas sin ella. Fuimos zigzagueando para despistar a nuestros enemigos, y al final vimos el puerto al fondo de una larga avenida.

Media docena de soldados espartanos nos cortaron el paso, logramos eliminar a dos, pero se unieron más a nuestros enemigos, formando una pared que no éramos capaces de atravesar. Nuestros perseguidores estaban a punto de alcanzarnos; si nos quedábamos entre dos fuegos, no aguantaríamos mucho su ataque.

Entonces cuatro espartanos se derrumbaron de repente. Desde uno de los barcos, nuestros amigos lanzaban flechas para abrirnos un pasillo. Corrimos hacia el barco, pero otro de nuestros hombres cayó muerto. Cuando llegamos a bordo, quitamos la pasarela y el barco comenzó a separarse lentamente del puerto.

Un grupo de soldados espartanos trató de subir a bordo, pero logramos mantenerlos fuera. Cada vez llegaban más. Entonces vi que Dracón tomaba uno de los tubos de hierro y comenzaba a lanzar el fuego griego sobre los espartanos, que se alejaron, espantados, del navío.

Cuando logramos salir al río, la corriente y el viento nos alejaron rápidamente de la costa. Pusimos rumbo al sur. Habíamos logrado robar un barco y retrasar el asedio de Atenas, pero habíamos pagado un alto precio.

Me dirigí a la proa y observé cómo se acercaba, inexorable, el amanecer. Lo más terrible de la muerte era que no impedía que la vida prosiguiera. Los que faltaban se convertían en fantasmas, como si nunca hubieran existido, pero el resto seguía representando su papel, como en una mala tragedia. Un día sucedía a otro, mostrando toda su belleza, mientras que nuestro cuerpo muerto se pudría sin esperanza, ya fuera en un féretro o en el fondo del océano. Qué poco importantes éramos para el universo, pero qué únicos e irremplazables para aquellos que nos aman.

Las Moiras jugaban con nuestras vidas como si fuéramos peones de una gran partida, y cada peón resultaba imprescindible para alcanzar la victoria, aunque fuese a través de su sacrificio. Atenas estaba casi perdida, pero nosotros nos resistíamos a

reconocerlo. Pensábamos que podíamos cambiar el destino, teníamos que creerlo. En eso consistía nuestra esperanza, ya que esa hermosa palabra significaba sencillamente negarnos a aceptar que nada podíamos cambiar y que todo estaba ya escrito.

41: Rumbo al sur, 29 de hecatombeón de 2200

Me quedé dormida sobre la borda. Estaba tan cansada y triste que apenas reaccioné hasta que la brisa matutina me caló los huesos y me hizo despertar tiritando. Miré hacia el interior del barco. Allí estaban Pericles, Julia y tres de los soldados. Todos acurrucados, para entrar en calor. Me asusté al no ver a Dracón, pero cuando levanté la vista lo descubrí al mando del timón.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Julia acercándose a mí.

—La verdad es que no muy bien, tal vez debería acostumbrarme a las desgracias, pero no consigo hacerlo. En estas últimas semanas he perdido a mucha gente querida —le contesté.

Nos sentamos sobre unos barriles y Julia comenzó a contarme lo que le había sucedido tras abandonar Nueva Roma.

—Te entiendo —me dijo—. Yo estoy sola en el mundo, pero aún echo de menos a muchos de los míos. Cuando escapé de mi ciudad natal, pasé mucho tiempo sola. Cazaba animales pequeños, aprendí a hacerme un arco y a usarlo, también a distinguir las plantas comestibles de las que no lo eran, pero cuando llegó el invierno y la mayoría de los animales se cobijaron en sus madrigueras, yo no tenía nada para comer y me moría de frío. Un día estuve intentando cazar algo durante horas, sin resultado, y me dejé caer en la nieve. Mi cuerpo se negaba a seguir luchando, pero sucedió algo inesperado. Noté cómo alguien tapaba la luz que me iluminaba el rostro. Abrí los ojos y allí estaba un chico algo mayor que yo. Me sonrió, como si yo simplemente estuviera tumbada al sol, después me tomó en brazos y me llevó hasta su cabaña.

—Es increíble, si no hubiera sido por él estarías muerta —intervine.

—El destino lo quiso así. Me refugié en su cabaña todo el invierno. Me enseñó a pescar, a cocinar y a seguir el rastro de un animal. Todo aquello me fue muy útil cuando volví a quedarme sola —contó Julia.

—¿Qué pasó con el chico? —le pregunté, intrigada.

Julia me miró con los labios fruncidos, luego desvió su perfil hacia el océano. Sus ojos brillaron unos momentos, antes de animarse a responder:

—Una mañana salí a pescar. Lo cierto es que la pesca fue un desastre, regresé casi dos horas después del mediodía, con dos pececillos insignificantes. Al acercarme al claro en el que estaba la cabaña, vi humo. Al principio pensé que se trataba de la chimenea, aunque me extrañó que mi amigo la encendiera ya entrada la primavera, pero cuando observé lo negro que parecía el humo, me di cuenta de que algo malo estaba pasando. Corrí hasta la cabaña. Él estaba fuera, tenía varias flechas clavadas en el pecho y la casa ardía por los cuatro costados. Unos ladrones lo habían atacado y lo habían asesinado. Me puse de rodillas a llorar sobre su cuerpo inerte. Tuve que enterrarlo y continuar con mi camino.

—¿Cómo se llamaba tu amigo? —le pregunté.

—No lo sé, era mudo. Al parecer alguien le cortó la lengua de pequeño. Nunca pudimos cruzar una palabra, y en cambio con un simple gesto podíamos llegar a saber lo que el otro pensaba —me dijo.

Entonces entendí por qué Julia me contaba aquella historia. Quería que supiera que no era la única persona en el mundo que estaba sufriendo. Por desgracia, la tierra está llena de injusticias. Muchas de ellas quedan impunes, pero al menos nosotros tenemos la fuerza para sobreponernos e intentar hacer de este mundo un lugar mejor. Podíamos intentar cambiar las cosas, puede que no lo consiguiéramos, pero al menos debíamos intentarlo. Aquel no era un viaje desesperado, se trataba de la oportunidad de hacer justicia por mi padre, por mi amiga y por todos los que habían muerto sin merecerlo, de otra manera su muerte habría sido en vano.

42: Camino a Filadelfia, 29 de hecatombeón de 2200

En las orillas del continente, los interminables bosques se extendían por el horizonte. Cielo, océano y el verde de la foresta fue todo lo que vimos durante la primera jornada. Por la noche, Julia preparó una exquisita cena y tras comer vorazmente nuestro primer plato caliente en días, comenzamos a charlar.

—Mañana llegaremos a Filadelfia. Nadie parece habernos seguido y el océano está en calma —dijo Dracón.

No lo había visto en todo el día. Él había evitado quedarse a solas conmigo, tal vez para no importunarme. Sentía que había hecho bien al respetar mi soledad, pero al mismo tiempo hubiera preferido sus abrazos que la compañía de cualquier otro. No era necesario que me dijera nada, simplemente que me tuviera acurrucada mientras mi cabeza se olvidaba por unos momentos de todo y de todos.

—Llevamos cartas de alianza de Atenas, seguramente sabrán que estamos en guerra. Todo el comercio está afectado por la contienda, esperemos que estén de acuerdo y quieran aliarse con nosotros —dijo Pericles.

—¿Tú has estado alguna vez en Filadelfia? —le preguntó Dracón a Julia.

—Sí, dos o tres veces. Es la ciudad más peculiar que he conocido. Tienen una gran muralla, pero no hay nadie controlando el tránsito de personas y mercancías en las puertas. Nunca he visto soldados patrullando, tampoco hay muchos pobres. Uno tiene la sensación de que todos los ciudadanos viven más o menos igual. Sus habitantes son generosos y hospitalarios. Un lugar misterioso... Tal vez por eso se llamen así, como si quisieran aludir a la hermandad de todos los hombres —comentó Julia.

—La antítesis de Esparta —apuntó Pericles.

—Atenas tampoco es una república perfecta. Tenéis esclavos, un sistema de clases y muchos pobres —dijo Dracón, algo molesto.

—Pero si no poseen un ejército, no podrán servirnos de gran ayuda —dijo

Pericles, volviendo al tema anterior para eludir la polémica.

—No he dicho que no tengan ejército, lo que digo es que no lo necesitan para mantener el orden en la ciudad. Cuando le pregunté a uno de los ciudadanos a los que le estaba vendiendo mis cachivaches, me comentó que la ciudad se defendía con lo que llaman la milicia. Todos los ciudadanos tenían el deber de luchar por su ciudad y se entrenaban periódicamente para tener a punto su ejército. También tienen algunas armas increíbles, como las lanzas de fuego —comentó Julia.

—Nosotros tuvimos algo así. Lanzaba un rayo que podía fulminar a una persona —recordé.

—Ellos se defienden con espadas y arcos como nosotros, pero algunos batallones están armados con esas lanzas de fuego que pueden matar a distancia —dijo Julia.

Al menos sabíamos algo de los habitantes de Filadelfia, aunque teníamos la duda de si se pondrían de nuestra parte.

—¿Qué idioma hablan? —preguntó Dracón.

—Un idioma antiguo, lo llamaban inglés. Es igualmente la lengua que utilizamos en Nueva Roma, aunque también aprendemos el griego —comentó Julia.

Me sentía intrigada. Estaba deseando conocer esa ciudad en la que no había pobreza y todos los hombres y las mujeres eran iguales. Me parecía una utopía irrealizable. La injusticia estaba en el corazón humano, como el egoísmo.

—¿Dónde está Alexandre? —le pregunté a Dracón. No lo había visto en ningún momento, pero imaginaba que se encontraba dentro del barco.

—Está en las bodegas. No hemos cruzado palabra. Lo mantengo con vida porque soy incapaz de matar a alguien a sangre fría. Cuando regresemos a Esparta, haré que lo juzguen por traición —dijo Dracón, encogiéndose de hombros. Era evidente que prefería no hablar del tema.

Cuando terminó la conversación, me levanté de la mesa y salí de nuevo a la cubierta. Me encantaba observar el cielo estrellado en una noche despejada como aquella. Me acerqué a la proa y levanté la mirada. Las pequeñas luces del firmamento palpitaban sobre nuestras cabezas. Pensé en lo hermoso que era el mundo cuando no intervenía el ser humano. Entonces noté que alguien se acercaba.

—Sabes que lamento más que nadie lo de Nereida, era la única amiga que me quedaba en Esparta, pero no quise que te preocuparas también por mí, pensé que era mejor que se calmara un poco tu dolor antes de que habláramos —dijo Dracón.

Me giré y contemplé su hermosa cara morena, aunque lo que realmente me gustaba de él era su carácter noble y leal.

—No te preocupes, ya estoy mejor. Al menos tú pareces encontrarte bien —le respondí.

—Fue muy difícil capturar a Alexandre. Su tienda estaba custodiada por varias patrullas, tal vez tenía miedo de que lo buscásemos. Conseguimos pasar todas las barreras, aunque no podíamos llegar hasta su tienda, pero al producirse la explosión, muchos de los soldados corrieron hacia el fuego. Los pocos que se quedaron estaban

tan sorprendidos con vuestro ataque que no costó mucho neutralizarlos y capturarlo —me relató Dracón.

—¿Qué dijo cuándo os vio? —pregunté.

—Se puso pálido, gritó para que la guardia fuera en su ayuda, pero ya los habíamos neutralizado. Le pusimos un saco en la cabeza, quemamos todos los planos y corrimos hacia el puerto. Al llegar vi a uno de mis oficiales más fieles, le pedí que nos facilitara un barco y accedió enseguida, después os vimos y el resto ya lo conoces —dijo Dracón.

—Llegasteis justo a tiempo —señalé.

—Tenía tanto miedo de que te hubiera sucedido algo malo...

—Por alguna misteriosa razón, los dioses me protegen, aunque descuiden tanto a las personas que amo —le dije.

—¿Cómo se encontraba mi abuela? —Me sorprendió que me preguntara algo así justo en ese momento. Aunque imaginé que la conversación le había recordado que ella también estaba en peligro.

—Se encuentra bien. Mi madre cuidará de ella. Espero que lleguemos a tiempo, antes de que Atenas sucumba.

Estaba tan cerca de mí que notaba hasta su aliento. Mi piel me pedía a gritos que me acurrucara entre sus brazos.

—Nunca pensé que mi vida pudiera cambiar tanto. Nací para ser espartano, mi padre tenía preparado para mí un futuro lleno de privilegios y placeres. Mi esposa habría sido una espartana noble, que me diera hijos fuertes y valientes... aunque a los cuatro años tuviera que separarme de ellos y tener que observarlos desde lejos. Pero cuando te conocí, todo eso cambió. Ya no tengo patria ni linaje, mi padre me abomina. No soy espartano, tampoco me queda futuro. Aunque lo más sorprendente de todo es que no me importa, tú eres lo único que no quiero perder —dijo con unas palabras tan dulces que su voz me pareció una caricia suave.

Alargué mis manos y toqué la cara de Dracón, después lo abracé. Su corazón latía tan fuerte como el mío. Unidos podíamos superar cualquier obstáculo y enfrentarnos a todo peligro que se nos pusiera por delante. Muy pronto, nuestro amor sería puesto a prueba, porque el destino siempre juega con los pobres mortales, pero ya no le tenía miedo.

43: Filadelfia, 30 de hecatombeón de 2200

Nunca había visto un puerto tan hermoso como el de la ciudad de Filadelfia. Los barcos estaban alineados en filas perfectas, los almacenes de descarga estaban tan limpios como algunos palacios de Atenas. Sus habitantes llevaban ropas de telas finas y brillantes, y nadie parecía triste ni abatido en aquel lugar.

Nuestro barco espartano parecía desentonar en el puerto. La madera del casco estaba pintada de negro, sus velas eran marrones y la monstruosa cabeza que presidía el mascarón de proa parecía asustar a los viandantes, que se acercaban al puerto para observar los objetos que traían los navíos de los comerciantes.

Bajamos del barco con nuestras ropas militares espartanas. Todos nos miraban con desconfianza, hasta que un oficial con una decena de soldados desarmados se acercó a nosotros.

—Espartanos, sed bienvenidos a Filadelfia. ¿Cuál es la razón de vuestro viaje? Sabemos que estáis en guerra contra los atenienses. ¿Acaso os falta alguna mercancía que podamos venderos? —nos preguntó el oficial.

—A pesar de estas ropas y el barco, no somos espartanos, somos atenienses y traemos cartas para vuestro Consejo, de parte del Consejo de Ancianos de la ciudad de Atenas —contestó Pericles.

El oficial nos miró algo sorprendido, pero después nos pidió que lo siguiéramos. Tras cruzar el puerto nos adentramos tras la muralla de la ciudad. Al otro lado, las calles rectas e interminables, flanqueadas por hermosas casas de ladrillos, parecían diseñadas por los mismos dioses. Después de unos diez minutos de caminata, atravesamos un gran parque y llegamos a una plaza octogonal; justo enfrente había un hermoso edificio con un increíble frontón y unas majestuosas columnas corintias.

Los soldados se detuvieron al pie de la escalinata y el oficial nos acompañó hasta el interior. El inmenso recibidor de mármol blanco daba a una gran escalera central y dos galerías laterales. Caminamos por la de la izquierda y topamos con una gran

puerta cerrada.

—Tienen que dejar sus arcos y espadas al soldado, no se puede entrar en un edificio público armado —comentó el oficial.

Lo miramos extrañados, pero obedecemos. El oficial llamó al gran portalón, entró en el despacho y tardó unos segundos en salir.

—Que pase el jefe. Pueden acompañarlo dos personas —dijo el oficial.

Entramos en el despacho Pericles, Dracón y yo. La habitación era muy grande, las paredes estaban forradas de estanterías y de unos extraños pergaminos cuadrados. Al fondo, sentado en una mesa, había un hombre completamente calvo, muy delgado y vestido con lo que parecía una larga túnica de color púrpura.

—Les pido disculpas por lo ostentoso de este despacho, pero este edificio es herencia de nuestros antepasados. El uso que se le daba hace siglos era muy distinto. Aquí estaba el museo de arte de la ciudad.

—Gracias por recibirnos tan rápido —dijo Pericles.

—Imaginé que se trataba de un caso urgente. No todos los días llega una comisión de atenienses disfrazados de espartanos —dijo el hombre con cierta ironía.

—Es una larga historia —dije.

—Perdonen que no me haya presentado, mi nombre es Peter Walker, soy el alcalde de la ciudad. Tenemos una tranquila comunidad que poco a poco va floreciendo. Tras la gran guerra del 2070, la población de Filadelfia menguó casi hasta la extinción, ya saben que la costa este se quedó deshabitada por un tiempo —explicó el alcalde.

Nos quedamos boquiabiertos escuchando sus palabras. Nunca nos habían hablado de nada de lo sucedido con anterioridad a la fundación de nuestras ciudades.

—Veo que no saben de lo que les estoy hablando. Disculpen, a veces no me doy cuenta de que ustedes no conocen el pasado de este viejo país —dijo el alcalde.

—Para nosotros es como si Esparta y Atenas hubiesen existido siempre —dijo Dracón.

—Entiendo, cuando se tuvo que repoblar la costa este de Estados Unidos, muy poca gente quiso instalarse en la zona radioactiva, a pesar de que con el tiempo los índices de radiación se habían vuelto tolerables. Por eso, muchos de los pioneros fundaron sus ciudades siguiendo un credo o una pasión. El fundador de Atenas, como tal vez sepan, era un profesor enamorado de la literatura clásica, por eso construyó esa ciudad con las pautas del mundo clásico. Aunque se permitió algunas alteraciones —dijo el alcalde.

No hicimos ningún comentario, por eso se puso en pie y, mirando por la ventana, nos dijo:

—Les propongo que descansen un poco y en la cena me cuenten la razón de su viaje. Les daremos alojamiento en este palacio. No se dejen abrumar por su esplendor, no son más que unas viejas paredes que conocieron mejores tiempos. Mañana podrán exponer su petición ante nuestro parlamento.

—Gracias —dijo Pericles.

—Les deseo una feliz estancia —comentó el alcalde. Después llamó al oficial que continuaba esperando en la puerta y le dio unas indicaciones.

Salimos del despacho y el oficial nos llevó a nuestras habitaciones. Estábamos sorprendidos del trato cortés de los habitantes de Filadelfia. Gracias a ello pudimos asearnos, cambiar nuestras ropas espartanas por algo más cómodo y relajarnos un poco.

Mientras me daba un baño caliente, intenté imaginar cómo sería nuestra vuelta a Atenas con un ejército poderoso, que destruyese para siempre las ambiciones de nuestra enemiga Esparta.

44: Filadelfia, 30 de hecatombeón de 2200

Todo parecía demasiado irreal en Filadelfia. Mientras nuestro mundo se hundía en Atenas, nosotros asistíamos a una cena elegante en el mejor edificio de la ciudad. ¿Cómo podía disfrutar del hecho de lucir un bello vestido mientras mi pueblo sufría? Aún no entendía las sutilezas de la diplomacia. Las relaciones entre los países son similares a las que surgen entre las personas. El alcalde necesitaba conocernos antes de tomar una decisión tan importante como llevar a su pueblo a la guerra, pero yo en ese momento no lo entendía.

Julia entró en mi habitación con un precioso vestido largo color pistacho. Estaba guapísima, siempre la había visto con sus ropas de trampera o con uniforme, pero me impresionó con aquel traje de gala.

—¿Qué te parece? —me preguntó, emocionada.

—Creía que no le dabas importancia a este tipo de cosas —le dije, intentando hacerla rabiar.

—Llevaba mucho tiempo sin arreglarme, pero imagino que es algo que nunca deja de gustarnos a las mujeres, ¿no crees?

Miré mi traje blanco y ceñido. Me veía muy rara, pero al mismo tiempo tenía la misma sensación que mi amiga. Tal vez con la diferencia de que interiormente me sentía de luto, aunque no lo reflejasen mi atuendo y mi semblante.

—Tal vez sea demasiado... —dije sin saber cómo definir el traje.

—Te queda muy bien. Seguro que a Dracón le encantará verte engalanada con ese precioso vestido —dijo Julia.

Salimos al pasillo central y esperamos a nuestros acompañantes. Dracón y Pericles aparecieron con unas hermosas túnicas púrpuras ribeteadas de oro. Al verlos aseados y tan elegantes, mi sensación de que estaba en una fiesta se acrecentó. No podía ser malo que nos divirtiéramos un poco. Últimamente todo había sido sufrimiento y dolor. Estábamos allí en misión oficial, pero el protocolo nos exigía esa

etiqueta y por unas horas podíamos olvidarnos de la guerra.

Bajamos por la escalinata de mármol y un sirviente nos indicó el camino hasta un gran salón. Allí habían dispuesto una mesa ricamente decorada para veinte comensales. Los candelabros de oro, la cubertería de plata y unos preciosos platos de porcelana, adornados con ramilletes de flores.

Una pequeña orquesta amenizaba el acto. Los comensales estaban de pie, charlando amigablemente unos con otros, cuando entramos en el salón. Todos nos miraron sorprendidos, como si observaran a un grupo de salvajes disfrazados de gente civilizada.

El alcalde se aproximó a nosotros y nos presentó a todo el mundo. La mayoría eran representantes políticos y algunos comerciantes importantes. Diez minutos más tarde estábamos todos sentados a la enorme mesa.

—Por favor —dijo el alcalde pidiendo silencio—, dejen que proponga un brindis por nuestros queridos invitados. Los infortunios de la guerra os han traído hasta nuestra amada ciudad, que la amorosa canción de la paz vuelva a sonar en vuestros corazones.

Chocamos las copas y después nos sentamos. El alcalde presidía la mesa. A un lado tenía a Pericles y al otro a Dracón, después los seguían por orden un par de altos funcionarios y luego Julia y yo.

—Espero que disfruten de la velada. No queremos parecer frívolos, estamos preocupados por la guerra entre Esparta y Atenas. Sabemos que si Esparta gana, su ambición no se detendrá con el exterminio de su principal enemigo. Estamos preparados para la guerra, aunque somos muy reacios a ella. Llevamos más de ciento cincuenta años de paz y es muy difícil convencer a nuestros ciudadanos de que una guerra contra Esparta a favor de Atenas puede favorecernos en algo —dijo el alcalde, mostrándose sincero con nosotros.

—Entiendo su posición, pero como bien dice, si no actúan preventivamente, Esparta vendrá, atraída por sus riquezas —dijo Pericles.

El alcalde frunció el ceño, como si aquel comentario no le gustara lo más mínimo. Después los camareros comenzaron a servir el primer plato. Durante unos instantes los comensales se limitaron a disfrutar de la sopa.

Tras un poco de charla intrascendente, Peter Walker empezó a hablarnos de su ciudad:

—En Filadelfia tenemos una democracia directa. Cada decisión pasa por la asamblea, el poder ejecutivo tiene unas funciones muy limitadas. No tenemos partidos, por lo que nos vemos obligados a convencer a cada ciudadano. Cuando se nos plantea un problema tan importante como este, convocamos un referéndum —comentó.

—¿Cuánto puede demorarse la toma final de la decisión? —preguntó Dracón.

—Un mes, tal vez dos —contestó el alcalde.

—Eso es muchísimo tiempo. En cinco días Atenas caerá, si es que resiste tanto —

le respondí, desanimada.

—¿No hay otra manera? —preguntó Pericles.

—Nosotros únicamente podemos proponerle las iniciativas al Parlamento. Aunque tal vez haya otra vía. Si nos demuestran que los espartanos están conspirando para atacar Filadelfia, como representantes de la ciudad, podríamos declararles oficialmente la guerra sin pasar por un referéndum —dijo el alcalde.

Se hizo un breve silencio. Imagino que todos estábamos pensando en que no sería tarea fácil demostrar algo así.

—Filadelfia iba a ser el segundo objetivo de Esparta tras la caída de Atenas —dijo Dracón.

El alcalde lo miró sorprendido, como si no hubiera entendido bien sus palabras.

—¿Cómo puede saber algo así? —preguntó el alcalde.

—Soy Dracón, hijo de Thanos, general de los espartanos. Estaba al corriente de todos los planes bélicos de mi ciudad. Puedo jurar que en las reuniones del alto mando, antes de la invasión de Atenas, se habló de la ocupación de Filadelfia por su riqueza, pero también por su mal ejemplo, por su carácter de ciudad libre en la que los propios ciudadanos se ocupaban de la educación de sus hijos y en la que se ensalzaban valores corrompidos, como la igualdad o el reparto de la riqueza, que en un futuro podrían contagiar a los espartanos —explicó Dracón.

—Eso lo cambia todo. Necesito su declaración por escrito. Sabiendo esto, no podemos más que proponer una guerra inminente contra los espartanos —dijo el alcalde.

Aquella sencilla frase nos alegró tanto que disfrutamos del resto de la velada como si se tratara de una fiesta en la que nosotros éramos los invitados de honor. Todos éramos conscientes de que con la ayuda de Filadelfia podríamos ganar la guerra y terminar de una vez por todas con la amenaza de Esparta. Parecía que al final nuestros planes comenzaban a dar resultado.

45: Filadelfia, 1 de metagitnión de 2200

Aquella noche dormí de un tirón. No descansaba en una cama tan cómoda desde que era niña. Los lechos de los barracones de los jóvenes solían ser simples colchones de paja, con sábanas bastas y sin almohadas. Además, nos hacinaban en grupos de cincuenta, por lo que siempre había alguien enfermo que se pasaba la noche gimiendo o tosiendo.

Me asomé a la ventana y disfruté de las vistas en ese espléndido día soleado. Las tormentas de verano nos estaban dando una tregua y en el cielo azul no se veía ni una nube. Respiré hondo y el aroma de las flores del amplio parque inundó mi nariz. Intenté atrapar ese momento. La vida ya tenía suficientes cosas malas como para no pararse a apreciar las buenas.

Me vestí con el uniforme espartano y llamé a la puerta de Julia. Habíamos llegado tarde de la fiesta y apenas cruzamos palabra antes de meternos a descansar en nuestras respectivas habitaciones.

—Hola, Helena, pasa. Todavía estoy a medio vestir —dijo mi amiga con un largo bostezo.

Entré en su habitación y la esperé sentada sobre la cama mientras se preparaba.

—Anoche bailaste mucho, ¿eh?

—Si te soy sincera, es mi primer baile. Lo cierto es que no sabía ni lo que hacía, me limité a imitar a los demás —comentó Julia.

—Pues para ser tu primera vez, lo hacías con mucha soltura —le dije sonriente.

—Es más fácil cuando no conoces a nadie en la fiesta. A la mayoría de esa gente no la volveré a ver, me importa poco lo que pensarán de mí —dijo mientras se colocaba la armadura.

—Eso es cierto, aunque yo no puedo evitar mi timidez.

Mientras Julia terminaba de trenzarse el pelo, advertí que su mirada se ensombrecía de repente.

—Hoy será el día en el que se proclame la declaración de guerra. En este momento, Pericles y Dracón están con el alcalde —dijo Julia.

—¿Cómo? ¿Por qué no nos han avisado?

—No juzgaron que nuestra presencia fuera necesaria. Un oficial me aconsejó que aprovecháramos la mañana para descansar —contestó Julia sin darle demasiada importancia.

—Creen que somos dos floreros, y nuestra función no es adornar. Hemos venido hasta aquí con una misión, no para dormir —dije indignada.

—Lo habrán hecho por galantería —comentó ella.

—Me parece mentira que estés hablando de esa manera. Al parecer el vestido de ayer te trastornó la mente —le contesté, furiosa.

—Pero..., simplemente quería decir...

—No me des explicaciones, bajaré yo misma a ver qué sucede —le dije dirigiéndome a la salida.

Corrí por el pasillo y Julia me siguió a toda prisa después de tomar el casco de la mesa.

—Espérame —dijo mientras me seguía escaleras abajo.

Cruzamos el amplio recibidor, sin poder esquivar las miradas de los funcionarios. No sabía por qué nos miraban de aquel modo.

—¿Qué sucede? Me parece todo muy extraño —le pregunté a mi amiga mientras nos parábamos en la puerta del alcalde.

—No lo sé, pero creo que nos miran de una manera sospechosa.

Cuando llegamos a la puerta del despacho del alcalde, vimos a un soldado gigantesco que nos cerró el paso.

—No pueden entrar —dijo este.

—¿Por qué? ¿No están dentro nuestros amigos? —pregunté.

—Sí, pero...

Empujé al soldado y entramos precipitadamente en el despacho. No podía creer lo que veían mis ojos. Mis amigos estaban tumbados en el suelo, atados de pies y manos.

46: Filadelfia, 1 de metagitnión de 2200

Dracón y Pericles tenían las manos atadas, mientras que cuatro soldados forcejeaban con ellos. El alcalde estaba al otro lado de la mesa, rompiendo unos papeles, cuando irrumpimos en su despacho.

—Pero ¿qué está pasando aquí? —pregunté sorprendida.

Todos se giraron y, sin mediar palabra, lancé una patada a uno de los soldados, después golpeé con el codo la cara del segundo. Julia se lanzó a por los otros dos. Logramos neutralizar a los cuatro rápidamente y liberar a mis amigos, pero un minuto más tarde, una docena de guardias entraba por la puerta para tratar de reducirnos. Tomé el abrecartas que había sobre la mesa, lo coloqué en el cuello del alcalde y dije, en tono amenazante:

—Atrás o le corto el pescuezo.

El alcalde levantó las manos para tranquilizar a sus hombres.

—Todos fuera —dije mientras apretaba el pequeño cuchillo en el cuello del hombre.

Los soldados ayudaron a los guardias del suelo a levantarse y después salieron. Dracón y Pericles, una vez desatados, cerraron las puertas.

—¿Se puede saber qué ha sucedido? —pregunté todavía sin creerme lo que había pasado.

—Al parecer, durante la noche llegó una pequeña flota de espartanos. Nos acusaron de traición y amenazaron con atacar de inmediato la ciudad si no nos entregaban. El alcalde nos ha vendido a Thanos y sus hombres —dijo Pericles.

—Todos sus discursos sobre la civilización y la cultura eran una patraña. Aquí se mueven por los mismos intereses que en Esparta, pero sus ciudadanos no son esclavos del Consejo de Ancianos, son esclavos de sus propios miedos y del temor a perder su forma de vida. —Me dirigí al alcalde—: ¿De verdad cree que los espartanos respetarán su ciudad?

El hombre se quedó en silencio. Lo solté y se giró. Tenía una mano en el cuello, que le sangraba un poco en el punto en el que había tenido la punta de la hoja, y la vista fija en mis ojos.

—Ya le dije que los ciudadanos mandan. En cuanto vieron los barcos de los espartanos, prefirieron entregar vuestras cabezas a entrar en una guerra —dijo el alcalde, a modo de disculpa.

—Son unos necios —les contesté indignada. Los espartanos se aprovechaban de la debilidad del resto de los pueblos para dominarlos sin piedad.

El hombre se encogió de hombros, como si de alguna manera estuviera resignado a su destino.

—¿Hay otra manera de salir del edificio?

El alcalde se resistía a contestar a Pericles, pero cuando Dracón lo zarandeo, señaló una de las estanterías.

—Hay una palanca que abre una puerta falsa, desemboca en un túnel que lleva hasta el otro lado del río —dijo el hombre, medio asfixiado.

Apreté la palanca y saltó un resorte que abrió la puerta falsa. Miré las escaleras que descendían en espiral e hice un gesto a mis amigos para que me siguieran.

—¿Qué hacemos con el alcalde? —preguntó Dracón.

—Será mejor que nos los llevemos como rehén. ¿Tenéis las armas de los soldados?

—No llevaban mucho. Un par de porras y cuatro cuchillos —dijo Pericles.

Bajamos las escaleras a toda velocidad hasta un túnel estrecho, después corrimos durante una hora antes de ver una escalera que conducía a la superficie. Salimos justo al lado de un gran edificio de ladrillo rojo. Miramos a un lado y a otro, pero no vimos el río ni el puerto.

—Mirad el carruaje —comentó Julia señalando un carro con dos caballos que estaba frente a la fachada.

Corrimos hasta ahí y Dracón golpeó al cochero en el hombro.

—Lo siento, pero necesitamos su vehículo —dijo mientras sacaba al hombre del asiento.

—¿Nos lo llevamos? —preguntó Pericles, que tenía esposado al alcalde.

—No, que vea la ruina de su propia ciudad —resolví mientras subíamos al carruaje.

Julia tomó las riendas mientras Pericles empujaba hacia el césped al alcalde. Tras oír el chasquido del látigo, los caballos salieron disparados por una calle cercana.

—¿Adónde nos dirigimos?

—Únicamente nos queda una opción —contestó ella.

—¿Cuál? —pregunté mientras nuestro carruaje salía a toda velocidad por una de las calles más transitadas, para asombro de los viandantes.

—Nueva Roma. Son los únicos que pueden enfrentarse a los espartanos —me contestó—. Claro que la última vez que vi mi ciudad fue tras matar a uno de sus

senadores más ilustres.

—Pues ya es hora de que regreses a casa —le dije con una sonrisa.

A Julia no debía de agradarle la perspectiva de volver, pero, con el ceño fruncido, azuzó a los caballos en dirección sur. Teníamos que salir de la ciudad cuanto antes, los espartanos no tardarían en seguir nuestra pista y, por lo que habíamos comprobado, estaban dispuestos a perseguirnos hasta las mismas puertas del infierno.

47: Huida de Filadelfia, 1 de metagitnión de 2200

El carruaje seguía su rumbo hacia el sur. Julia conocía bien toda esa zona, pero temía que los espartanos nos siguieran y descubrieran demasiado pronto que nos dirigíamos a Nueva Roma. Los árboles se sucedían sin descanso. No vimos ninguna granja ni campo de cultivo en decenas de kilómetros, como si la civilización se hubiera olvidado de pasar por aquella zona. Desde los lindes del camino podían observarse algunas manadas de búfalos o grupos de ciervos bebiendo agua en algún arroyo, pero ni rastro de vida humana.

—Estos bosques han protegido a Nueva Roma durante decenios. Muy pocos se adentran en ellos por temor a los animales salvajes y los bandidos. Es cierto que es fácil acceder a la ciudad por el río, pero desde hace mucho tiempo, el gobierno de Nueva Roma puso controles a lo largo del cauce. Nadie llega hasta ella sin que se enteren de antemano. También tienen varios fuertes repartidos por las orillas para hundir los barcos enemigos. Además, todas las ciudades de los alrededores están sometidas a su control —nos explicó Julia.

—La ciudad de Filadelfia y la tuya hablan el mismo idioma, qué raro que no hayan mantenido mucho contacto —comentó Pericles.

—Nueva Roma controla el interior del continente y teme hace años el enfrentamiento con Esparta. En cierto sentido, Filadelfia era la única ciudad que se interponía entre la ambición espartana y la de Nueva Roma, pero si nuestros enemigos ocupan Filadelfia, los romanos saben que serán los próximos —dijo Julia.

—Espero que sean más valientes que los habitantes de la ciudad libre —apunté.

—Puede que los habitantes de Nueva Roma no sean tan refinados ni amables como los de Filadelfia, pero os aseguro que son muy valientes —dijo Julia.

El resto del viaje lo hicimos en silencio. Únicamente paramos para que los caballos descansaran, y aprovechamos para cazar algunos animales pequeños. No teníamos muchas armas, ni tiempo para montar trampas, pero para cuando llegó la

noche habíamos conseguido reunir algunas hierbas comestibles, unos conejos y miel.

Dormimos poco, apenas tres o cuatro horas. Continuamos nuestro viaje hacia el sur, con la esperanza de llegar antes de que el sol estuviera en su cénit. A media mañana pasamos una ciudad amurallada, intentamos evitarla para no perder más tiempo, aunque teníamos mucha hambre y allí hubiéramos podido adquirir algo de pan a cambio del oro que aún nos quedaba.

Justo cuando el sol apretaba con más fuerza, vimos las imponentes murallas de Nueva Roma. No tenían nada que ver con las de Esparta o Atenas. Medían al menos cinco metros de alto y su grosor era de más de dos metros.

Nos acercamos a una de las puertas de la ciudad y uno de los soldados nos pidió que nos identificáramos. Llevábamos uniformes espartanos, pero el carro que conducíamos era de Filadelfia. Imagino que dábamos una impresión de lo más exótica.

—Soy Julia, hija de César, quien fuera uno de los mejores generales de Nueva Roma, cónsul y senador vitalicio —dijo nuestra amiga levantando el mentón.

El soldado frunció el ceño. Conocía perfectamente al gran César, sabía que tenía una hija, pero esta llevaba desaparecida mucho tiempo.

—¿Sois la hija del general César? —repitió el soldado.

—Sí, por eso exijo una audiencia ante el Senado. Traemos un mensaje urgente para la ciudad —dijo Julia.

—Por favor, dejad el carruaje y seguidme —comentó el soldado.

Las calles estaban abarrotadas de gente. La vida bullía en Nueva Roma. Comerciantes, soldados, ciudadanos y carros llenaban la avenida principal que conducía directamente hasta el edificio del Senado.

Los viandantes apenas se fijaban en nosotros. La ciudad estaba acostumbrada a recibir a comerciantes de las zonas más lejanas y los uniformes espartanos no les eran desconocidos. Me alegró saber que al menos no les tenían miedo, como los habitantes de Filadelfia.

Cuando llegamos a las escalinatas del Senado, nos quedamos boquiabiertos. El edificio era enorme, coronado por una inmensa cúpula. Una de las alas del edificio estaba hundida, pero los ciudadanos de Nueva Roma habían rematado la pared al descubierto, consiguiendo conservar en perfecto estado la otra parte, aunque la construcción ya no gozaba de la simetría de la que debió hacer gala en un tiempo pasado.

—Espero que seamos bien recibidos —dijo Julia mientras subíamos las escalinatas.

—Tú eres la hija de uno de los más grandes generales que ha dado esta ciudad —comentó Dracón.

—Sí, pero tuve que huir tras asesinar a otro de sus grandes hombres —nos recordó Julia.

—Eso fue hace mucho tiempo —la tranquilicé.

—Me temo que en Nueva Roma el tiempo no pasa tan deprisa como en el resto del mundo conocido. Las cien familias que gobiernan con mano de hierro la ciudad pueden endiosarte o convertirte en un proscrito para el resto de tu vida con una sola palabra. Esto no es Filadelfia, aquí el poder está en manos de una aristocracia que se ha hecho muy rica gracias al comercio y las conquistas del imperio. Dentro de poco sabréis a qué me refiero —comentó Julia, enigmática.

Después entramos en el gran recibidor del edificio. Nos llevaron a un salón para que esperásemos y todos comenzamos a preguntarnos si nos habíamos dirigido al lugar correcto, pero ya no nos quedaban más opciones para salvar a Atenas de su destrucción. Nueva Roma era nuestra última esperanza.

48: Nueva Roma, 2 de metagitnión de 2200

El soldado regresó a la sala y nos pidió que lo siguiéramos hasta el Senado. En ese momento los senadores aún estaban debatiendo y debíamos esperar a que terminara la sesión. Entramos en el gran hemiciclo. Los suelos y asientos eran de madera; el estrado, ricamente adornado, destacaba del resto. Junto al presidente del Senado se sentaban los secretarios, y en ese momento estaba parlamentando uno de los senadores.

—Conciudadanos y padres de la patria, el mundo se vuelve cada día más peligroso. Algunos nos piden leyes más restrictivas y fuerzas militares más numerosas, pero no hemos de olvidar nuestro deber para con la libertad. Nueva Roma se fundó sobre las ruinas de una antigua civilización. Incluso estos frescos pintados que adornan la cúpula de esta institución nos recuerdan el pasado glorioso de los Estados Unidos de Norteamérica, pero ellos sucumbieron presa de su propia ambición. Pido a esta cámara medida ante los rumores procedentes de Esparta y Atenas, no debemos temer que ninguna potencia extranjera interfiera en el gobierno de nuestra ciudad, si nosotros no intentamos influir en su territorio —dijo el hombre. Después bajó del estrado y se sentó a un lado.

Otro de los senadores se puso en pie y se dirigió al estrado. El rostro de Julia se demudó al verlo, como si lo conociera de algo.

—¿Qué te pasa? —le pregunté en voz baja.

—Es Pompeyo —me anunció, sorprendida.

—Pero no puede ser. Me dijiste que tú misma lo habías matado —contesté.

Se encogió de hombros y después agachó la cabeza. Si Pompeyo seguía con vida, eso significaba que uno de sus peores enemigos era todavía el hombre más poderoso de Nueva Roma, lo que convertía nuestra misión en suicida.

—Me han informado de que han llegado unos emisarios, al parecer de la hermosa ciudad de Atenas. Están entre nosotros, para proponernos, me temo que no hace falta

ser adivino para imaginarlo, que nos enfrentemos a Esparta. Todo el mundo teme a Esparta. Es cierto que sus guerreros son feroces, pero tampoco son invencibles — intervino Pompeyo.

La sala aplaudió el comentario del senador. Después Pompeyo levantó un pergamino que llevaba en la mano derecha y dijo:

—Entre la delegación de Atenas viene una vieja conocida de este Senado y de la ciudad de Nueva Roma. Julia, hija de César, prófuga de la justicia y condenada a muerte. Esta es la sentencia que en su día se mandó redactar contra ella. Como todos sabrán, Julia me atacó en mi propia casa, apuñalándome a traición, pero no le guardo rencor. Aún estaba conmocionada por la muerte de su amado padre, nuestro malogrado César —dijo Pompeyo. Después tomó el pergamino y lo rompió en mil pedazos.

Los senadores lo aclamaron de nuevo. El viejo general era un gran manipulador. Sería muy difícil cambiar la opinión del Senado a nuestro favor. De alguna manera estaba jugando con todos nosotros.

—Antes de que los embajadores de Atenas hablen, le pedimos a la ciudadana Julia, recién eximida de los cargos que pesaban sobre ella, que hable al Senado de Nueva Roma y explique a qué se debe su regreso —dijo el presidente de la asamblea.

Julia se puso en pie y caminó titubeante hasta el estrado. De niña había estado muchas veces en esa sala. Desde uno de los bancos del palco había escuchado los discursos de su padre en incontables ocasiones, pero era muy distinto hablar en público y ante los oradores más ilustres de la ciudad.

—Ciudadanos y ciudadanas de Nueva Roma, señorías y señor presidente. No hace falta que me presente. Me conocéis perfectamente, al igual que conocíais a mi familia. Pompeyo, el mejor amigo de mi padre, en un acto de generosidad, ha roto delante de vosotros la condena de muerte que pesaba sobre mí. Podríamos decir que el noble Pompeyo es el más justo de nuestra ciudad, ya que no hace uso de las leyes para condenar a quien intentó matarlo, pero ¿puede un asesino absolver a otro? —dijo Julia muy seria.

Un murmullo recorrió la sala y observé cómo Pompeyo se movía incómodo en su asiento.

—Pompeyo me ha absuelto ante vuestros ojos, pero yo, en esta sala y ante todos vosotros, acuso al noble Pompeyo y a los senadores que asesinaron a mi familia y pido a la asamblea que los juzgue. César os amaba y vosotros mirasteis a otro lado cuando fue asesinado brutalmente en su casa. Lo mataron a traición, porque sabían que su valor y fuerza eran imbatibles. No había venido hasta aquí para pedir justicia, más bien os quería suplicar clemencia, pero ya que el asesino de mi padre continúa vivo, ahora pido que hagáis justicia y lo llevéis a la horca, como indican nuestras leyes —dijo mi amiga.

El alboroto se extendió por toda la sala. Los senadores se gritaban los unos a los otros, el presidente intentaba poner orden, pero era imposible. Al final, consiguió que

los asistentes se callasen.

—Julia es una ciudadana de Nueva Roma y ha hecho una acusación muy grave. Un tribunal tendrá que dictaminar antes de que termine el día. Mientras tanto, estará bajo la protección del Senado y mi responsabilidad. Se levanta la sesión hasta esta tarde —dijo el presidente.

Los senadores formaron corrillos. Algunos se acercaron a Julia para felicitarla, mientras que otros fueron a hablar con Pompeyo, que de reojo miraba a mi amiga sin poder disimular su odio.

Rodeamos a Julia para protegerla de todas esas miradas. Pericles tenía el ceño fruncido y Dracón parecía todavía conmocionado.

—¿Por qué has hecho eso? No tenemos tiempo para resolver tus problemas personales —dijo Pericles.

—Pompeyo está vivo. Es el asesino de mi padre. Además, mientras él viva, Nueva Roma nunca entrará en una guerra contra Esparta. Si conseguimos su condena y la de los senadores que lo ayudaron, lograremos que el pueblo se ponga de nuestra parte y puede que el Senado vote a nuestro favor —dijo Julia.

—Es una locura, el proceso durará semanas —se lamentó Pericles.

—No, habrá una resolución hoy mismo. Ya lo has escuchado —dijo Julia.

—Pero ¿quiénes serán tus testigos? Tú eres la única que sobrevivió —le comenté.

—No, uno de los criados lo vio todo, se llama Craso, ahora debe ser muy anciano, pero si está vivo, él podrá testificar contra ellos —dijo Julia.

—No puedes salir de este edificio. Pompeyo y sus hombres te matarán en cuanto pises las calles de la ciudad —dijo Dracón.

—Tendréis que hacerlo vosotros. Buscad a Craso y ganaremos este juicio.

»Si vencemos, Nueva Roma se unirá a nosotros contra Esparta —zanjó Julia.

Parecía tan convencida que no pudimos hacer otra cosa que creerla. No nos quedaban muchas más opciones. Aunque mi mayor duda era cómo íbamos a encontrar a un esclavo anciano en una ciudad tan grande y en la que no habíamos estado nunca.

49: Nueva Roma, 2 de metagitni3n de 2200

Cuando nos acercamos a las escalinatas del Senado y nos hicimos una idea de las dimensiones de la ciudad, fuimos conscientes de la inmensa e imposible misi3n a la que nos enfrent3bamos. No era factible encontrar en unas horas a una persona de la que no sab3bamos m3s que el nombre y a la que Julia no ve3a desde hac3a a3os. Al menos ella hab3a conseguido que nos acompa3ara un gu3a de la ciudad y nos hab3a dado una 3nica pista: Craso ten3a una hermana llamada Claudia que viv3a en la parte oeste de Nueva Roma, en un barrio llamado Olimpus, en el que se hacinaban desde hac3a a3os los ciudadanos m3s pobres. Aunque lo m3s extra3o de todo era que Julia nos hab3a comentado que Claudia era cristiana. Por lo que sab3a, los cristianos eran una especie de grupo religioso primitivo que, sin embargo, hab3a dominado el mundo durante siglos. El hecho de que fuera cristiana podr3a facilitarnos su b3squeda, ya que si acud3bamos a la iglesia que hab3a en el barrio, el sacerdote nos podr3a informar de su paradero.

Tomamos nuestro carruaje y dejamos que el gu3a nos llevara por las intrincadas calles de la ciudad hasta aquel barrio popular. Poco a poco, las ampulosas calles dejaron paso a otras m3s estrechas, con edificios m3s peque3os y viejos; cuando llegamos al barrio de Olimpus, aquello parec3a cualquier cosa menos el palacio de los dioses.

Las calles estaban atestadas de gente, pero la mayor3a iba mal vestida y sucia. Muchos ni3os mendigaban por los callejones insalubres, en los que el lodo, la basura y las aguas fecales se mezclaban para conformar el peor hedor a putrefacci3n que me hab3a envuelto nunca.

Cuando llegamos a la peque3a iglesia medio derruida, dudamos en si deb3amos bajarnos del carruaje. No quer3a pisar aquel suelo infecto, pero hicimos de tripas coraz3n y entramos en el santuario.

El templo era muy humilde, pero estaba limpio. Su ornamentaci3n consist3a en

una sencilla cruz al fondo, unos bancos de madera y un desgastado púlpito. No había mucha luz, los ventanales estaban muy sucios. Parecía que en aquella parte de la ciudad, hasta el sol se olvidaba de alumbrar.

Entramos hasta el fondo de la capilla. No hablábamos inglés, pero nuestro guía podía servirnos de intérprete si lográbamos encontrar al sacerdote.

Un hombre pequeño, vestido con una túnica negra, apareció por una de las puertas laterales del altar. Nos miró con algo de temor. Seguramente los uniformes no estaban bien vistos en aquella parte de la ciudad. Su rostro estaba picado por la viruela, sus ojos azules brillaban a pesar de la oscuridad del recinto y cuando comenzó a hablar, nos sorprendió la dulzura de su voz.

—¿Quiénes sois? ¿Qué puede hacer por vosotros este humilde siervo de Dios? —dijo el hombre, y nuestro guía lo tradujo de inmediato.

—Sacerdote, estamos buscando a una mujer, su nombre es Claudia, hermana de Craso, un siervo que trabajó en la casa del cónsul César —dijo Pericles.

El sacerdote frunció el ceño, como si estuviera pensando, después nos pidió que lo siguiéramos. Atravesamos una puerta y recorrimos un pasillo hasta un cuarto. Nos indicó que nos sentáramos y nos ofreció un poco de jamón, pan y leche.

—Comed primero —dijo el sacerdote.

—¿Por qué nos da de comer? —le pregunté.

—Veo en vuestro rostro el agotamiento y la agonía del que busca, pero no encuentra. Procuremos al menos que descanse vuestro cuerpo, si es que vuestra alma no puede hacerlo —dijo el sacerdote.

Sus palabras me sorprendieron. En nuestro mundo, la generosidad no era moneda corriente.

—La mujer de la que habláis está muerta. Lamento decirlo de esta manera tan directa. Era una fiel feligresa, a pesar de las persecuciones que sufrimos los cristianos, pero hace un año contrajo una enfermedad grave y murió. Su hermano Craso no asistía mucho a la iglesia, pero vino para el entierro de su hermana y pudimos hablar brevemente. Le pregunté dónde vivía y a qué se dedicaba desde la muerte de César. Él me contestó que el único trabajo que había encontrado era como limpiador de cuerdas en el Circo Máximo, en el que se enfrentan los gladiadores cada día. Craso era uno de los coperos más famosos de la ciudad, pero nadie quiso de sus servicios por venir de la casa de la que venía, como si una maldición hubiera caído sobre él —nos explicó el sacerdote.

Después del improvisado almuerzo, nos acompañó hasta la salida del templo y nos dijo:

—Desconozco vuestra misión, pero que Dios os acompañe, la Providencia a veces parece estar lejos de nuestra mano, pero está más cerca de lo que pensamos.

Sus palabras me recordaron a las del oráculo. Nunca sabíamos en qué lugar encontraríamos ayuda, pero a veces tenía la sensación de que algo o alguien guiaba nuestros pasos.

Tomamos el carruaje y abandonamos aquel deprimente barrio, aunque pensé que aquella pequeña capilla era como un rayo de esperanza en medio de toda aquella oscuridad. Si Craso estaba vivo, por primera vez en mucho tiempo nos volvería a sonreír la fortuna.

50: Nueva Roma, 2 de metagitnión de 2200

Nuestro carruaje atravesó de nuevo la ciudad a toda velocidad. Cuando llegamos al Circo Máximo el sol comenzaba a bajar, lo que solo podía significar una cosa: nos quedaba poco tiempo para llegar al juicio que se celebraría en el Senado. El edificio que albergaba el circo tenía una forma ovalada y, en contra de lo que había imaginado, apenas tenía ornamentación. Sus paredes eran lisas y una gran escalera circular adornaba uno de los laterales. Me sorprendió que toda aquella estructura se sustentara por sí misma. Nunca había visto un material gris y frío como aquel.

Entramos en el edificio y un par de guardias descomunales nos detuvieron.

—¿Qué quieren? No hay función hasta mañana —dijo uno de los gigantes.

—Buscamos a una persona que trabaja aquí, su nombre es Craso —le contestó Pericles.

Los dos gigantes se miraron mutuamente. Finalmente, el que llevaba la voz cantante me contestó:

—Craso está descansando, imagino que cerca de la cuerdas. ¿Quiénes sois vosotros?

—Decidle a Craso que Julia, la hija de César, necesita verlo de inmediato. Creo que eso será suficiente —le dije.

Uno de los gigantes se marchó, mientras que el otro no nos quitaba el ojo de encima. Pasados unos minutos, el guardia apareció con un hombre delgado, calvo por completo y desdentado. Se aproximó y nos preguntó:

—¿Julia ha regresado?

—Sí, está en el Senado. Quiere que Pompeyo pague por su traición —lo informé.

Los ojos del anciano brillaron por unos instantes, como si recordara a la pobre niña que unos años antes había huido de Nueva Roma. Se subió al carruaje y salimos a toda velocidad hacia el Senado. A veces la justicia tarda en llegar, pero cuando lo hace, su poder es inexorable.

51: Nueva Roma, 2 de metagitnión de 2200

Una de las cosas que más nos sorprendió cuando llegamos frente a las puertas del Senado fue la multitud que se agolpaba en las calles. No sabíamos si lo que movía a las masas era el morbo por ver a la desaparecida hija de César o por comprobar cómo el peso de la ley caía sobre el cónsul de Nueva Roma, acostumbrado a salirse siempre con la suya.

Dejamos el carruaje frente a las escalinatas y ascendimos por el pasillo que había formado el ejército para facilitar el acceso al edificio. El público nos animaba e insultaba a partes iguales. Craso intentaba seguirnos el ritmo, aunque su rostro expresara una mezcla de preocupación y agotamiento.

Siempre había pensado que a medida que tu vida se termina, algunas de tus pasiones también comienzan a extinguirse. Que la vejez apocaba el miedo, la ambición o el deseo de agradar a la gente, pero comprobé que esos sentimientos nos acompañan hasta el último instante de nuestra existencia.

Caminamos lo más rápidamente que pudimos hasta la sala del Senado. Cuando un soldado nos abrió la puerta, no me sorprendió ver a la multitud que se agolpaba por todas partes. Este era el tercer juicio en el que participábamos en los últimos días. El primero nos había servido para condenar a Cosme en Atenas, el segundo se había resuelto en nuestra contra al aparecer Thanos en el Consejo de Esparta. Ahora esperábamos que este nos fuera favorable.

Julia estaba sentada en la primera fila, completamente sola. Repasaba unos pergaminos que había escrito precipitadamente para su exposición ante el tribunal. Al otro lado se encontraba Pompeyo, rodeado de media docena de abogados.

El juicio lo presidían tres jueces del Tribunal Supremo. Por lo que me había explicado Julia, sabía que supuestamente eran independientes, pero dado que se juzgaba a uno de los hombres más importantes de la República de Nueva Roma, era difícil creer que no hubieran recibido algún tipo de presión.

—El juicio va a comenzar. En este proceso se juzga a Pompeyo, senador de esta cámara, general y cónsul de Nueva Roma. Se acusa a Pompeyo de conspirar, asesinar y dar un golpe de estado. Por parte de la acusación se presenta Julia, hija de César. Por favor, que la acusación empiece con sus alegaciones —dijo el presidente del Tribunal Supremo.

Julia se puso en pie y se dirigió hacia el estrado.

—He presentado esta acusación al saber que el principal causante de la muerte de mi padre, el noble César, seguía con vida. Las acusaciones de asesinato, conspiración y golpe de estado se sustentan en los hechos que les voy a relatar. —Julia hizo una pausa y continuó diciendo—: Tras el regreso victorioso de mi padre de una de sus campañas, mi madre invitó a sus amigos para celebrar la victoria en nuestra casa. Por ello convidó a Pompeyo y sus cómplices, sin sospechar que estos iban a asesinar a mi padre. Pompeyo y sus compinches habían planeado su muerte con anterioridad, no fue un impulso ni un acto improvisado. Esperaron a que se hubieran retirado todos los invitados y cuando se quedaron a solas con él, lo apuñalaron sin piedad. No bastándoles con tal infamia, asesinaron a mis hermanos, dejándome a mí con vida, al pensar que era inofensiva para ellos. Para apoyar mi testimonio traigo a declarar a Craso, uno de nuestros siervos en ese momento.

Craso se puso en pie y llegó hasta el estrado, después se sentó en una silla y esperó las preguntas de Julia.

—Estimado Craso, ¿estabas la noche del asesinato sirviendo en la casa de mis padres? —preguntó Julia.

—Sí, ese era mi cometido en aquella época.

—¿Acudió el acusado a la fiesta organizada en honor a mi padre?

—Sí, se quedó hasta el final. Pude observar cómo animaba al noble César a beber más de la cuenta, como si quisiera que se emborrachara —dijo Craso.

El abogado defensor se puso en pie y dijo:

—Eso son suposiciones del testigo. Un simple criado de la plebe.

—Cíñase a los hechos —amonestó el juez a Julia.

—Sí, señoría —contestó esta—. ¿Qué sucedió?

—Yo estaba retirando las copas y los platos sucios cuando oí un alboroto. Me aproximé y vi cómo rodeaban entre todos a mi amo César. Le explicaron algo que no pude escuchar y lo apuñalaron. El último fue Pompeyo y le escuché decir: «¡Muere por Nueva Roma, tirano!».

La sala se inquietó de repente, la gente gritaba a favor y en contra de los acusados, mientras el juez intentaba poner orden. Después continuó el interrogatorio.

—¿Reconoces entre el público a los asesinos de César? —preguntó Julia.

Craso señaló a Pompeyo y a otros dos senadores.

—¿Están todos aquí? —preguntó Julia.

—No, faltan tres, pero creo que ya murieron —contestó Craso.

—Las palabras de Craso demuestran que el acusado es culpable de cometer el

asesinato, pero también de conspiración y golpe de Estado. ¿Por qué digo esto? Mi padre, César, era aquel año cónsul de la República, como cónsul tenía inmunidad política y representaba al Estado. Al conspirar para matarlo, también conspiraban contra el Estado que él representaba. Tras su muerte, Pompeyo fue elegido cónsul, puesto que lleva ejerciendo diez años, contraviniendo todas nuestras leyes. De esa manera, Pompeyo atentó contra esta República por ambición personal y avaricia — acusó Julia, apuntando con el dedo al senador.

El juez llamó al abogado defensor, que se puso en pie mientras Julia tomaba asiento. Animé a mi amiga, que después del esfuerzo de concentración parecía agotada.

—Craso, ¿eras siervo de César cuando ocurrieron los hechos? —preguntó el abogado de Pompeyo.

—Sí, señor.

—¿Era buen amo César?

—Protesto, no estamos juzgando a César —dijo Julia.

—Pregunte al testigo sobre los hechos, abogado —dijo el juez.

—Necesito mostrar un perfil de César para demostrar que era un peligro para la República y que nuestros defendidos actuaron por el bien del pueblo de Nueva Roma —dijo el abogado.

—No se juzga a César. Cíñase a los hechos —dijo de nuevo el juez.

Noté que Pompeyo lanzaba una mirada de odio al juez que presidía la sesión, pero este no le prestó la menor atención.

—¿Vio claramente que los acusados apuñalaran a César? —preguntó el abogado.

—Sí, señor. Lo mataron y después lo dejaron caer al suelo —dijo Craso.

—¿Qué pasó después? —preguntó el abogado.

—Entraron en las habitaciones y mataron a todo el mundo menos a la hija de César y a mí —le contestó.

—¿Por qué no lo mataron a usted?

—Me escondí. Después dejé la casa y me refugié en una zona apartada de Nueva Roma —dijo Craso.

—¿Por qué no acusó a los culpables entonces? —preguntó el abogado.

—Era un esclavo, nadie me hubiera creído...

—Muy bien dicho. Este hombre es un simple esclavo y su testimonio no es suficiente para acusar a mis defendidos...

La gente de la sala comenzó a ponerse nerviosa. El abogado se retiró y el juez le preguntó a Julia si tenía más testigos. Ella se quedó por un momento vacilando.

—Yo soy un testigo válido —dijo una voz entre el público.

Todos nos giramos y vimos con sorpresa que el hombre que estaba en pie era el sacerdote que nos había indicado dónde encontrar a Craso.

—¿Quién es usted? —preguntó el juez.

—Mi nombre es Juan, soy un sacerdote cristiano —dijo el hombre.

—¿Cómo es posible que sea testigo de este caso? —preguntó el juez.

—Yo fui uno de los senadores que participaron en el asesinato de César.

Un murmullo recorrió la sala. Miré al hombre con ojos desorbitados. No podía creer que aquel sencillo sacerdote fuera un antiguo senador.

—Mi nombre es Marco, hijo de Octavio. Senador de Nueva Roma.

La gente comenzó a cuchichear. Pensé en sus palabras en la iglesia, tenía razón al decirme que la Providencia termina por salirse con la suya aunque los hombres nos empeñemos en lo contrario.

52: Nueva Roma, 2 de metagitnión de 2200

Aquel giro inesperado de los acontecimientos dejó al tribunal confundido. Que un noble patricio y exsenador fuera testigo de cargo obligaba a la defensa a organizarse de otro modo, por eso pidieron un descanso. El sacerdote se acercó hasta nosotros y, con la voz dulce que habíamos escuchado en su iglesia, dijo:

—Siento haber sido tan cobarde de no contarles toda la verdad. Imaginé para qué buscaban a Craso, pero no quería salir de mi tranquila vida de servicio para exponerme otra vez a la luz pública.

—Gracias por acudir en nuestra ayuda —musitó Julia, aunque la expresión dolida de su cara dejaba ver el conflicto interno que sufría.

—Su testimonio será vital para hacer justicia —comenté.

—Debemos tener cuidado, el acusado es muy poderoso y vengativo —alertó el sacerdote—. Lo primero que quiero hacer es pedirte perdón, yo participé en aquel horrible asesinato, aunque muchas veces me he arrepentido de ello. Merezco ser condenado también, pero en mi caso será un honor poder expiar mis culpas. Llevo muchos años intentando purgar mi conciencia sin conseguirlo.

—Lamento implicarlo de nuevo, por sus palabras sé que ya ha pagado con culpa el precio de ese crimen. Es posible que el hecho de testificar lo ayude a tener una condena corta o incluso la absolución —dijo Julia, apesadumbrada.

—No busco la absolución humana. Es la divina la que en verdad me importa. No tengo miedo de ir a la cárcel —dijo el sacerdote.

Pericles me tomó del brazo y me dijo al oído:

—¿Podemos hablar un momento?

Me sorprendió su secretismo, pero lo seguí fuera de la sala. Caminamos por un pasillo hasta una habitación vacía.

—¿Qué es tan urgente? —le pregunté.

—Pompeyo habló conmigo antes del juicio. Me prometió que acudiría en ayuda

de Atenas si Julia retiraba los cargos.

—No podemos hacer eso. Al que mataron fue a su padre y tiene que conseguir que esos senadores se pudran en la cárcel —le contesté.

—Ese crimen ocurrió hace muchos años y una condena no le devolverá a Julia su familia. Puede que el juicio dé un giro inesperado y lo perdamos todo —dijo Pericles.

—Lo siento, pero no cuentes conmigo... —le contesté, indignada.

Escuché cómo se abría una puerta lateral y salía Pompeyo con varios de sus hombres. Me quedé de piedra cuando vi que se dirigía directamente hacia mí. Entonces habló:

—¿Hasta qué punto amas a Atenas? ¿Dejarás que los espartanos maten al resto de tu familia? Nosotros asesinamos a un tirano hace mucho tiempo, Julia era su hija y es normal que quiera vengarse, pero César era un conspirador y un asesino.

—Pues tendrían que haberlo llevado a los tribunales —le contesté.

—Su cargo de cónsul de Nueva Roma lo protegía —contestó Pompeyo.

—Tenían que haber actuado dentro de las leyes —le dije muy seria, y me dirigí a la puerta.

—Puede que tu amiga cambie de opinión y retire los cargos. ¡Apresadlos a los dos y llevadlos al carruaje cubierto! ¡Nos vamos! —ordenó Pompeyo.

Uno de sus hombres me puso un pañuelo en la boca y me quedé aturdida en pocos segundos. Mientras recorríamos las calles de Nueva Roma atados y amordazados, mi mente intentaba tomar de nuevo el control, pero no podía concentrarme. Terminé perdiendo la consciencia por completo.

EPÍLOGO

Troya, 6 de metagitnión de 2200

Mientras observo desde la ventana el inmenso lago, soy consciente de que una cárcel es siempre una cárcel. No importa que tu celda esté en lo más profundo de un sótano oscuro o en la habitación de un palacio. En mis manos no hay grilletes, pero las sedas con las que me visten son los peores grilletes que he llevado nunca. Hace cuatro días que Pompeyo nos secuestró a Pericles y a mí, pero tengo la sensación de que han pasado semanas.

Me he negado a ingerir alimento. Aun así, sé que me administran alguna sustancia que anula mi voluntad, ya que, cada mañana, tres mujeres me obligan a beber una especie de zumo que me adormila. Cada día que pasa pierdo más energía, ya no tengo ganas de seguir luchando... Lo único que hago es mirar por la ventana, observar los barcos que vienen y van en el puerto, esperando que alguno de ellos transporte a Dracón con un ejército... y me rescate. Tal vez me imagino como la legendaria Helena de Troya, pero mi vida no es tan valiosa para nadie.

Pompeyo me ha visitado todas las tardes, procura darme conversación, aunque yo me limito a contestarle con monosílabos. Pero reconozco que al menos el tiempo se pasa más rápido en su compañía.

Es la hora y no tardará en aparecer, eso me pone nerviosa y furiosa al mismo tiempo.

Escucho unos pasos, después el cerrojo de la puerta, más pasos, y la figura de Pompeyo se proyecta entre las celosías de la habitación.

—Helena, ¿cómo te encuentras hoy? —se interesa.

Sabe que no le voy a responder, para mí es poco menos que un monstruo, aunque a medida que lo conozco parece menos inhumano, y eso me preocupa.

—¿No quieres saber nada de tus amigos? —me pregunta, intentando picar mi

curiosidad.

Lo miro con desprecio, pero eso no impide que se siente en un sillón, cruce las piernas y comience a hablar.

—Ya sabes que tu amigo Pericles está en una fría mazmorra en este palacio. Si te portas bien y eres más condescendiente, puede que mejore sus condiciones de vida, pero no he venido a hablarte de él.

Me preocupa Pericles y hago un esfuerzo por parecer agradable, aunque me cuesta mucho fingir.

—Un ejército de Nueva Roma viene hacia aquí. Como verás, no estoy disfrutando con esto. Mi ciudad ahora me persigue como si fuera un perro, todo gracias a tu amiga Julia. Primero intentó asesinarme y, como no pudo, pretende amargar mis últimos años de vida.

—¿Un ejército? —pregunto inquieta.

—Sí, pero no te preocupes, les aguardan muchas sorpresas. No pueden ni imaginar el sufrimiento que les sobrevendrá. Aunque tú puedes evitarles más dolor —dice Pompeyo.

—¿Yo puedo evitarles más dolor? —lo interrogo, extrañada.

—Sí, quiero que les escribas una carta y los convenzas de que no luchen. Si se rinden, prometo dejar a tu amigo con vida —dijo Pompeyo.

—Cuánta generosidad, pero me temo que tendrás que enfrentarte a ellos para poder salir victorioso. Yo no voy a escribir ninguna carta —le contesté, indignada.

—Entonces, Pericles tendrá que morir. Es una pena, pero a veces es bueno que sacrifiquemos a un hombre por el bien de todo un pueblo —contestó cínicamente Pompeyo.

Aquel hombre era mezquino y cruel. Nada me garantizaba que, tras la redacción de la carta, él mismo no asesinara a Pericles. Éramos sus rehenes y por tanto valiosos para él. Lo único que esperaba era que eso nos protegiera hasta la llegada de nuestros amigos.

—General Pompeyo, puede que vuestra astucia os permitiera vivir muchos años y oprimir a todo un pueblo, pero me temo que esta última batalla tendrá que ganarla con sus ejércitos —le contesté.

El general se puso furioso, se levantó del sillón y salió precipitadamente de la sala. Volví a asomarme a la ventana. A lo lejos observé una polvareda, deseé con todas mis fuerzas que se tratara del ejército de mis amigos y que terminaran con Pompeyo y todo lo que él representaba. Cerré los ojos y pensé brevemente en mi hermano y mi madre.

Todo aquello había empezado por los malditos Juegos de la Guerra, ahora lo único que podía salvarnos era la guerra misma.



MARIO ESCOBAR GOLDEROS (Madrid, España. 23 de junio de 1971), es un novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas. Publicó su primer libro *Historia de una Obsesión* en el año 2000.

Es director de la revista Historia para el Debate Digital, colaborando como columnista en distintas publicaciones.

Apasionado por la historia y sus enigmas ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos. Su primera obra, *Conspiración Maine* (2006), fue un éxito. Le siguieron *El mesías Ario* (2007), *El secreto de los Assassini* (2008) y *la Profecía de Aztlán* (2009). Todas ellas parte de la saga protagonizada por Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella. *Sol rojo sobre Hiroshima* (2009) y *El País de las lágrimas* (2010) son sus obras más intimistas.

También ha publicado ensayos como *Martín Luther King* (2006) e *Historia de la Masonería en Estados Unidos* (2009). Sus libros han sido traducidos a cuatro idiomas, en formato audiolibro y los derechos de varias de sus novelas se han vendido para una próxima adaptación al cine.